

U.A.N.

AUTÓNOMA DE NUEVO

LIBRO DE BIBLIOTECA

MURGER

DOÑA SIRENA

LOS
AMORES
DE OLIVERO

KAL ED

PQ2367

.M94

D68



1020026690

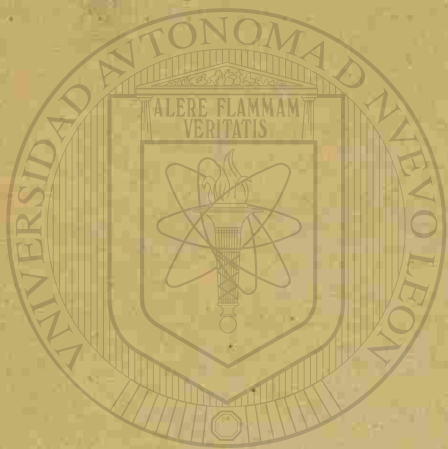


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. Clas. N
Núm. Autor M 976 d
Núm. Adg. 30586
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Cualidad _____
Catalogo 29

DOÑA SIRENA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30586



COLECCIÓN REGENTE

DONA SIRENA

POR

ENRIQUE MURGER

TRADUCCIÓN

LORENZO MATA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

AV. DE RELOJ, 1
AV. VERGARA 19

85627

30586

893

M. PQ2367



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

DOÑA SIRENA

Aquella noche reinaba gran animación en la calle de Courcelles, de ordinario obscura y poco frecuentada; las luces, esparcidas profusamente, iluminaban dos largas filas de coches estacionados de derecha á izquierda del arroyo. Los habitantes de aquel barrio desierto como las calles del Marais, no recordaban haber trasnochado tanto desde la época en que la reina de España pasó allí una temporada.

La causa de aquella animación extraordinaria era una fiesta ofrecida á la alta aristocracia española por el marqués Felipe de B..., con motivo del matrimonio de su ahijada doña María de Valdés con el conde Angel Spes de Puyrassieux, exsecretario de la legación francesa en Madrid.

La celebración de aquel matrimonio, verificada aquella mañana en Saint-Philippe du Roule, además de los que estaban invitados, entre los que se encontraban varios miembros del cuerpo diplomático y del ministerio, había atraído gran muchedumbre

de curiosos á la aristocrática iglesia, adornada para tal solemnidad como en los días de mayores fiestas. A pesar de que los desposados habían distribuído importantes limosnas á los pobres del barrio, gran número de éstos invadían la escalera del templo una hora antes de asomar la comitiva, y para llegar hasta el altar, los novios habían tenido que atravesar una doble hilera de miserias suplicantes.

Cuando la futura condesa de Puyrassieux penetraba en la iglesia del brazo del marqués Felipe, una anciana que arrodillada sobre las losas parecía espiarle su paso, le entregó una carta y deslizó en su oído algunas palabras en idioma extranjero. Por el acento, por el rostro y hasta por el carácter especial del vestido, el marqués Felipe advirtió que era compatriota suya: por esto, sin duda, alargó una moneda de oro á la mendiga, que empezaba á repasar las cuentas de su rosario; iba también á devolverle la carta que había cogido instintivamente de las manos de su ahijada, cuando la desposada se inclinó al oído del marqués y le dijo algunas palabras que le hicieron guardar el manuscrito, cuya dirección leyó rápidamente.

—¿Pero es para tí?—contestó á la joven, siempre en voz baja y en español.

—Guárdemela usted, padre mío—repuso;—es sin duda alguna petición de limosnas, ya me la entregará usted más tarde. Me pa-

rece que he visto á esta pobre mujer en otra ocasión y me intereso por ella.

—Está bien,—dijo el marqués guardando el escrito entre las sedas de su traje.

Toda esta escena, dialogada á media voz, había pasado desapercibida para el conde de Puyrassieux. La mendiga, segura de que su petición llegaría á su destino, terminó rápidamente las oraciones y salió en el preciso momento en que cerraban las puertas de la iglesia para contener el gentío que la asaltaba.

Al salir de Saint-Philippe, la anciana se dirigió apresuradamente al hospital Beaujon, situado á corta distancia de aquel lugar. Detenida por el portero del hospicio, le citó el nombre de la Hermana Superiora, á cuya presencia fué llevada inmediatamente.

—¿Es usted, buena mujer?—dijo la monja viendo entrar á la mendiga en su despacho. ¿Busca usted noticias de su protegido? Desgraciadamente no está mejor. Desde su última visita se ha agravado bastante, y por mi parte voy perdiendo toda esperanza de salvarle. Esta noche ha sufrido un acceso de locura que nos ha obligado á amarrarle á la cama.

—¡Lléveme usted á su lado, Hermana!

—Imposible ahora—contestó ésta.—Además de que lo prohíbe el reglamento, el estado del enfermo exige un reposo absoluto; y hemos observado que vuestras visitas le impresionan fuertemente.

—Esta le tranquilizará—repuso la anciana; —además—añadió,—si Enrique ha de morir, no debe morir aquí; no, no puede ser,—murmuró en voz baja y como hablando consigo misma.—Lléveme usted á su lado, Hermana, lléveme usted pronto, se lo suplico. Al apercibirse de la tenacidad de la anciana, la monja opuso una enérgica y rotunda negativa.

—El enfermo está en peligro—contestó,—y faltaría á mi deber dejándola pasar. Pida usted permiso al doctor, y si se lo concede, podrá verle mañana... si es tiempo todavía.

—Mañana... mañana...—repuso la mendiga con extraordinaria agitación,—mañana será ya tarde... Enrique espera mi visita como un gran remedio para vivir ó morir... y no debe morir aquí. Se lo repito á usted —dijo con voz convulsa,—no debe morir en un camastro. Precisa que salga de esta casa, que salga en seguida, hoy mismo... aun cuando sólo le reste un soplo de vida. Es preciso, es preciso... Está predicho—terminó, temblándole tanto la voz y con tan extraños ademanes, que la hermana llegó á asustarse.

—Pero, buena mujer, ¿quién es usted? —le dijo.—¿Por qué se interesa tanto por él?

—Es un secreto, hermana, en el que no puedo mezclar á la Comunidad. No me pregunte usted y concédame, en cambio, lo que le pido.

—No puedo, sin un permiso del médico.

—Sor Enriqueta—dijo la vieja con voz

imperativa y gesto altanero:—si hasta ahora he suplicado, desde ahora ordeno, porque tengo derecho. Lléveme usted inmediatamente al lado del enfermo, ó dentro de un par horas toda la Comunidad sabrá lo que sucedió hace dieciocho años, una noche de Navidad, en la celda de la hermana Enriqueta, novicia en el convento de la Visitación.

—¡Dios mío!—exclamó la monja con espanto.

—¡Silencio!—dijo la mendiga después de sacar de su seno una cruz prendida á una cinta azul.—¿Me conoce usted ahora? Acompañeme en seguida á la sala del enfermo.

—Venga usted, Madre,—dijo la Hermana inclinándose con respeto.

Y condujo á la anciana hacia una habitación destinada exclusivamente para los heridos.

Se acercaron á la cama número 23, en la que yacía un joven cuyo rostro apenas se distinguía, cubierto con el blanco de la sábana.

—¿Cómo está el enfermo?—preguntó la monja al enfermero de guardia.

—Peor, Madre—le contestó.—Creo que haremos bien en avisar al capellán; pues es probable que el enfermo muera muy pronto.

—Ya lo ve usted—dijo la monja á la mendiga.—No hay esperanzas.

—Repito á usted que no debe morir aquí, —volvió á decir la anciana.

Al oír esta voz, el enfermo se estremeció

en el lecho y, descubriendo el rostro se incorporó, miró á su alrededor, vió á la mendiga, y con la mano la invitó á que se acercara, mientras que con otro ademán ordenaba á la monja y al enfermero que les dejaran solos. A solas hablaron con entera libertad cerca de quince minutos. Después la vieja llamó á la Hermana, que permanecía separada á honesta distancia, y le dijo descolgando el número prendido á la cama:

—El número 23 necesita salir hoy, ahora mismo, si es posible. Pida usted su alta á la dirección.

—¡Oh!—repuso la hermana sumamente extrañada,—eso no puede ser; tal como está el enfermo moriría antes de abandonar la sala; eso no lo permitirá de ningún modo el director del Establecimiento.

—Hermana—replicó trabajosamente el enfermo,—quiero dejar hoy mismo esta casa. Tengo derecho á hacerlo. Haga usted firmar mi papeleta de salida.

—Vaya usted, señora,—prosiguió la mendiga con un signo misterioso que comprendió la Hermana, pues envió al enfermero á la dirección, de donde volvió éste al cabo de diez minutos.

El enfermo habíase ya vestido con ayuda de la anciana y de la monja. Si bien al principio se tambaleaba un poco, recobró toda su firmeza á los pocos pasos y llegó á la calle en la actitud de un hombre en perfecta salud, después de despedirse de la her-

mana dándole gracias por los cuidados que le había prodigado.

En cuanto llegaron á la puerta del Hospicio tomaron un carruaje que les condujo á un hotel del Arrabal de Roules, donde se apeaban momentos después.

El dueño de la fonda, dudando por la escasa garantía que le ofrecían los personajes, exigió los documentos del joven que quería hospedarse en su casa. Sacó éste de su cartera un pasaporte y varios documentos en que constaba su personalidad, y le inscribieron así en los registros de la fonda:

«Enrique Méndez, de veinticinco años, nacido en Salamanca, exoficial del ejército español, y refugiado en Francia.»

Cubiertos estos requisitos que exige la policía, el joven español tomó posesión de su cuarto, por el que la mendiga abonó un mes anticipado.

—¿Estás segura del éxito?—preguntóle el joven cuando estuvieron solos.

—Conozco á Sirena—dijo la mendiga—y estoy segura de ella.

—¿Pero yo podré esperar hasta esta noche?

—Sí—dijo la anciana después de mirar fijamente á Enrique, cuyo rostro sombreábase de una mortal palidez.—Lo que debes hacer es agitarte. Reanima tus fuerzas, revuelve tus odios, eso te dará bríos para llegar á la noche.

—Pero—dijo Enrique—¿cómo podrás alegrarle á él?

—No temas... He hecho una novena á la Virgen. He tomado mis medidas. Todo va bien.

—¡Ah, cuánto sufro, cuánto!—exclamó el español llevando la mano á su costado y comprimiendo un grito de dolor.

—Animo—dijo la anciana cogiéndole la mano,—no tardarás en hacer sufrir á tu vez, y esto te hará mucho bien.

—¡Ah! ¡un poco de aire, aire, me ahogo!—dijo Enrique.

La mendiga abrió la ventana que daba á la calle, y acercando una silla hizo sentar al joven, que sacó fuera la cabeza para respirar libremente.

En el instante de asomarse Enrique, un hombre que estaba cerca de la ventana de un café situado frente al hotel, se retiró apresuradamente al interior, murmurando para sí:

—No me había equivocado, es él: corramos á avisar á mi dueño.

Y salió apresuradamente del café después de echar una nueva ojeada hacia la fonda, en cuya ventana vió todavía la pálida silueta del enfermo que miraba sin norte hacia la calle.

A la misma hora en que ocurría lo que acabamos de narrar, es decir, casi al mismo tiempo en que el joven español Enrique Méndez salía del hospital Beaujon, he aquí lo que pasaba en un piso de la calle Lafitte.

En una especie de *salón-boudoir* adornado con fastuosa sencillez, que demostraba á primera vista el gusto exquisito de los dueños, dos jóvenes, sentados en un diván oriental, conversaban con cierta animación, mirando con frecuencia un magnífico reloj de Boule colocado sobre la chimenea entre dos bronce sacados en las excavaciones de Herculano.

Uno de estos jóvenes vestía traje de viaje; sus ropas, cubiertas de polvo, atestiguan su llegada; acababa efectivamente de bajar del coche, y por lo sudados que aparecían los caballos, rendidos y cubiertos de espuma y desenganchados en el patio, podíase comprender que la última jornada había sido recorrida con velocidad extraordinaria. En cuanto á los postillones, su alegría probaba la magnificencia del viajero, que les había pagado con espléndida generosidad.

Aquel joven era el sobrino del encargado de Negocios de un pequeño Estado de Alemania, y se llamaba Ulric Remfeld. Tres días antes estaba en el puerto de Plymentz y se disponía á partir á la India inglesa, donde pensaba pelear bajo la bandera de S. M. británica. En el momento de embarcar recibió de Francia una carta cuyo contenido cambió de súbito sus proyectos, pues fué inmediatamente al Almirantazgo, de donde salió en busca de sus pasaportes para París; allí llegó tan de prisa

como si el vapor y la silla de posta en que hizo su viaje hubiesen tenido alas.

He aquí lo que decía la carta que había causado la partida y la repentina llegada del joven alemán:

«Querido Ulric:

»Ya sabe usted que soy su amigo y creo haber dado pruebas de ello en varias ocasiones. Le ví á usted hace seis meses sugestionado por la fuerza de un amor desgraciado. Se doblgó usted ante los golpes de estos huracanes violentos que estallan al principio de nuestros veinte años, y cayó usted al fondo del abismo en que la desesperación sumió su espíritu en negros torbellinos. Según costumbre quiso usted morir, y para realizar su proyecto salió de Francia y se fué á Inglaterra, patria del *spleen*. Allí puso usted fin á sus días, y está usted, á estas horas, perfectamente enterrado en un cementerio del condado de Sussex. Según sus últimas voluntades, colocóse sobre su tumba un sauce llorón y plantaron aquellas florecillas azules que crecen con tanta abundancia en las orillas de los ríos de su patria; no puede usted estar más muerto de lo que está, y sus amigos no esperan volver á verle hasta el día del juicio final; tenga, pues, la bondad de no dejarse ver oficialmente antes de la época en que las trompetas de la Apocalipsis toquen la convocatoria del mundo entero para la resurrección eterna. Puede usted, por lo demás, dormir tranquilo, pues

cumplí escrupulosamente las órdenes que tuvo usted á bien confiarme en su testamento, cuya copia está en casa de mi notario. Debo decirle, para satisfacción suya, que generalmente fué usted llorado; su muerte hizo verter lágrimas á ojos de los más hermosos. Era usted indudablemente el que mejor bailaba el vals de todos los que han rendido culto al amor rítmico en medio del torbellino que dirige Strauss con su arco. Al tener noticia de su fallecimiento, este gran artista tuvo una pena muy honda, y en el último baile que se celebró en el Jardín de invierno, colocó, para dar muestra de su dolor, un lazo de crespón alrededor de su batuta de director de orquesta.

»¡Oh, amigo mío! de no haber tenido para ello razones tan poderosas, ¡qué mal ha hecho usted en morir! Pero sus frágiles veinte años no han podido resistir el primer choque de dolor, y se marchó usted. Si no se hubiese apresurado tanto, quizá se habría quedado con nosotros, pues sé de muchas manos blancas que se hubieran alargado para retenerle á usted en la vida. No era, sin embargo, la que usted había escogido; y no pudiendo obtenerla, desdeñó usted las demás. En fin, como vulgarmente se dice, á lo hecho, pecho; está usted ya muerto, y ha tenido la distracción de asistir á su propio entierro, y no dudo que se dirigirá usted una carta de participación; ha derramado usted lágrimas sobre su propia

tumba, se ha llorado usted sinceramente, ha llevado luto por usted, y se ha heredado usted de usted mismo, pues tengo á su disposición todos los objetos que se dejó usted en su testamento. Y á propósito, amigo mío, toda vez que está usted en el otro mundo, ¿no podría usted darme algunos detalles de la vida que ahí se hace? ¿Es persona amable la muerte y es agradable vivir en su reino? ¿En qué zona subterránea se encuentra? ¿Hay cuatro estaciones? ¿difieren éstas de las de por aquí? ¿Cuáles son las distracciones que tienen los difuntos? ¿Qué forma es la de gobierno? ¿Por qué código se rigen? Usted, que debe estar ya enterado de todas estas cosas, podía comunicármelas; si llegaba el caso de que me aburriera demasiado en este viejo mundo, iría á encontrarle allí, donde está usted; y quizá ya lo hubiera hecho hace tiempo, si no me asaltara el miedo de dejar lo malo por lo peor.

»Ha tenido usted la bondad de interesarse por mí y por mi modo de vivir desde que se marchó; soy siempre el mismo, amigo mío, lo que creo se llama un excéntrico; no han cambiado en modo alguno mis gustos ni mis costumbres; duermo de día y estoy despierto de noche; con mucha voluntad y perseverancia, he obtenido, por fin, que se detuviera en mí el movimiento intelectual, y me encuentro lo mejor posible con esta inercia que me permite escuchar durante tres horas los dichos de un necio, sin tener,

como antes, deseos de tirarlo por la ventana. Asisto con indiferencia al espectáculo que ofrece la vida, que tiene momentos muy divertidos. Por poco, hace algunos días, me ví precisado á recurrir á la pluma para conservar mi caballo, pues un telegrama, que no sé de dónde venía, arruinó á mi banquero, que me había hecho colaborar en sus especulaciones, en las que creyó oportuno comprometer toda mi fortuna; pero al día siguiente al de este desastre murió un tío mío en un duelo sin padrinos, comiéndose un pastel de faisanes, y como de carácter poco cuidadoso, el pobre se había olvidado de desheredarme; la ley natural me obliga á recoger su fortuna, que era, por lo menos, tan importante como la pérdida que me había causado la bromita del telégrafo. Debía usted haber conocido á aquel excelente sujeto, cuya máxima era que la vida es un banquete.

»La muerte de mi tío, dándome la posesión de una nueva fortuna, me permitía no cambiar ninguna de mis costumbres, y he seguido disfrutando la misma vida de antes.

»Sin embargo, por extraño que sea yo en los negocios y las intrigas de la sociedad, he oído hablar en estos últimos tiempos de una noticia que le interesaba á usted bastante, para que me fijase en ella al objeto de enterarle á usted.

»Ahí va el acontecimiento, que le transmito sin añadirle ningún comentario:

»Su misteriosa vecina, á la que llamábamos doña Sirena, por la que había usted apelado al recurso supremo de la muerte, se casa dentro de tres días con el señor conde de Puyrassieux. Como antiguo amigo de esta señora, creo que sería correcto que usted asistiera á su boda, á la que fui oficiosamente invitado por su tío el marqués Felipe B..., aquel gran señor que parece sacado de un cuadro de Velázquez. Bien es verdad que vuestra calidad de difunto sería razón suficiente para dispensarle la asistencia á esta ceremonia. De modo que puede usted obrar como le acomode; sin embargo, por si decide usted visitar á este matrimonio, le espero á usted hasta el último momento. Para no asustar á los invitados sería conveniente que no viniese usted con su sábana. Deje, pues, en esta ocasión su *negligé* mortuorio, y vistase como los vivos: actualmente, como antes, la moda prescribe para las ceremonias de esta clase el frac negro con guantes y chaleco blancos. Le recuerdo á usted estos detalles por si se le habían olvidado en el otro mundo, cuyas modas quizá no sean las mismas que por aquí.

»Dejo, pues, á su juicio el resolver si es ó no prudente que asista á esta boda, de la que se habla mucho en la sociedad parisina. Si se decide á venir, me encontrará dispuesto el sábado, á las doce del día, en esta su casa. Si á esta hora no ha llegado usted, iré solo. Siempre suyo afectísimo, —TRISTAN.»

Esta era la extraña carta que hacía volver repentinamente á Francia al joven Ulric, de cuya muerte ó suicidio habían hablado todos los periódicos ingleses.

Después de una hora de conversación con su amigo Tristan, éste miró de nuevo al reloj y dijo al viajero:

—Querido amigo, la hora se acerca... Creo que debe usted comenzar á vestirse.

—Pero—dijo Ulric con voz emocionada—habrá en esta reunión muchas personas que podrán reconocerme y no es este mi propósito: quiero que sólo ella me vea. ¡Ah, pérfida!

—¡Cómo! ¿estamos aún así, querido?—dijo Tristan.—Ha olvidado usted ya la divisa de sus padres: *¡Pérfida como las olas!* Pero créame usted, dése prisa. Mi criado está á su disposición. En cuanto á que le reconozcan, no lo tema usted; se quedará usted detrás de una columna, y tapándose un poco la cara con un pañuelo podrá usted ver sin ser visto; y además, aunque le vieran no lo creerían. Ha pasado ya el tiempo de las apariciones visionarias. Le recomiendo, eso sí, que perfume usted un poco su ropa blanca, pues echa usted un olorcillo á cadáver que podría denunciarle... Apresúrese usted.

Ulric pasó á la habitación contigua, en la que el criado de Tristan le ayudó á vestirse el traje de etiqueta.

Un cuarto de hora más tarde, entraba, apoyado en el brazo de Tristan, en la igle-

sia de Saint Philippe du Reule, que empe-
zaban ya á llenar las personas invitadas á la
unión de la ahijada del marqués Felipe con
el conde de Puyrassieux.

Al ver á la novia arrodillada al pie del
altar, Ulric mordió el pañuelo para no grito-
tar, y Tristan sintió crispase en la suya la
mano del alemán.

—Ea, amigo mío—le dijo por lo bajo,
—tranquilícese usted; para muerto tiene
usted muy poca filosofía.

—Precisa que la vea, precisa que le hable,
—dijo Ulric al oído de Tristan, lanzando
una mirada de fuego hacia la joven condesa
de Puyrassieux.

—Pero querido difunto—le dijo Tristan,—
eso es muy difícil; sin embargo, no se desese-
pere usted; tendré quizá medio de introdu-
cirle en la fiesta que se celebrará esta no-
che en el palacio del marqués Felipe. Há-
game usted el favor de cubrirse mejor la
cara, hay personas que le miran á usted
mucho.

—¡Ah, Dios mío!—murmuró Ulric so-
focado y separando la vista de la pareja
nupcial, á la que daban la bendición.—
¡Cuánto sufro!

Tristan le miró con afecto casi paternal,
y le dijo al oído:

—Cálmese usted, Ulric, le juro que verá
usted esta noche á doña Sirena, y le prome-
to que hablará usted con ella á solas.

Antes de proseguir esta historia creemos

necesario dar algunos detalles acerca de
nuestra protagonista, á la que solamente he-
mos entrevisto á través de su velo de despo-
sada cuando se dirigía al altar. Vamos,
pues, á presentar al lector á esta preciosa mu-
jer en el momento en que, rodeada de gran
número de damas amigas, todas ellas co-
rresponentes á la más alta nobleza ó á las
familias más aristocráticas de Europa, les
hace admirar las maravillas de su ajuar.

Doña María de Valdés tenía veintidós
años; quedóse huérfana cuando muy niña,
y vivía bajo la tutela de su padrino el
marqués Felipe. Hasta la edad en que fué
introducida en los salones de la sociedad
permaneció encerrada en un convento de
Madrid, en el que había querido en cierta
época pronunciar votos solemnes. Desistió
de su idea, empero, por razones que hare-
mos conocer más tarde, al mismo tiempo que
conozcamos el origen de su sobrenombre de
doña Sirena.

Doña María hubiera producido éxtasis in-
finitos en los poetas amantes de aquellas ar-
dientes bellezas que llenan los paraísos de
los pintores españoles. Jamás concedió la
naturaleza tan pródigamente sus favores á
ninguna de sus hijas, ni aun á las más fa-
vorecidas. A los quince años doña María de
Valdés era una de aquellas mujeres cuya mi-
rada decreta la vida ó la muerte á los que no
han tenido fuerza de voluntad suficiente
para sustraerse á su influencia. Con sólo

verla se comprendía que un rayo salido de sus pupilas pudiera encender una agitada pasión, de la que solo cura la realización de los deseos ó el recurso de la muerte. Las mujeres que tienen esta terrible facultad, cuyo número es reducido, afortunadamente, son verdaderas calamidades, pues su sobrenatural belleza causa estragos y comete atentados contra los que nada puede la ley; son, por decirlo así, las Cleopatras de la vida íntima. La reina de Egipto causó la ruina de un Imperio, y estos divinos diablos de belleza causan á menudo en la sociedad, sobre la que reinan con toda omnipotencia de sus perfecciones, la ruina de muchos hombres, y es bien cierto que si ahora, en uno de esos hermosos cuerpos, maravilla de la naturaleza que desespera al arte, un diablo enemigo del género humano, desarrolla precozmente el instinto de las malas pasiones, esta obra maestra será pronto un mónstruo... Todas las perfecciones que adornaran á una de esas mujeres serán otros tantos lazos en los que caerán los corazones honrados y las más hermosas inteligencias. Sus miradas, llenas de voluptuosos é invencibles atractivos, multiplicarán los ardientes delirios, y no habrá hombre que para tener el derecho de caer á sus pies vacile un momento y retroceda ante el obstáculo que le separe de esa mujer, aun cuando este obstáculo sea un crimen.

Apresurémonos á decirlo; doña María de

Valdés no se contaba entre estas temibles criaturas, y el número de sus virtudes igualaba al tesoro de sus bellezas. Habiendo permanecido hasta los 18 años enclaustrada, cuyas reglas conservaban aún los principios austeros de los primeros tiempos del catolicismo, la joven novicia era la más piadosa y la más casta entre las castas y piadosas mujeres que vivían en aquel santo asilo, cuyo umbral sólo en raras ocasiones se abría para dejar pasar á un padre ó á una madre. A pesar de la alta posición ocupada por el marqués Felipe, ni aún él, que se había encargado del porvenir de su ahijada, podía verla más de tres ó cuatro veces al año. Cuando tuvo 18 años, la joven dejó el claustro para ir á vivir con su tutor, ó mejor á viajar con él, pues el marqués Felipe viajaba casi continuamente, y no queriendo confiar á nadie el cuidado de su ahijada, la llevaba siempre á todas sus excursiones que por razones de Estado tenía que hacer á Italia, á Francia ó á Alemania. A los veinte años, doña María había, pues, recorrido gran parte de Europa, y sólo hacía dos años que había fijado su residencia en Francia con su padrino, el marqués Felipe B., que finalmente se avencindó en París. La unión de la joven española con el conde de Puyrassieux se basaba sobre el amor; y, cosa rara, esta unión había sido acogida con universal simpatía. A su tiempo contaremos los detalles que precedieron á este enlace, que daba ani-

mación aquella noche á todo el aristocrático barrio de Saint-Honoré.

Según hemos dicho, antes de que pasaran los invitados á la gran sala en que estaba preparada el banquete nupcial, la joven desposada había llevado á su cuarto, que debía dejar aquella misma noche, al lindo enjambre de sus compañeras, y acababa de abrir el rico cofrecillo en que guardaba los regalos de boda del conde Angel Spes de Puyrassieux.

Todas aquellas jóvenes, en medio de las cuales la hermosa española resplandecía con el brillo especial que da el amor satisfecho, formaban un grupo encantador, en el que los distintos géneros de belleza tenían gran representación: las rubias *miss* con cabellos de oro pálido sueltos sobre unas espaldas blancas como mármol de Pharos; italianas gravemente recogidas en su seria belleza, que parecían sacadas de los cuadros de los maestros más gloriosos de Roma y Venecia; alemanas con la cara ovalada, cuya ingenua pureza se iluminaba con los dulces reflejos de sus ojos que, según canta la balada, brillaban como las estrellas de Mayo; españolas de Sevilla, Granada y Toledo, verdaderas marquesas como la que inspiró sus cantos á Alfred de Musset; para contraste con estas flores de una ardiente región, hijas de Noruega y de Suecia, lirios nacidos bajo las nieves polares, criaturas vaporosas que parecen salir de las nubes de Ossian; y finalmen-

te, perlas femininas francesas de París, parisinas, ésta es la última palabra de la elegancia y de la gracia, el electricismo de la belleza.

Sentada en el centro del grupo, la recién casada acaba de abrir su ajuar, y á cada maravilla que descubría, un grito de admiración salía también del pecho de sus compañeras. Desdoblaban, no sin celosa coquetería, los cachemires de las Indias, en que artistas desconocidos habían trazado aquellos mágicos arabescos ya aquellas flores rasgadas, cuyo secreto poseen los orientales; se probaban con inocente envidia, y tendían sobre sus espaldas, aquellos ricos tejidos, en los que brillaban los más variados colores. Una, cual nuevo Iris, se envolvía en una nube de encajes bordados en aquella región de fina elegancia que llaman Flandes; otra agitaba bailando los pliegues sedosos de un mantón de crespón de China; otra se perdía de admiración ante las espléndidas sederías de los talleres de Lyon; luego, después de haber examinado, admirado y criticado todos aquellos tesoros de caquetería, llegó el turno á los estuches. El conde de Puyrassieux, que era entendido en pedrerías, había escogido él mismo en los más suntuosos almacenes; jamás un coronado amante de las *Mil y una noches* había llevado á los pies de su amada regalos más espléndidos. A cada joya que mostraba acompañaba un nuevo entusiasmo, un grito, al que se mezclaba por lo bajo

la expresión de aquella codicia secreta que sienten las mujeres por todo lo que brilla. Todas las superfluidades de la vida estaban previstas: diademas, brazaletes, sortijas, pendientes, anillos, cadenillas. Todo, en junto, de un valor suficiente para comprar una provincia entera. Cuando hubieron acabado de contemplar todas aquellas bellezas, doña María empezó á repartir los regalos que debían recordarla á sus compañeras. A una le ofreció una sortija cincelada por Froment Maurice; á otra un brazaletes, á otra un diamante, á otra una perla, á todas un recuerdo amistoso, que era á la vez un adiós de la joven que pasa á la categoría de mujer casada. Había terminado apenas esta distribución, cuando la condesa de Puyrassieux encontró en el fondo del cofrecillo un pliego cerrado y sellado, doblado en forma de cartas, sobre el que leyó su nombre en español. Lo cogió ansiosamente, pero pronto se tranquilizó al recordar la petición que habían presentado á su tío cuando entraban en la iglesia, y de que el mismo marqués Felipe le había dicho enseñándole la carta: «Probablemente es alguna petición de limosnas: la dejaré en tu cofrecillo».

Tranquilizada entonces, guardó el papel en su seno y fué á reunirse á sus compañeras en la mesa donde se preparaba el banquete de boda. Doña María dió su izquierdo á su marido, que aparecía con el rostro descompuesto por una misteriosa emoción.

La joven lanzó al conde una mirada tierna é interrogadora; el conde simuló no apercibirse de la inquietud de su mujer, y con un esfuerzo de suprema voluntad imprimió en su rostro el sello de la serenidad más perfecta.

Doña María creyóse equivocada y recobró la tranquilidad de espíritu perdida un momento al reparar en el rostro de su marido, especialmente en un instante en que su ayuda de cámara, Francisco, le hablaba al oído.

La comida, que fué realmente suntuosa, duró tres horas; al final pasaron los invitados al salón. Antes de entrar allí, la joven desposada se escapó un momento á un cuarto que ocupaba una anciana puesta á su servicio desde que vivía en Francia, y, sacando de su seno el billete que había encontrado en el cofrecillo, rompió el sello y leyó apresuradamente.

Los primeros renglones arrancaron un grito á su garganta, una palidez mortal cubrió su rostro, apagóse el rayo de su mirada y cayó sin sentido sobre un diván que había en la sala.

A los pocos momentos la volvió en sí el ruido de la habitación contigua; recogió el billete y llamó en su ayuda una fuerza de voluntad suprema que calmase la tempestad de terrores en que la había sumido su lectura; irguió su cabeza y entró en el salón en el mismo momento en que, extrañando su

ausencia, el marqués Felipe iba en su busca.

Cuando los invitados dirigíanse á los salones preparados para el baile, el conde de Puyrassieux se alejó un momento, llevando consigo á su anciano criado Francisco, el mismo con quien había hablado en voz baja y confidencialmente durante la comida.

—Oye, Francisco—decía el conde á su criado;—antes de tomar medidas que serían acaso inútiles, precisa estar seguro: ¿no te has engañado? El celo de que siempre me has dado pruebas te ha causado quizá una equivocación. Todo cuanto me dices me parece inverosímil, te lo aseguro.

—Y sin embargo es todo cierto, señor,—contestó Francisco.

—Pero en fin ¿cómo has podido sospechar todo lo que acabas de decirme? ¿Quién te ha indicado e ta amenaza misteriosa que aguarda precisamente al último momento para estallar?

—Señor—prosiguió Francisco,—siempre fué usted para mí un dueño excelente, y siempre he sido yo para usted un bueno y fiel servidor; usted me lo ha recompensado, pues gracias á usted tengo mi pan asegurado para el resto de mis días. No puede usted hacer más de lo que ya ha hecho, y por mi parte, no teniendo nada que desear, no necesito dar prueba de un celo y de una vigilancia inútiles. No le diré, pues, que estaba hace ya tiempo á la zaga del que por fin he encontrado hoy, y cuyos propó-

sitos he podido averiguar: no hay tal. La casualidad sola me ha puesto en el camino de este misterio que, según usted dice, encierra una amenaza para su felicidad, y, en cuanto he visto clara la cosa, he corrido á manifestárselo.

—Pero—insistió el conde—dime por qué circunstancias has podido conocer este secreto.

—Debo ante todo decir á usted, señor, que hace más de un mes estoy enterado de la llegada á Francia de aquella anciana gitana que se llama Beatriz, á quien yo creí cómplice en el asesinato que se le preparaba á usted hace tiempo en España. No quiso usted creer en la complicidad de aquella mujer en el asunto; pero, por lo que á mí toca, hace tiempo que mis dudas se convirtieron en realidad. Volviendo á encontrar á Beatriz en París, precisamente cuando acababa de concertarse la unión de usted con doña María, no pude impedir que me asaltaran nuevos temores. Atribuí el regreso de aquella mujer al casamiento de usted, y sabiendo el odio que á usted tiene esa infernal criatura, me puse á vigilarla, y muchas veces la sorprendí por las inmediaciones de esta casa, en la que puedo asegurar á usted que jamás ha entrado.

—¿Por qué no me lo habías avisado?—preguntó el conde.

—No quería alarmar á usted fundándome sólo en suposiciones—contestó Francisco,—

y, aun cuando no conocía con certeza los propósitos de la gitana, suponiendo que no podían ser más que peligrosos para usted, me limité á impedir toda clase de relaciones directas ó por cartas entre Beatriz y doña María, quien, ayer todavía no sospechaba que su compatriota estuviese en París.

—¿Cómo, pues, lo ha sabido?—dijo el conde Puyrassieux.

—Ya se lo he dicho antes, señor,—replicó Francisco.—Viendo que todas sus tentativas de comunicación no le habían dado resultado, ha empleado esta vez un medio que no he podido impedir. Ha esperado á doña María en la puerta de la iglesia y le ha entregado una carta por mano del marqués Felipe.

¿Y qué se ha hecho de esta carta?

—Está ahora en manos de doña María, quien la ha encontrado en su ajuar, donde la había colocado su padrino, creído, sin duda, que la tal gitana era una pordiosera y que la carta era una petición de limosna.

—Pues en este caso, ¿qué puede hacerle suponer que esta carta encierra, efectivamente, otra cosa que una súplica? Ignoras lo que hay en ella escrito, al fin y al cabo.

—Por el contrario, lo adivino, señor. Si el motivo de la carta de Beatriz fuese únicamente el que usted dice, de leerla no habría causado á doña María el desvanecimiento que he presenciado momentos antes de la comida; pero no es esto todo, señor, y lo

que me queda por decir á usted le convenirá de que realmente hay un peligro que le amenaza esta noche.

—¿Qué más hay? habla pronto,—exclamó con ansiedad el conde.

—Escúcheme usted—dijo Francisco.—Como había visto que Beatriz daba la carta al marqués Felipe, pensé que esta insistencia por comunicar con doña María escondía aún otro secreto, y esta sospecha creció aún más cuando observé la alegría que se pintó en el rostro de la vieja al ver en manos seguras la misiva que había llevado. Escondido cuidadosamente, había observado todo esto sin ser visto, y en el momento en que Beatriz salía de la iglesia, salí yo también y quedéme á cierta distancia de la mendiga, que andaba muy deprimida; la seguí convencidísimo de que iba á dar cuenta del buen éxito de su empresa á alguien que estaba en ello interesado, y quise saber quién sería el oculto personaje.

No me fué preciso andar mucho, pues Beatriz, al dejar la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule, se dirigió al hospital Beaujon, que dista poco del templo; no pude seguirla al interior por no ser día de entrada pública, lo que, por otra parte, no hubiera sido prudente, pues quería que no me encontrase. Por lo que pudiera acaecer tomé la resolución de aguardar su salida del hospital, y fui á espiarla desde una taberna que hay frente á la puerta del mismo. No se hizo esperar

mucho; antes de media hora salía acompañada de un hombre. Pero subieron tan deprisa en un carruaje preparado, sin duda, que me fué imposible reconocerle.

Había hecho demasiado para no terminar mi trabajo: seguí lejos al coche, que andaba casi al paso, y se detuvo á los diez minutos delante de una fonda de pobre aspecto en lo alto del Arrabal de Roule, cerca de la Barrera.

Me situé á una prudente distancia para observar, cuando bajara del coche, al hombre que Beatriz había ido á recoger al hospital, y de nuevo la distancia á que por precaución tuve que situarme me impidió distinguir completamente su rostro. Sin embargo, el traje y los movimientos de aquel joven, que parecía estar sumamente débil, despertaron de pronto en mi pensamiento una sospecha que resolví aclarar.

Para ello, precisaba esperar la nueva partida de Beatriz, que había entrado en la tonda con el joven. No queriendo exhibir mi espera enmedio de la calle, entré en un café cercano y me puse á observar desde la ventana.

—¿Qué más?—dijo el conde cuya impaciencia se desbordaba.—¿Qué más?

—Al cabo de una hora Beatriz no había salido aún, y me decidía á abandonar mi observatorio cuando se abrió una de las rejas de la fonda. Miré con gran atención y ví...

—¿Qué viste?—dijo el conde con ansiedad.

—Ví que no me había equivocado en mis suposiciones. El hombre que Beatriz había ido á buscar al hospital, era... no precisa que os diga su nombre—añadió Francisco mirando á su dueño,—veo en vuestra mirada que lo habéis ya adivinado.

—No adivino nada, no quiero las cosas á medias,—dijo el conde apretando con violencia el brazo de su criado. Aunque tus palabras hayan de volverme loco, dímelas pronto: ¿quién era ese hombre?

—Enriquo Méndez... á quien usted mató en duelo hace seis meses, en las afueras de Madrid.

—¡Enrique Méndez, vivo!—exclamó el conde.—Es imposible: le ví muerto á mis pies.

—Le mató usted mal, señor,—dijo Francisco.—Precisa empezar de nuevo.

—¡Méndez vivo!—murmuró el conde.—¡Enrique en París con Beatriz, en el momento de mi casamiento!

—Oye, Francisco—dijo luego en voz alta mirando á su criado: ¿sabes algo todavía y me lo ocultas?

—He dicho á usted cuanto sabía; ahora voy á decirle lo que presumo. Pero ante todo, señor, esté usted seguro de mi abnegación; ya sabe que mi celo es desinteresado; no se ofenda, pues, por mis presunciones y no se enoje conmigo si mis sospechas alcanzan á la persona que lleva ahora el nombre de usted.

El conde palideció, pero no despegó los labios é hizo seña á Francisco que estaba dispuesto á escucharle.

—Señor, he aquí mi idea: la carta entregada al marqués Felipe por Beatriz era del español. Esta carta está ya en poder de doña María; ya he dicho á usted que su lectura le había causado una viva emoción, de que yo fui testigo ignorado; pero lo que no le he dicho todavía es que doña María, creyendo estar sola, exclamó:

«¿Cómo contestarle?»

—¿Estás seguro de esto?—dijo el conde estremeciéndose.

—He oído perfectamente estas palabras.

—Pero no puedo, sin embargo, sospechar de María, no puedo hacerla vigilar, sería una infamia. Te habrás engañado, Francisco; habrás visto, oído mal; si mi mujer ha recibido el billete de Méndez, si lo ha leído, ha sido porque la han engañado. Ella creía que esta carta tenía otra procedencia, ignoraba el contenido, y luego de leerla la habrá arrojado á sus pies.

—Luego de leer este billete la señora condesa lo ha guardado en su seno, y ha exclamado, retorciéndose las manos: «¡Dios mío, qué es lo que he hecho! ¡Cómo contestarle!» Lo he visto muy bien y oído perfectamente.

—Pero es imposible esto,—dijo el conde.

—Desde el primer día faltará mi confianza... Te repito que no es posible. Además, que María no se ha separado de mí ni un ins-

tante desde que ha recibido esta carta. En el primer momento quizá habrá querido contestar, acaso para impedir que ese joven haga alguna locura; pero no contestará.

—Señor—dijo Francisco haciendo ver al conde una muchacha de servicio que pasaba á hurtadillas por una galería contigua.—¿Ve usted á esa mujer?

—Sí—dijo el conde,—es Inés, la camarera de mi mujer. ¿Y qué?

—Pues apuesto lo que usted quiera á que se lleva una contestación para Enrique Méndez.

—¡Oh!—añadió el conde—voy á saberlo.

—No es necesario dar escándalo—replicó Francisco;—déjeme usted á mí: dentro de una hora lo sabré todo y vendré á informarle de lo que haya descubierto.

—Te lo prohibo—dijo el conde,—no lo quiero, sería infame.

—Dentro de una hora, señor, estaré en su despacho—añadió Francisco,—y salió dejando al conde de Puyrassieux asaltado de dudas horribles.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía golpeándose la frente con las manos;—¿será, pues, verdad todo lo que me dicen acerca de ella?...

Sin embargo, como la etiqueta exigía que se presentara en el salón, donde el baile no tardaría en comenzar, el conde salió de su despacho y fué á reunirse á los invitados. Por más que se esforzaba, no pudo en los

primeros momentos disimular del todo, bajo un rostro falso é indiferente las dudas y angustias de que era presa interiormente. El marqués Felipe, acostumbrado á leer los pensamientos más secretos en las líneas del rostro, adivinó que el marido de su ahijada estaba atormentado por alguna misteriosa preocupación, y dirigió al conde de Puyrassieux algunas preguntas precedidas de un sin fin de precauciones oratorias. El conde, viendo descubierto el estado de su ánimo, se esforzó únicamente en disfrazar la verdadera causa, atribuyéndolo á cualquier motivo, que el marqués Felipe creyó, ó al menos fingió creer; pues luego de dejar al conde no le perdió de vista y se apercibió de las repetidas veces que éste salía del salón, yendo cada cinco minutos á su despacho por si Francisco había vuelto.

Al cabo de una hora, según le había prometido, el criado entraba en el despacho.

—¿Qué sabes?—exclamó en el acto el conde de Puyrassieux;—¿qué has averiguado?

—Señor, he seguido á Inés—contestó Francisco.

—Y qué más... ¿á dónde iba?

—Paciencia, señor conde... Cuando ha salido de la casa Inés, según ya me figuraba, se ha dirigido al Arrabal del Roule. Pero frente al hospital Beaujon, no sé por qué causa se ha vuelto de repente, y, si bien la distancia que nos separaba era bastante grande, creo que se apercibió de mí,

pues se detuvo indecisa un momento como si reflexionara; luego ví que sacaba una carta de su bolsillo.

—La de mi mujer—dijo el conde.

—Probablemente. Inés, con la carta en la mano, se acercó á un mozo de cuerda y le habló enseñándole la carta; el hombre le indicó una de las calles que unen el Arrabal del Roule con la Avenida de los Campos Elíseos, y ví á Inés que se dirigía hacia esta calle. Para no perderla de vista apresuré el paso y la alcancé otra vez cuando entraba en la calle de Chaillot.

Pero—dijo el conde—allí no vive Enrique Méndez. ¿No me habías dicho antes que vivía en una fonda del Arrabal del Roule?

—Sí, señor, y así es en efecto. Pero déjeme usted explicarle por qué la camarera de doña María había tomado este falso camino. Sabe que soy á usted tan adicto como ella lo es á su dueña; á pesar de mis precauciones, se había apercibido de que yo la seguía. Ha comprendido que la vigilaba, y, para engañarme ha fingido preguntar al mozo de cuerda por una calle que conocía ella muy bien, lo que, cuando menos (así lo creía ella) tenía que hacerme pensar que el objeto de su salida no era el que yo suponía. Mas yo soy perro viejo, y no se me engaña tan fácilmente; tenía ya mis ideas, y las astucias de Inés no podían hacerme desistir de ella. Había adivinado mis propósitos,

pero también yo había adivinado los suyos, y comprendí que no creyendo ya prudente llevar ella misma el recado que le habían encargado, pues que sabía que yo la seguía, lo haría llevar por otra persona desconocida para mí, y cuya complicidad no podía yo sospechar.

—Finalmente—dijo el conde con impaciencia,—¿qué ha sucedido? ¿Tenías ó no razón en tus dudas?

—Tenía razón, señor—dijo Francisco;—pero déjeme usted terminar. Como á la mitad de la calle de Chaillot, Inés se volvió para ver si yo insistía. Me vió á unos cincuenta pasos detrás de ella; luego, después de andar otros cinco minutos, entró en una casa de pobre aspecto. En cuanto á mí, proseguí mi camino y fuí á apostarme á medio tiro de fusil, pasada la casa cuya entrada no perdía de vista. Momentos después ví salir á Inés, que me encontró al paso, y creyó sin duda que la seguiría de nuevo y perdería de ese modo la pista de la carta. Pero el anzuelo estaba demasiado á la vista y no me dejé coger, aunque creí prudente hacer ver á la astuta criada que me había engañado. Como andaba muy poco á poco, probablemente para que me fuera más fácil seguirla, me acerqué á un anciano que pedía limosna á la puerta de la iglesia.—«¿Queréis ganar cinco francos?—le dije.—¿Qué hay que hacer para ello, señor?—contestóme con alegría.—Seguiréis á la primera persona que

salga de la casa número 31, y volveréis á decirme á dónde ha ido: os aguardo á la puerta del hospicio Beaujon. Si llegáis antes que yo, esperadme.» Y volví á seguir á Inés, que continuaba tranquilamente su camino, á la que dejé en el momento en que entraba en casa. Fuí entonces de nuevo hasta el hospital Beaujon: el mendigo me aguardaba. «¿Habéis hecho lo que os he encargado?—Sí, señor, por cierto que me he visto muy apurado.—¿Por qué?—Me había usted mandado que siguiera á la primera persona que saliera del número 31; pero en cuanto usted se ha separado de mí, han salido dos, que han tomado opuestas direcciones: una hacia arriba, otra hacia abajo de la calle.—Diablo—exclamé,—¿cómo lo habéis arreglado?—Señor—dijo el mendigo,—creyendo que le interesaba á usted mucho lo que me había encargado, he hecho seguir á la persona que se dirigía á Passy, por un monaguillo de la parroquia, y he seguido yo mismo á la mujer que iba calle abajo. De este modo aquel caballero estará satisfecho. El monaguillo vendrá aquí á decirme dónde se ha detenido la anciana que él ha seguido.—Está bien, dije al mendigo, ¿pero usted dónde ha dejado á la persona en cuyo seguimiento iba?—Se ha detenido al extremo del Arrabal del Roule, en una fonda.—Bueno, bueno, dije dando al mendigo doble cantidad de la que le había ofrecido.—Señor, señor, exclamó al ver que me alejaba: el

monaguillo vendrá y sabrá usted á dónde ha ido.—No hace falta, contestéle: habéis tomado vos el buen camino y ya sé lo que necesitaba.»—Ya ve usted, señor—terminó Francisco,—que indudablemente tenía yo razón: el español tiene ya la carta.

—Sí—dijo el conde de Puyrassieux, quien después de estudiar el relato de su criado con suma atención, se había abismado en hondas reflexiones, de entre las que sólo dejaba escapar palabras de vacilación: ¿Qué hacer?... ¿Cómo saberlo?... ¿qué le decía en su carta?... y otras exclamaciones llenas de duda y de desesperación.

—Oiga usted, señor—repuso Francisco,—no he acabado todavía con Inés... Hay que buscar la solución de este enigma y la averiguaré... La camarera de la señora condesa se figura que me ha burlado, pues cree que ha desbaratado mi persecución. Desconfiará, por lo tanto, menos de mí, y si algo hay que saber, lo sabré más fácilmente y se lo comunicaré á usted de seguida.

En aquel momento entraba el marqués Felipe.

—¿Qué significa esto, querido amigo?—dijo el conde.—¿Dónde se mete usted? ¿Qué hace? ¿Por qué no se queda usted en el salón? Sorprende mucho á todos su ausencia; mi ahijada está también intranquila. Ea, nos oculta usted algo: ¡tenga usted confianza en mí! ¿Ha tenido usted noticia de alguna desgracia? Precisa que sea muy im-

portante para preocupar á usted tanto en estos momentos... Si es un secreto que deba usted guardar, no me lo revele... Pero cuando menos, olvídelo hasta mañana. Reflexione en los peligrosos comentarios que podría provocar su ausencia entre las personas aquí reunidas.

—Tiene usted razón, marqués,—contestó el conde.—Tengo, efectivamente, algunas preocupaciones que son enteramente personales, pero que no tienen gravedad alguna, al fin y al cabo. Perdóneme usted si soy indiscreto esta noche... Lo seré menos mañana ó pasado. Es usted persona de experiencia, y si llega el caso le pediré á usted consejo... Por de pronto seguiré el que usted acaba de darme. Ahogaré una preocupación pasajera que, después de todo, podría no ser legítima bajo la alegría de mi dicha actual... Vuelva usted al salón, marqués; vaya usted á ver otra vez á Inés...

—¿Qué significa esto?—murmuró el marqués Felipe mientras el marido de su ahijada había ido á saludar al embajador de España, que acababa de entrar.

En el jardín lucían las estrellas en el cielo de aquella hermosa noche de verano; el aire, más puro en aquel sitio de París que en otros barrios céntricos, llevaba consigo los perfumes que salían de los numerosos jardines de los alrededores saturados por las flores de Junio. Las ventanas del hotel del marqués Felipe brillaban como el pala-

cio de algún cuento de hadas, y podían verse pasar, en el puro brillo de la fiesta nocturna, grupos de mujeres adornadas y parejas unidas dando vueltas al compás de los vals voluptuosos. Era la una y el baile tocaba ya á su término.

En un ángulo del salón, el marqués Felipe, el conde y la joven condesa de Puyrassieux, recibían los plácemes de las personas que se despedían.

El conde parecía haber olvidado todas sus preocupaciones: tenía palabras encantadoras para todos sus amigos, y de vez en cuando se inclinaba hacia el oído de su joven esposa para decirle alguna frase de ternura, á la que ella contestaba con una mirada, en la que el espíritu más celoso no habría podido ver más que amor. Sólo el marqués Felipe tenía el semblante meditabundo y serio: es que, mejor que nadie, conociendo á su ahijada y acostumbado, por su carrera, á adivinar el conjunto de las cosas con el más ligero detalle, el marqués Felipe no estaba tranquilo, con la actitud de calma en que aparecía la condesa, quien había logrado engañar tan bien á su marido que éste llegaba á dudar de todas las historias extrañas que la había contado Francisco. Bajo esta frente pura y blanca, el marqués Felipe, con su mirada escrutadora, á la que nada escapaba, veía pasar la sombra de los agitados pensamientos que llenaban el alma de la joven; por algunos estremecimientos mal reprimi-

dos, que se reproducían á intervalos desiguales, y hábilmente disimulados al conde de Puyrassieux, el marqués seguía el misterioso combate que se trataba en el interior de la condesa; pero como era simple testigo del efecto, ignoraba la causa que lo producía.

No era el marqués Felipe el único que observaba á la condesa doña María. Apartados en un ángulo del salón, y casi escondidos por una columna, estaban también vigilando Tristan y el joven Ulric Remfeld, que hablaban en voz baja.

—Querido difunto—decía Tristan á su compañero,—suplico á usted que considere que, si tiene usted empeño en no ser reconocido, hemos de pensar en retirarnos; de otro modo, su incógnito, que hasta ahora ha podido guardarse en medio de la enorme muchedumbre que llenaba el salón, podrá ser fácilmente descubierto, pues mucha gente se ha retirado ya.

—No queda ningún conocido—dijo Ulric, lanzando al conde de Puyrassieux, que hablaba bajo con su esposa, una mirada cargada de celos. Tristan, con aquella mirada, comprendió el atroz tormento de que era presa su joven amigo.

—Pero—le dijo con dulzura fraternal,—acuérdesese usted de lo que me prometió y cumpla usted su palabra como yo he cumplido la mía.

—¿Qué es lo que le he prometido?—dijo

maquinalmente Ulric sin perder de vista al conde y á la condesa.

—Yo le había prometido que le introduciría en el baile de etiqueta del marqués Felipe, y hace ya dos horas que estamos en él. Le había prometido que le facilitaría una entrevista con doña María; la ha tenido usted y nadie la ha sospechado. He cumplido, pues, escrupulosamente mis promesas; tenga usted tanta palabra como yo, querido Ulric; acuérdesse que me juró que no permeneceríamos aquí más que el tiempo preciso para que se despidiera usted de esta hermosa señora, cuyo proceder es menos reprobable de lo que usted piensa: pues su muerte la libertaba de todos los compromisos que hubiera podido contraer con usted.

—¡Ea, amigo mío, déjese usted ya de bromas!—dijo Ulric.

—Amigo mío, estoy muy serio y no bromeo en modo alguno. Olvida usted la situación en que se ha colocado, y hace muy mal. Creía yo que los muertos, al dejar este mundo, se despojaban de todas las pasiones que lo agitan; es de creer que me equivocaba, al menos si debo juzgar por lo que veo en usted. Pero al fin y al cabo, ¿qué proyecto tiene usted? ¿Cuáles pueden ser sus esperanzas en la situación actual de las cosas? ¿Qué espera usted de doña María, que no se pertenece ya, que es á esta hora condesa de Puy-rassieex, y que se ha casado por amor, si hemos de creer lo que se cuenta?

—Ahí está su perfidia,—dijo Ulric.—Que al poco tiempo después de jurarme que sólo sería mía...

—Pero amigo mío, no le dejó usted tiempo de ser de usted, y la pobre muchacha ignoraba que usted tuviese el privilegio de salir de su tumba para venir á reclamar el cumplimiento de una promesa, de la que podía perfectamente olvidarse después de la muerte de usted, se lo repito.

—Pues por ella y para ella es por lo que estoy muerto, ó paso por estarlo,—exclamó Ulric.

—Ignoraba este secreto—dijo Tristán,—y cuando tenga usted tiempo le agradeceré me refiera los detalles; pero lo que acaba usted de decirme no cambia en nada la situación. Está usted para el mundo, hasta que se haya comprobado la equivocación, completamente muerto, no lo olvide; tan muerto como puede uno estarlo cuando se ha habitado durante tres meses una fosa abierta en un cementerio inglés á seis pies de profundidad. A estas horas no es usted más que ceniza. Su sér ha vuelto al centro de la producción universal. Es usted carne de gusanos; usted mismo contribuye al rápido desarrollo de los árboles que sombrean su tumba. Las flores que la adornan han nacido de usted mismo, y, en resumen, es usted bastante panteísta para que no necesite yo contarle todo esto. Pues bien, haga usted el favor de decirme qué puede usted

hacer estando así las cosas. ¿No está usted contento con haber podido resucitar un día, y haber venido, bajo su antigua forma, á asustar á una joven que ahora mismo baja del altar? Sólo una cosa me extraña, y es que no haya caído muerta de miedo al ver al fantasma de usted alzarse entre ella y el hombre á quien acababa de dar su mano. Pero dejémos esto: quería usted ver á doña María, á doña Sirena, ya la ha visto usted: quería usted hablarla, ya lo ha conseguido. Era esto cuanto usted pedía esta mañana; ¿qué más quiere usted ahora? ¿qué espera usted aquí? ¿por qué no nos retiramos?

—¡Partir ahora, dejarles solos!—contestó Ulric señalando al conde y á la condesa;— ¡oh! ¡no, no! esto me es imposible.

—Y, sin embargo, es preciso; á no ser que prefiera usted quedarse el último aquí y esperar á que los criados le despidan.

—No esperaré aquí—contestó Ulric, y cogiendo la mano de su amigo, añadió: Le agradezco mucho lo que usted ha hecho por mí, querido Tristan. Le daría gustoso explicaciones que le harían comprender por qué razón me quedo, pero sería esto muy largo. Ha hecho usted por mí cuanto podía hacer; si obro loca ó cuerda ahora, Dios lo sabe; pero no quiero hacer participar á usted por más tiempo de mi locura; sería exigir demasiado. Déjeme usted, pues, y retírese; ó mejor, como usted me ha traído aquí, exige la etiqueta que vayamos juntos al

marqués Felipe, hecho lo cual saldremos los dos, y ya me las compondré yo para entrar de nuevo.

—Pero amigo mío, ¿qué intenta usted?... Ea, hablemos seriamente... está usted sintiéndose como un final de melodrama y no le dejo en modo alguno solo con esas ideas; los celos son malos consejeros... Comprendo lo horrible que será el tormento de ver á la mujer amada y deseada dando la mano á un hombre que no tardará en deshojar su corona virginal... Pero, se lo repito á usted, amigo mío: usted lo ha querido; y cómo quiere que le diga que no existe usted más que como recuerdo en el pensamiento de doña Sirena?... Tenga usted, pues, serenidad y valor... y véngase conmigo á este balcón: empieza á despertar el alba y dicen que este espectáculo despierta á la virtud.

—No tema usted por mi parte un escándalo; usted me ha traído aquí y no he de comprometerle—contestó Ulric resistiendo á Tristan, que quería arrastrarle hacia uno de los balcones que miraban al jardín.

—Me quedo, amigo mío, me quedo, y para ser franco con usted, le diré que me han rogado que me quedase.

—Presumo al menos que no es el conde de Puyrassieux quien firmó la invitación—dijo Tristan.

—La firma su mujer—dijo Ulric en voz baja.

—¡Oh!... ¡imposible, imposible!

—Vea usted—dijo el joven sacando de su bolsillo una esquila que enseñó á Tristan, en el que éste leyó apresuradamente estas palabras:

«Teniendo confianza en su honor y en la promesa que me ha hecho de salir de París mañana al amanecer, accedo á recibir su despedida esta noche. Esperaré á usted en el pabelloncito del jardín, á donde le conducirá Inés. Salga usted del baile cuando yo deje caer un ramo de flores, esta será la seña. Inés está prevenida y vigilará su salida para guiarle al sitio donde hemos de vernos por última vez.

MARÍA.»

—Ya ve usted, pues, que no puedo retirarme.

—Amigo mío, abusa usted de la resurrección—dijo Tristan,—y se expone á que le maten otra vez. El conde de Puyrassieux es un émulo de Otelo, por lo celoso, y alumno de Grisier, por el manejo de las armas. Si llega á conocer esta novela, el resultado es claro, y tendrá usted, para ser todo un hombre privilegiado, la satisfacción rarísima de que le entierren dos veces y en sitios diferentes... Pero vea usted: el salón se despeja poco á poco; acaban de dar las dos y media; por última vez, siga usted mi consejo: vámonos á cenar. Y á propósito de cena: el café inglés ha caído completamente, nadie quiere comer trufas recogidas

en una sucursal de Perigord que se llama los Batignolles. Formalmente, le invito á cenar...

—Cáteme usted, yo iré á encontrarle; pero ahora me quedo... O mejor dicho, me voy, pues acaba de hacerme la seña,—dijo Ulric mirando á doña María que, efectivamente, al levantarse para saludar á una dama había dejado caer un ramo de flores.

—Vámonos, pues—dijo Ulric.

Y los dos jóvenes fueron á despedirse del marqués Felipe y de los dos novios.

—Esta mujer es una obra maestra en el arte de fingir,—pensó Tristan al ver la tranquilidad con que doña María contestaba al saludo de Ulric.

—Ahora, querido amigo—dijo el alemán á Tristan cuando estuvieron en el vestíbulo,—déjeme usted bajar solo y primero; Inés vacilaría quizá á venir á buscarme si me viese acompañado.

—Vaya usted, pues,—dijo Tristan;—esperaré hora y media en el café de Foy, donde voy á encargár una cena para dos *bons vivants*, de los cuales uno está muerto.

Inés, que vigilaba ya la salida, llamó por señas á Ulric en el momento en que éste llegaba al vestíbulo, y le condujo á una habitación antigua, en la que le dejó encerrado, llevándose la llave.

—Volveré á recogerle dentro de una hora,—díjole al salir.

Y ahora—añadió para sí—vamos al otro.

Bajando apresuradamente la escalera encontró á Francisco, que se apoyaba gruñendo en las paredes: estaba ébrio hasta la cuarta potencia.

—Bueno—dijose Inés,—todo irá bien: nuestro vigilante está ciego.

Según costumbre, dos damas habían acompañado á la joven desposada hasta el cuarto nupcial; una era tía del conde de Puyrasieux y la otra parienta del marqués Felipe. Después de ayudar á doña María á despojarse del traje de baile, las dos señoras se retiraron; su esposo y el marqués celebraban mientras tanto una entrevista en el cuarto del segundo.

Doña María se había puesto una bata de *eachemir* blanco ceñida á la cintura con un cordón, algo parecida á las túnicas que llevan las novicias en los conventos. Su cabello negro y luciente por húmedos perfumes, formábase rizados sobre las sienes, haciendo un marco de ébano á su rostro, cubierto en aquel momento de palidez mortal, bajo la que desaparecía casi completamente aquel color moreno que, al contemplarla, hacía pensar en los versos de Alfredo de Musset dedicados á una deidad española.

Sentada en una butaca ante la ventana, la condesa inclinó la cabeza sobre sus manos y permaneció un rato en esta actitud meditabunda, de que la sacó la llegada de su camarera. Viendo entrar á Inés, doña María

se levantó precipitadamente y corrió á recibirla.

—Díme, Inés—preguntóle,—¿has logrado lo que deseábamos?

—Sí, señora.

—¿Y nadie te ha visto?

—Nadie.

—¿Estás segura de esto?

—Completamente. A pesar—dijo Inés sonriéndose—de que me ha encontrado Francisco, el criado, cuando acababa de introducir en mi cuarto á don Ulric. Pero no hay nada que temer; Francisco se hallaba un estado de completa embriaguez.

—¿Ulric está, pues, en tu habitación?

—Sí, señora.

—¿Y el otro?

—En el jardín, con la vieja Beatriz, que ha querido acompañarle para asistirle en caso de necesidad, pues el pobre joven está medio muerto, da verdaderamente lástima.

—¿No has intentado hacerle comprender que me sería imposible, sobre todo esta noche, concederle la entrevista que me pide?

—Lo he probado, señora, pero todos mis esfuerzos han sido inútiles. Quiere ver á usted por última vez. Beatriz, sobre todo, le anima á insistir en sus propósitos, y para el caso en que usted intentara no cumplir la promesa que le hace usted en la carta, el joven Méndez y su compañera Beatriz me han hecho comprender que uti-

lizarían esta carta para obligar á usted á que acuda á la cita.

—¿Cómo, lo harían?—exclamó doña María asustada.

—Sí—dijo Inés.—Enrique Méndez me ha dicho: Si tu dueña no está en el jardín á la hora fijada, una hora después su esposo leerá la carta que acabo de recibir.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! Pero, ¡qué puede querer de mí!... ¿Qué espera?

—No espera nada y sólo quiere ver á usted, señora, como le he dicho. Está en el jardín escondido en uno de los bosquecillos, hacia el extremo más opuesto al en que se halla el pabellón donde llevaré ahora al señor Remfeld.

—¿Pero y si se enueñan?—dijo la condesa.

—No hay peligro de que esto suceda. Enrique puede apenas tenerse en pie, y no se levantará del banco en que está sentado; en cuanto al señor Remfeld, lo llevaré al pabellón, donde le encerraré, y podrá usted ir á encontrarle cuando deje á don Enrique. Por lo demás, les he avisado á los dos que sólo estaría usted con ellos diez minutos. ¿Qué importa el tiempo? han dicho los dos, ¡sólo quiero verla!... Pierda usted, pues, cuidado—añadió la camarera,—lo que vamos á hacer es muy sencillo y asegurará la tranquilidad de la señora. Nos rodea el mayor misterio, y nadie puede sospechar la aven-

tura que luego descubriremos. Solo que pasa el tiempo, la hora se acerca y debería usted aprovecharse de estos instantes en que el conde se halla con el señor marqués, para bajar al jardín; todo estaría listo antes de un cuarto de hora, y estos dos jóvenes se hallarían fuera de la casa...

—No—dijo la condesa,—esperaré al conde... y le suplicaré que me deje sola esta noche.

—¡Oh!—dijo Inés—con acento de duda.

—Es cosa mía—prosiguió la condesa.—Sé prudente, baja al jardín, y procura que no se impacienten los que me aguardan. Vé pronto, deprisa... oigo pasos... Quizá sea el conde...

Era efectivamente el conde Angel quien se dirigía á la habitación de su mujer; entró en el momento en que salía Inés, y no la vió salir. En actitud grave y solemne el conde se detuvo un momento en medio de la habitación y contempló á María, que se esforzaba por sobreponerse á las emociones violentas de que era presa; María se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Es imposible—murmuraba el conde sin moverse,—¡tanta serenidad despues de tanta perfidia! Es imposible. Francisco está loco, y su embriaguez no es fingida, como él dice, es verdadera. ¡Oh! no, no, no puedo creer lo que me ha dicho. Ea, lejos de mí estos pensamientos odiosos...

Y se adelantó á su mujer, le cogió la mano y la besó respetuosamente.

—Querida María—díjole haciéndola sentar á su lado en una *causeuse*,—por fin nos dejan solos.

—Sí,—dijo la joven, sonrojándose ligeramente.—¡Oh, Dios mío!—pensaba,—¡cómo alejarle!

—¡Cuán largo me ha parecido este día, cuán lentas corrían las horas que me separaban de esta hora de soledad y de amor que por fin ha llegado! ¡Oh, aquel baile creí que no se acabaría nunca!

Y el conde cogió con las suyas la mano que la condesa la abandonaba y la apretó cariñosamente. Aquella mano ardía como fuego; la condesa volvió la cabeza.

—¿Está usted enferma?—preguntóle su marido con ansiedad.

—No es nada, un poco de cansancio, el calor, el barullo...

—Hace aquí un calor asfixiante,—dijo el conde levantándose.—Y fué á abrir la ventana, lanzando, contra su voluntad y como empujado por una súbita reflexión, una mirada interrogadora á su mujer; no vió en su rostro ninguna emoción. Doña María conservaba su silenciosa inmovilidad, preocupando su mente un solo pensamiento: Cómo lo haría para alejar á su marido, que, inclinado en la ventana, admiraba la serenidad de aquella noche de verano.

—¿Qué le diré, Dios mío?—murmuraba mientras el conde se separaba de la ventana y volvía á sentarse á su lado.

—María,—dijo el conde poniéndose de rodillas delante de ella—déjeme usted repetirle lo que ya tantas veces le he dicho, déjeme darle una vez más las gracias por toda la dicha que su amor me ha proporcionado, por toda la que me proporcionará todavía. ¡Bendita Providencia que ha hecho que encontrase á usted en mi camino! y toda vez que debíamos encontrarnos, ¿por qué tardó usted tanto? Gracias á usted, María, esa segunda juventud que tienen tan raras veces los que han gastado mal la primera, me ha sido concedida cuando he encontrado á usted. Vuelvo á andar bajo el ecuador de la esperanza y del amor, renuncio á los proyectos que había concebido antes de conocerla. Que anden por las sendas oscuras aquellos que tienen el corazón en el espíritu, y que persigan sin tregua los fantasmas de ambición que hacen palidecer sus frentes; ¡para ellos las luchas de las pasiones, las envidias de honores vanos! Pero para mí el mundo alegre de las bellas poesías; para mí, en tanto que usted ¡oh, María! me conceda su cariño, la verdadera dicha, la única felicidad en este mundo, para mí el amor.

—Sí, Angel,—dijo á su vez doña María conmovida por el acento de su esposo, que despertaba en su alma un mundo de ternuras,—sí, le amo y estoy orgullosa de pertenecerle.

Y, como dominada por un invencible encanto, dejó caer su cabeza sobre el hombro

de su marido. Y durante diez minutos los novios permanecieron sumidos en un silencioso éxtasis.

De pronto, sonó un reloj de los alrededores; estremeciéndose doña María, como sacudida por una conmoción eléctrica, y se escapó de los brazos de su esposo.

—Angel—dijo con temblorosa voz,—tengo algo que pedirle; prométame usted que no me lo negará. Soy ahora su mujer, le pertenezco, soy su esclava, y me entrego con alegría; pero por una hora, y no me pida usted la causa de este capricho, déjeme usted sola, por una hora nada más.

El conde, sorprendido por esta extraña petición, no se apresuró á replicar; las sospechas que habían hecho nacer en su mente volvían á despertarse, y se disponía probablemente á pedir algunas explicaciones, cuando llamaron repentinamente á la puerta.

—Abra usted, Angel—dijo una voz que el conde y su mujer reconocieron por la del marqués Felipe,—abra usted.

—Señor conde—dijo el marqués que llevaba un paquete de papeles en la mano:—acabo de recibir por un correo extraordinario partes de suma gravedad, acerca de los que me precisa consultarle. He visto luz en su habitación, y apesar de la inoportunidad de mi visita en estos momentos, el interés mismo de usted exige que venga inmediatamente á conocer los documentos que me han remitido..

—Seguiré á usted, señor,—dijo el conde cada vez más sorprendido.—Ya lo ve usted —exclamó volviéndose hacia su mujer;—aun cuando no hubiera accedido á lo que usted me pedía, su libertad se hubiese prolongado por una hora más; pero tenga usted presente que aunque se tratara de la salvación del Universo entero, no concedería ni un minuto más, y pasada la hora exacta volveré aquí mismo...

—¡Por fin!—exclamó la condesa cuando estuvo sola,—por fin estoy ya libre. ¡Inés! ¡Inés!—añadió llamando á su doncella, que se hallaba en la habitación contigua, y que, efectivamente, acudió al lado de su dueña.

—Inés, estoy libre... el marqués ha venido á buscar á mi marido para consultarle sobre ciertos documentos... Tenemos una hora... Pronto, mi abrigo y partamos...

—Partamos—dijo Inés,—deben ya empezar á impacientarse...

Quando Tristan entró en el café de Joy, en el que había citado á Ulric, encontró á tres amigos suyos que habían querido acabar con una cena una noche dedicada al juego. Eran éstos Antony de Sylvers, el vizconde Serafin y Lázaro de Chabannes-Malaurie, que debían los tres, pocos días después de estos acontecimientos, colaborar en una aventura cuya resonancia fué inmensa en los departamentos del Sena y del Sena y Oise. Después de los saludos de cos-

tumbre, Tristan se sentó en la mesa de sus amigos.

—¡Hombre! ¿Por qué casualidad está usted en la calle tan temprano ó tan tarde? —preguntó el vizconde Serafín á Tristan.

—No es por casualidad—replicó éste,—salgo del baile.

—¡Cómo del baile! ¿En esta estación? —exclamó el trío.

—¿Cuál es el original que se atreve á estas excentricidades?—dijo Sylvers.

—Era un baile de boda—contestó Tristan.

—¡Pero qué, ¿es que aun hay quien se casa? —dijo Lázaro.

—Para nuestra suerte, señores,—añadió el vizconde Serafín.

—Ahora dígame usted, Tristan—preguntó Antony de Silvers:—¿los desposados no pertenecen acaso á nuestra sociedad, ¿cómo hemos ignorado esta boda?

—¡Ah! señores, la reputación de que ustedes gozan es demasiado terrible para que el nuevo marido les invitara al casamiento, que por lo demás debe haber participado á ustedes, pues antes era de los nuestros. ¿Recuerdan ustedes á Angel de Puyrassieux?

—¡Ah! muy bien, ahora caigo; he oído, efectivamente, hablar de ello. Pero según parece es un casamiento hecho por amor, una verdadera novela. ¿No se casa con una joven española el señor de Puyrassieux?

—Exactamente—dijo Tristan,—la ahija.

da del marqués Felipe. Una mujer admirable, se lo juro á ustedes.

—Ea, pues señores—dijo Serafín llenando las copas,—bebamos á la salud de la bella condesa de Puyrassieux, y de su enamorado y tímido esposo.

Y los jóvenes vaciaron las copas, repitiendo el brindis.

—Señores,—dijo Tristan,—¿quieren ustedes permitirme que haga poner un cubierto más? Aguardo aquí á un amigo mío que fue en vida un joven sumamente agradable.

—¿Cómo, en vida?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que mi amigo está muerto.

—¡Muerto!—exclamaron á una los tres jóvenes: ¡qué magnífica broma!

—Señores, muerto y enterrado,—dijo Tristan.

—¿Pero qué significa esto? Está usted geoglífico como las inscripciones de Lougor.

—Oigan ustedes, señores, puedo contarles la aventura, que es bastante curiosa, y que les interesará tanto más cuanto que luego conocerán ustedes al héroe. Es mi joven amigo Ulric Remfeld, á quien espero aquí.

—¿Una historia? es magnífico, cuéntela usted, dijeron los jóvenes.

—En aquel entonces mi amigo se enamoró de pronto locamente de una joven extranjera que había encontrado en un salón diplomático, en el que acompañaba á su familia. Esa mujer, era, como cantan las bala-

das románticas, un verdadero diablo de belleza, y coqueta como una parisina; mi amigo, aunque sus intenciones eran las más puras y formales, fué sucesivamente recibido, despreciado, preferido á uno, luego desechado por otro, hasta que por fin, desesperado por sus crueldades, Ulric pensó en morir. Tuvo con la que amaba una entrevista en la que le anunció la suprema y funesta resolución que había tomado, y, ¿lo creerán ustedes? ella le alentó casi á que la llevara á cabo. Ulric se decidió, pues, á morir, y se fué á Inglaterra para poner fin á sus días.

—¿Por qué á Inglaterra?—preguntó uno de los tres.

—Porque es la patria del *spleen* y mi amigo esperaba que una vez atacado de esta enfermedad, no se atrevería á vacilar al borde de su resolución. Ulric atravesó, pues, La Mancha; después de residir en Londres algunos días, fué á vivir en un pueblecito del condado de Sussex. Allí reunió sus recuerdos, pasó revista á sus días pasados, contó sus horas de sol y sus horas de sombra, se convenció de que nada más tenía que hacer en la vida, pues que no le amaban, y después de poner en orden sus asuntos, tomó un revólver y vagó por la campiña buscandoun lugar á propósito para entregar su alma á Dios. Al cabo de una hora encontró un sitio que presentaba perfectamente la decoración obligada de un suicidio. Sacó entonces el arma del bolsillo, la cargó resuel-

tamente y se apoyó la boca del cañón en su frente helada. Clavaba ya el dedo en el gatillo, cuando se apercibió de que no estaba solo, y que á unos diez pasos había un joven que llevaba sus mismos propósitos y que igualmente se disponía á tomar pasaportes para la eternidad. Ulric se adelantó á aquel desgraciado, que tenía ya el pescuezo pasado en el nudo corredizo de una cuerda atada á un árbol.

¿Qué está usted haciendo?—preguntó Ulric.

—Ya lo ve usted—contestó el otro,—voy á colgarme. ¿Tendría usted la bondad de ayudarme? Temo no hacerlo bien yo solo, faltándome aquí las comodidades necesarias.

—¿Qué desea usted de mí, y en qué puedo servir á usted, caballero?—preguntó Ulric.

—Le agradeceré mucho—contestóle el otro—que me saque usted de debajo de los pies este tronco, que no tendré quizá bastante fuerza para hacer rodar lejos de mí en cuanto me halle suspendido en el aire, y, como último favor, le suplico que no se vaya usted de aquí hasta que todo esté perfectamente concluído.

Ulric miró sumamente extrañado al que hablaba tan serenamente á la hora de morir. Era un joven que parecía tener á lo sumo veinte años, y cuyo rostro, traje y modales, indicaban que pertenecía á la buena sociedad.

—Perdone usted, caballero—dijo Ulrich, —estoy enteramente á su disposición, dispuesto á hacerle los pequeños favores que usted me pide; pero ¿podría saber la causa que le hace morir tan joven? ¿Es acaso una pena de amor?

—¡Oh! no—dijo el inglés,—no estoy enamorado.

—¿Una pérdida de fortuna?

—¡Oh! no, soy millonario.

—¿Quizá algunas esperanzas frustradas de ambición?

—No soy ambicioso.

—En este caso, pues...

—He ahí, caballero, toda vez que esta revelación parece interesarle, el motivo de mi determinación. Hace dos años, en una cena, aposté con uno de mis amigos moriría yo antes que él. La cantidad apostada es bastante crecida para merecer que uno se ocupe en ella. Ahora bien, como la muerte no ha venido en busca mía desde entonces, si no la busco para dentro de una hora habré perdido mi apuesta, y quiero ganarla. esta es la razón...

Quedóse Ulrich estupefacto.

—Ahora que sabe usted, caballero, mis motivos, recordaré á usted lo que me prometió hace un momento—dijo el inglés que, subido en el tronco, había vuelto á pasarse el lazo alrededor del cuello.

—Un momento, caballero, se lo ruego... No tendré nunca valor...

—¡Eh! caballero,—dijo el otro—¿por qué, pues, me ha interrumpido usted? No puedo perder tiempo si quiero ganar mi apuesta. Faltan diez minutos para las doce de la noche, y á la media noche precisa absolutamente que esté muerto. Diciendo estas palabras y viendo que Ulric no le ayudaría, el inglés pego un puntapié al tronco, que aún le mantenía en tierra firme, y se encontró suspendido.

Empezó inmediatamente la agonía. Ulric no pudo asistir á sangre fría á aquel horrible espectáculo y huyó corriendo hacia un campo contiguo.

Después de media hora volvió al lado del árbol transformado en horca y halló al inglés rígido, inmóvil; la muerte le pareció muy fea y renunció repentinamente á ir á pedirle consuelo de los males que le hacía sufrir la vida. Pero se vió entonces en muy apurado trance, pues el día anterior había escrito á su familia, á sus amigos y á la mujer por la que quería morir, que se había suicidado, y consideraba como una cobardía volver atrás de esa resolución. Le asustaba el papel ridículo que recaería sobre él cuando se conociera ese suicidio abortado, cosa tan ridícula á su modo de ver como un desafío sin resultado.

Así reflexionaba cuando vió en el suelo la cartera del suicida inglés. Ulric la abrió con sumo cuidado y encontró en ella muchos documentos, entre los que había un pasa-

porte al nombre de sir Arturo Sidney. Aquellos documentos eran los del difunto, y aquel nombre de Arturo, probablemente el suyo, y de aquí la idea que se le ocurrió. Sacó de su cartera los documentos que justificaban su propia personalidad y los introdujo en la del difunto, después de sacar de ella el pasaporte y los papeles, que guardó en el bolsillo.

Gracias á esta estratagema Ulric pasó por muerto. Su suicidio fué publicado por los periódicos ingleses y reproducida la noticia en las hojas francesas. Ulric presencié su entierro; vió cómo le enterraban bajo tierra, escuchó las oraciones y los discursos que pronunciaron sobre su tumba algunos paisanos suyos, y volvió á Francia con el nombre de Arturo Sidney. En cuanto llegó á París se enteró del efecto que había producido su muerte en el ánimo de su adorada, y entonces supo que aquel mismo día ella daba su mano á un joven secretario de la embajada de Francia en España.

—¿Y podría darse el caso de que este joven secretario fuese el señor conde de Puyrassieux, verdad Tristan?—preguntó el vizconde Serafin.

—Señores, pido á ustedes silencio—dijo Tristan.

Y en aquel momento la puerta del cuarto se abrió y se presentó un joven. En su rostro se leía la más violenta emoción.

—Caballeros—dijo Tristan—aquí llega

nuestro querido difunto, mi amigo sir Arturo Sidney, antes Ulric Remfeld.

—Tristán—dijo Ulric después de saludar á los tres jóvenes,—precisa que hable con usted.

—Hable usted, no tengo secretos para estos caballeros.

—Precisa que hablemos á solas—insistió Ulric, y se llevó á Tristan á un lado.

—Querido amigo—le dijo,—no me pida usted explicación alguna y sígame.

—¿A dónde?

—Al bosque de Ville d'Avray.

—¿Para que?

—Para batirme.

—¿Con quién?

—¿No lo adivina usted? Con el conde de Puyrassieux. ¿Cuento con usted para padrino?

—Pero necesita usted dos—dijo Tristan.

—Suplique usted á alguno de esos caballeros que nos acompañe.

—Lázaro—dijo Tristán:—mi amigo tiene un lance pendiente y me encarga que le suplique á usted le dispense la honra de servirle conmigo de testigo.

—¡Caramba!—dijo Lázaro;—estoy muy cansado y no me siento en disposición de entablar las negociaciones que se acostumbra en casos semejantes.

—Tranquílcese usted—dijo Tristan,—no hay negociación posible; se batirán dentro de una hora, y los testigos sólo tendremos

que cargar las armas y medir el terreno.

—En este caso—dijo Lázaro—estoy á las órdenes de su amigo.

—Es una lucha á muerte,—dijo Ulric que entraba en aquel momento.—Vamos, señores.

Y se alejó con sus dos testigos, que subieron con él en el coche que Tristan tenía á la puerta.

—Vizconde Serafin—dijo Antony de Sylvers á su amigo cuando estuvieron solos.—me parece que el señor de Puyrassieux es hombre muerto, pues presumo que él es el adversario del amigo de Tristan.

—¿Y qué?—preguntó Serafin.

—Pues que, muerto el conde, queda viuda la condesa; dicen que es muy hermosa.

—¿En qué parará usted?

—Pidamos cartas y juguemos cuál de nosotros la cortejará.

A los dos días de casados, el conde y la condesa de Puyrassieux salían de París para hacer un viaje por el extranjero. Rumores extraños corrían, en la sociedad, sobre la causa de esta partida que no habían anunciado, y algunas personas, indagadoras indiscretas del por qué de todos los acontecimientos, grandes ó pequeños, hacían notar en voz baja, con la esperanza de que alguien lo repitiera en alta voz, extrañas relaciones entre este viaje improvisado y ciertas noticias publicadas en varios periódicos.

cos. He aquí algunos de esos *sucedidos* de gacetilla, con cuya ayuda los curiosos creían haber adivinado los motivos de la misteriosa partida de los dos novios:

«Anteayer por la mañana, los guardas del bosque de Ville-d'Avray creyeron escuchar cerca de los estanques dos tiros que indicaban un duelo, llegando al lugar del suceso bastante pronto para proceder á detener á los testigos, pero no á tiempo para hallar al adversario vencedor, que hacía cinco minutos se había fugado. La víctima de este encuentro funesto es un joven inglés, llegado hace pocos días á París, según indicaba su pasaporte. Ha sido llevado á Versailles en estado desesperado. Los testigos han dicho que no conocían el nombre de su adversario, quien por casualidad les había encontrado, suplicándoles que le sirvieran de testigos en esta lucha. Los padrinos, que pertenecen á la buena sociedad, han sido puestos en libertad bajo fianza. El joven inglés ha muerto por la tarde á consecuencia de su herida.

Otro diario judicial publicaba la misma noche este suelto:

«En la noche del jueves al viernes, un suceso grave emocionó el barrio tranquilo del Arrabal del Roule. Después del baile celebrado en el hotel del marqués Felipe, con ocasión de la boda de una parienta suya, un malhechor se introdujo en el jardín del hotel, y las armas que se le encontraron no

permitieron dudar de sus propósitos. Visto de lejos por un criado de la casa que diariamente vigila las dependencias, el individuo intentó fugarse, y como se dispusiera á defenderse usando de las armas que llevaba, el guarda se vió precisado á hacerle fuego, hiriéndole gravemente. Llevado al próximo cuartelillo, y de allí al hospital Beaujon, las hermanas del Hospicio reconocieron en él á un tal Enrique Méndez. Parece ser que, este Méndez había entrado hacía un mes en el hospital, de donde salió aquella misma mañana acompañado de una mujer, en quien la superiora de la comunidad reconoció á una monja española. Aquella mujer había ido muy temprano á hablar con el enfermo, y, después de esa conversación, á pesar de su estado todavía alarman- te, el español Enrique Méndez había querido salir del lecho, á pesar de todas las observaciones que se le hicieron. Interrogado sobre los motivos que le indujeron á introducirse de noche en el jardín del hotel del marqués Felipe, el herido no ha contestado palabra. Su estado es gravísimo. Se duda de salvarle.

»En el momento de entrar nuestro número en prensa, acabamos de saber que la monja española, llamada Beatriz N., ha sido detenida gracias á las señas dadas por la superiora de la comunidad del hospital Beaujon. Conducida á presencia de Enrique Méndez cuando éste empezaba el periodo agónico,

esta ha prorrumpido en gritos horribles, arrastrándose por el suelo y profiriendo palabras de maldición. La desgraciada ha sido presa de un ataque de locura, y entrando el marqués Felipe para reconocer al que se había introducido de noche en su casa, la monja se ha arrojado á él apostrofándole duramente. Después de haber levantado acta de todos estos sucesos, la desgraciada loca ha sido conducida á la Salpêtrière. El joven español ha muerto durante la noche. El marqués Felipe le reconoció por haber pertenecido al ejército de don Carlos.»

Al día siguiente otro diario de tribunales publicaba las líneas que transcribimos:

«El asunto del duelo de Ville-d'Avray se instruye en el tribunal de Versailles, y algunas aclaraciones se han obtenido acerca de ese fatal encuentro, que se ha complicado con un curioso detalle. Parece que la víctima no se llamaba tal como dijeron sus testigos en su declaración: un pariente de sir Arturo Sidney, habiendo oído hablar de la muerte de este joven, no lo ha reconocido como perteneciente á su familia, aun cuando los documentos que se le encontraron indicaran ese nombre. Asegúrase también que el vencedor escribió desde entonces á sus testigos, autorizándolos para descargar su responsabilidad, á que dieran su nombre á la justicia. Este eucuentro parece tener por causa ciertas palabras injuriosas que se dijeron acerca de una dama perteneciente á una gran fami-

lia española, y que se había casado el día que precedió al lance. Añádese que este lance está íntimamente relacionado con los sucesos ocurridos hace algunos días en la calle de Courcelles. La justicia sigue informándose.»

Quince días después de la publicación de estos artículos que motivaron muchos comentarios, he aquí la escena que se desarrollaba en casa del vizconde Serafin, que aquella noche daba una reunión íntima. Entre las mil anécdotas que forman la gaceta escandalosa de París, se habló del casamiento del conde de Puyressieux con doña María de Valdés, y hubo quien pidió la causa de la súbita partida de los novios.

—No tiene nada de particular esta partida —repuso Tristan,—los novios estaban muy enamorados el uno del otro, han querido escaparse de la sociedad para pasar y prolongar su luna de miel en alguna poética soledad, y han hecho el viaje de Italia; según se dice, viven ahora en una ciudad á orillas del lago de Còmo.

—Còmo, ¿eso cree usted todavía, querido Tristan?—dijo un joven diplomático.—Pues bien, permítame usted que le diga que no está usted nada de bien enterado. No fué en modo alguno el deseo de soledad poética lo que hizo partir al conde Puyrassieux con su joven esposa: huyó á Italia para escapar á las diligencias que había motivado un due-

lo que se verificó al día siguiente de su matrimonio. Ya lo sabe usted: el duelo de Ville-d'Avray, de que hablaron los periódicos. El conde de Puyrassieux fué quien mató á aquel joven inglés, sir Arturo Sidney, inglés que, entre paréntesis, resultó ser un alemán llamado Ulric Remfeld, según se ha averiguado en el curso de esta instrucción.

—¿Qué cuenta usted ahí?—dijo un periodista al indiscreto gacetillero.—¿Piensa usted contar algo nuevo á M. Tristan?

—No—dijo el joven,—pero aseguro á ustedes que lo que acabo de decirles es casi completamente inédito. He sabido estos detalles por un amigo mío relacionado con el tribunal de Versailles, y estoy cierto de que es digno de crédito.

—Pero dígame usted, M. Tristan, ¿sabe usted realmente el secreto de todo este enigma?

—Sabía que era M. de Puyrassieux quien se batió en duelo con un joven extranjero, y presumía que este acontecimiento había podido, hasta cierto punto, ocasionar la partida del conde y de su mujer.

—Oiga usted, Tristan—dijo el periodista:—puede usted ser indiscreto hasta el fin y contarnos por qué se batieron M. de Puyrassieux y el Sr. Remfeld, toda vez que usted era testigo de este último.

—Aseguro á ustedes que ignoro absolutamente el motivo de ese lance, y M. Lázaro de Chabannes, que asistía conmigo á Ulric,

se halla en el mismo caso que yo. El señor Remfeld vino á encontrarnos á la madrugada y nos suplicó que le acompañásemos á Ville-d'Avray, donde había de batirse. No se había de tomar disposición alguna; habían de bairse en seguida y se batieron; el Sr. Remfeld fué herido de muerte, y al caer nos suplicó á Lázaro y á mí que favoreciésemos la fuga de su adversario y de sus testigos, cosa que fué cumplida, pues el señor de Puyrassieux estaba ya lejos cuando llegaron los guardabosques á detenernos. Eso es cuanto sé sobre este asunto,—añadió Tristan en tono de la ignorancia más completa,—y si sabe usted algo más, le agradeceré que me lo comunique, querido gacetero.

—Y dijo éste: ignora usted también lo de cierto refugiado español llama Enrique Méndez, que durante la noche del baile de bodas de M. Puyrassieux, se había introducido en el jardín del hotel, donde, creyendo que era un ladrón, le hirió de un tiro un criado?... Pues se gastó mucha pólvora, y no en salvas, con ocasión del casamiento de M. de Puyrassieux.

—Lo ignoraba también—dijo Tristan.

—Pues bien, señores, ese que tomaron por un ladrón, ese Enrique Méndez, era sencillamente un amante, como el joven Remfeld. Y ahora ya saben ustedes el motivo del duelo de M. de Puyrassieux y adivinan la causa de su precipitado viaje. Gra-

cias á ciertas influencias, la cuestión fué olvidada y se dejó al conde partir á Italia, de donde probablemente tardará en volver.

—¡Oh! querido amigo, si á todo cuanto usted nos ha referido se le da alguna publicidad, la señora de Puyrassieux estará muy mal vista en la sociedad. ¡Cómo! ¡dos hombres bajo su balcón la noche de su casamiento! ¡Oh, esas españolas!...

—Una francesa habría esperado al menos al día siguiente—dijo uno.

—Sí—dijo el periodista,—pero una francesa no habría nunca combinado con tanta tranquilidad, con tanta serenidad, tanta inocencia, ni tanta barbarie, el drama cuyo argumento voy á referir á ustedes, y que podríamos titular «Doña Sirena, ó los Peligros de la Superstición. Y lo que voy á contar á ustedes, señores, es historia real, es la verdad verdadera, lo sé por una persona que ha sido la confidente de la condesa de Puyrassieux, y que sabe bien los detalles de la aventura.

—¿Quién es esta persona de confianza?—preguntaron algunos.

—Es la reina de mi pensamiento, señores, la bella Inés, á la que aplaudirán ustedes pronto en la Opera, donde acaba de ingresar.

—¡La historia, la historia!

—Enseguida. Vivía en el hermoso país de España una joven huérfana llamada María, que á la muerte de sus padres que-

dó al cuidado de su padrino, un noble de Madrid. Internada en un convento de la corte, esa joven tuvo la desgracia de intimar con una de las monjas, que estaba en tratos con el diablo, y cuyo brebentario olía á azufre como un manual de brujería. Esta monja, llamada Beatriz, abusó del dominio que había sabido adquirir sobre el espíritu de la joven María, y pronto la hizo caer en las más absurdas supersticiones. La convenció de que no sería feliz hasta que hubieran muerto dos hombres por ella.

—¡Oh! ¡oh! ¡eso es de la edad media!— dijo un incrédulo.

—Digo lo que es... De pronto, esta predicción no preocupó á María, pues por aquel tiempo tenía propósitos de profesar la vida del claustro. Pero al poco tiempo su padrino la hizo salir del convento y la presentó á la sociedad. Encontró á un francés, el conde de Puyrassieux, del que se enamoró locamente. Y se acordó de la predicción de Beatriz. Volvió á ver á aquella criatura, que ratificó todo cuanto le había dicho, y entonces doña María se convirtió en doña Sirena. Fingió no hacer ya caso al conde de Puyrassieux, y empezó á coquetear con un joven oficial del ejército al que, no se sabe como, aconsejó que pasara al ejército de don Carlos. Y sucedió que el pobre Enrique escapó de la pena capital, con que se castiga á los desertores, para

caer herido por la espada del conde de Puyrassieux, que le tenía por su rival. Enrique Méndez pasó por muerto.

En aquel entonces el marqués Felipe llevó á su ahijada á París, donde el matrimonio debía celebrarse. Pero doña María se opuso á su inmediata celebración. Dejada en completa libertad, empezó una nueva intriga con un joven alemán que había encontrado en la embajada de Austria. Y desesperó de tal modo aquella pobre y débil criatura, que se fué á suicidar á Inglaterra. En cuanto se tuvo noticia de su muerte, doña María dijo á su padrino que estaba dispuesta á casarse con el conde de Puyrassieux, y el casamiento se efectuó. Pero aquella misma noche, doña Sirena recibió dos cartas firmadas por los dos jóvenes á quienes creía muertos por ella, y que vivían aún. Ambas cartas pedían una cita, los dos jóvenes sólo querían, al parecer, ver por última vez á la que por poco acaba con sus vidas, y las citas fueron concedidas; pero cuando la condesa de Puyrassieux se disponía á bajar al jardín con su camarera, encontraron todas las puertas cerradas y se vieron obligadas á quedarse en la habitación de la doncella.

El marqués Felipe había sido avisado por una amiga de su ahijada, con quien ésta estaba en relaciones. Participaban al marqués la superstición en que vivía su ahijada, y también le habían avisado la presencia de los dos jóvenes. El marqués enseñó esta

carta al conde de Puyrassieux, y ambos se miraron con la misma idea.

Media hora más tarde, Enrique Méndez caía herido por la bala de un criado, que le tomó por un ladrón.

Al día siguiente, Ulric caía herido por la espada del conde de Puyrassieux. Esta es la historia.

—Y la vieja Beatriz ¿qué se hizo de ella?

—Se volvió loca de la alegría que le causó el ver su venganza tramada tan á tiempo y con tanta paciencia.

—¿Cuál venganza?

—El marqués Felipe había seducido á Beatriz cuando ésta era muy joven. Luego, abandonada primero por una actriz del teatro del Príncipe y después por una gran señora alemana, Beatriz juró que se vengaría. Y así lo hizo, haciendo matar por orden del marqués Felipe á Enrique Méndez y á Ulric Remfeld, notificándole luego que aquellos dos jóvenes eran los hijos que había tenido de sus antiguas rivales, la actriz española y la gran dama alemana.

—¿Y el marqués?

—Se ha hecho trapense.

—Ea, señora—dijo el vizconde Serafín,—basta ya de historias y volvamos á jugar. ¿Vuelvo á tomar la banca? Hay diez luises.

—¡Copo!—dijo Inés, que entraba en aquel momento.

FIN

El manguito de Francine

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MANGUITO DE FRANCINE

I

Entre los jóvenes que formaban la bohemia verdadera conocí, hace ya tiempo, á un chico llamado Jaime D. Era escultor y prometía llegar á hombre de talento. Pero la miseria no le dió tiempo de cumplir sus promesas. Murió de extenuación en el mes de Marzo de 1844, en el hospital de Saint-Louis, sala de Santa Victoria, cama número 14.

Allí conocí al escultor, donde me encontraba sufriendo una larga enfermedad. Había en Jaime, según dejo dicho, tela para un gran talento, y sin embargo, no se lo hacía valer. Durante los dos meses que pasamos juntos, en los que se sentía acariciado en los brazos de la muerte, no le oí quejarse ni una sola vez, ni entregarse á aquellas lamentaciones que han hecho tan ridículo al artista no comprendido. Murió sin *posse*, dibu-

jando su rostro la horrible mueca de la agonia. Esta muerte me recuerda una escena de las más atroces que se han presenciado en ese almacén de dolores humanos. Su padre, enterado del suceso, había ido á reclamar el cuerpo y había regateado largo rato antes de abonar los treinta y seis francos exigidos por la administración. Había escatimado también los funerales con tanta insistencia, que le rebajaron seis francos. Al colocar el cadáver en el ataúd, el enfermero le sacó la arpillera del hospital y pidió á uno de los amigos del difunto dinero para pagar el sudario. El pobre muchacho, que no tenía un céntimo, acudió al padre de Jaime, cuyo señor se enfadó de un modo atroz, y preguntó que cuándo acabarían de molestarle.

La Hermana novicia que presenciaba aquella inhumana discusión, lanzó una mirada al cadáver, y soltó estas inocentes y tiernas palabras:

—¡Oh, señor! A ese pobre joven no debe enterrarse así; hace mucho frío; dadle al menos una camisa para que no llegue así á presencia del Eterno.

El padre dió cinco francos al amigo para

comprar una camisa; pero le recomendó que fuese á casa de un ropavejero de la calle de la Grange-aux-Belles, que vendía ropa de lance.

—Resultará más barato de este modo,— añadió.

Mas tarde se me explicó esa crueldad del padre de Jaime: estaba furioso porque su hijo había seguido la carrera del arte, y su enojo no se había aplacado ni aun ante la presencia fúnebre del ataúd...

Pero estoy muy lejos de la señorita Francine y de su manguito. Vuelvo á ocuparme de ellos: la señorita Francine había sido la primera y única querida de Jaime, que dis- taba, empero, de ser viejo, pues tenía apenas 23 años cuando su padre quería dejarle enterrar sin camisa. El mismo Jaime me refirió ese amor, siendo él el número 14 y yo el 16 de la sala Santa Victoria, un salón muy á propósito para morirse.

¡Oh, lector! antes de narrarte esta relación, que sería muy hermosa si pudiese hacerla tal como me la dijo mi amigo Jaime, permítame que fume en la vieja pipa de barro que me dió el día en que el médico le prohibió hacer uso de ella. Y sin embar-

go, cuando el enfermero dormía, mi amigo Jaime me pedía prestada la pipa y un poco de tabaco. ¡Se aburre uno tanto por la noche en aquellas inmensas crujías cuando se sufre y no se puede dormir!

—Solo una ó dos chupadas,—me decía,—y yo le dejaba hacer, y la hermana Santa Genoveva fingía no apercibirse del humo cuando pasaba haciendo la ronda. ¡Ah, buena hermana! ¡cuán buena era y qué bella también cuando venía á asperjarnos con agua bendita! La veíamos llegar, avanzando á paso lento bajo las bóvedas oscuras, envuelta en los blancos pliegues de su toca, que admiraba tanto mi amigo Jaime ¡Ah, buena hermana! Era como la Beatriz de aquel infierno. Sus consuelos eran tan dulces, que nos quejábamos siempre para que nos consolase. Mi amigo Jaime no había muerto un día gracias á la hermana Santa Genoveva, que había colocado á la cabecera del enfermo una hermosa virgencita para que le salvara. ¡Oh, qué buena era la hermana Santa Genoveva!

Un lector.—¡Ea! ¿y el manguito? ¡Yo no veo el manguito!

Otro lector.—¿Y la señorita Francine? ¿dónde está?

El primero.—No es muy alegre esta historia, que digamos...

El segundo.—Veremos en qué pára.

—Dispénsenme ustedes, señores: la culpa de mis digresiones la tiene la pipa de mi amigo Jaime. Pero, por lo demás, no les he prometido hacerles reír; no es alegre todos los días la bohemia.

El artista y la joven necesitaron ocho días para entablar esas relaciones de vecindad á que están siempre obligados los que habitan los pisos de una misma casa; y, no obstante, sin haber tenido ocasión de cambiar ni una palabra, ya se conocían. Francine sabía que su vecino era un pobre diablo de artista; y Jaime se había enterado de que su vecina era una costurera que se escapó de su casa para sustraerse á los malos tratos de una madrastra. Hacía milagros de economía para poder llegar de un año á otro; y no habiendo conocido nunca el placer, no lo enviaba.

He aquí ahora cómo se vieron obligados á cumplir la ley común del tabique medianero. Una tarde de Abril, Jaime llegó á su

casa rendido, en ayunas y profundamente triste, con una de esas tristezas que se apoderan del individuo á todas horas, especie de apoplejía del corazón, que ataca particularmente á los infelices que viven solos. Jaime, que se ahogaba en su estrecha celda, abrió la ventana para respirar un poco. La tarde era hermosa, y el sol, caminando hacia el ocaso, desplegaba sus melancólicos encantos sobre las colinas de Montmartre. Jaime se quedó pensativo en la ventana, escuchando el coro alado de las armonías primaverales que cantaban en la tranquilidad del atardecer, y esto aumentó su tristeza. Viendo pasar á un cuervo, que cruzó croajando, pensó en aquellos tiempos remotos en que los cuervos llevaban pan á Elías, el santo solitario, y reflexionó que los cuervos no son ya tan caritativos. Luego, sin poder contenerse, cerró la ventana, corrió la cortinilla, y como no tenía luz para su lámpara, encendió una antorcha de resina, recuerdo de un viaje que hizo á la Gran Cartuja. Aumentando su tristeza, encendió su pipa.

—Afortunadamente tengo aun bastante tabaco para esta noche—murmuró y empezó á fumar.

Había de estar muy triste aquella noche mi amigo Jaime para que llegara á pensar en esconder la pistola. Era su recurso de costumbre en las crisis demasiado fuertes, y ordinariamente le daba buen resultado. El medio era el siguiente: Jaime fumaba tabaco, sobre el que vertía algunas gotas de láudano, y fumaba hasta que la nube de humo salida de su pipa fuese bastante y densa para impedirle la vista de todos los objetos de la habitación, sobre todo de una pistola colgada de la pared; era cuestión de unas diez pipas. Cuando la pistola estaba completamente invisible, sucedía casi siempre que el láudano y el humo combinados dormían á Jaime, y sucedía también á menudo que la tristeza le abandonaba en cuanto empezaban sus ensueños. Pero esa noche había gastado todo su tabaco, la pistola no se veía ya, y, sin embargo, Jaime estaba aún amargamente triste.

Por el contrario, aquella noche la señorita Francine estaba sumamente alegre, aunque su alegría no tenía fundamento, como la tristeza de Jaime: era una de aquellas alegrías que caen del cielo y que Dios manda á los buenos corazones. Lo cierto es que la

señorita Francine estaba de muy buen humor, y cantaba, subiendo la escalera, pero cuando entreabrió su puerta, un poco de viento que entró por la ventana le apagó bruscamente la luz.

—¡Dios mío, qué pesado es esto!—exclamó la joven;—¡ahora tendré que bajar los seis pisos y volverlos á subir!

Mas como había visto luz á través de la puerta de Jaime, un instinto de pereza, mezclado á un sentimiento de curiosidad, le aconsejó que fuera á pedir luz al artista; es esto un favor que se hace todos los días entre vecinos—pensó—y en él no hay nada que pueda comprometerme. Dió, pues, dos golpecitos á la puerta de Jaime, quien abrió algo sorprendido por aquella visita. Pero no había aún penetrado en la habitación, cuando le cortó la respiración el humo que la llenaba, y, sin poder pronunciar una palabra cayó sin sentido en una silla y dejó caer al suelo su candelero y su llave. Era media noche, todos los vecinos dormían. Jaime juzgó inoportuno llamar á nadie, además que temía comprometer á la joven. Se limitó, pues, á abrir la ventana para dejar entrar un poco de aire, y, después de

rociar con agua la cara de la pobre muchacha, vió que abría los ojos y que poco á poco recobraba el sentido. Pasados cinco minutos, se fué reponiendo paulatinamente y explicó el motivo que le había hecho entrar en casa del artista, excusándose, como pudo, de lo que le sucedía.

—Ahora que estoy ya bien del todo—dijo—puedo volver á mi cuarto.

Y al llegar á la puerta de la habitación, se apercibió de que, no sólo se olvidaba de encender la vela, sino que se dejaba también la llave de su cuarto.

—¡Qué distraída soy!—dijo acercando su palmatoria á la antorcha de resina—he entrado aquí para buscar luz y me iba sin pedíroslo.

Mas en aquel mismo momento la corriente establecida en el cuarto por la puerta y la ventana, que habían quedado entornadas, apagó de frente la antorcha y los dos jóvenes quedáronse en tinieblas.

—Parece hecho adrede—exclamó Francine.—Dispénseme usted, caballero, toda la molestia que le ocasiono, y tenga usted la bondad de encender luz para buscar mi llave.

—Con mucho gusto, señorita—contestó Jaime buscando las cerillas á tientas.

No tardó en encontrarlas, pero una idea singular se le ocurrió de pronto: se guardó los fósforos en el bolsillo y exclamó:

—¡Dios mío, señorita, qué otro apuro! No tengo ni un fósforo aquí, he empleado uno que me quedaba cuando he llegado.

¡Me parece que esta astucia está magníficamente combinada!—pensó.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía Francine;—puedo perfectamente entrar en casa sin luz, no es tan grande mi habitación que en ella corra peligro de perderme. Pero necesito la llave: se lo ruego, caballero, ayúdeme usted á buscarla, debe estar en el suelo.

—Busquemos, señorita—dijo Jaime.

Y empezaron los dos á buscar el objeto perdido; mas como si les hubieran guiado iguales instintos, sucedió que sus manos, que buscaban en el mismo sitio, se encontraban diez veces cada minuto; y como eran tan poco diestros él como ella, ninguno encontraba la llave.

—La luna, cubierta ahora de nubes, da de lleno en mi cuarto—dijo Jaime.—Aguar-

demos un poco: pronto podrá alumbrar nuestras pesquisas.

Y, aguardando que saliera la luna, empezaron á hablar. Una conversación á oscuras, en una habitación estrecha, durante una noche de primavera; una conversación que, frívola e insignificante al principio, llega pronto al capítulo de las confidencias, fácil es saber á lo que conduce. Las palabras se hacen poco á poco confusas, llenas de reticencias, la voz se baja, las frases alternan con los suspiros. Las manos que se encuentran concluyen el pensamiento que del corazón sube á los labios, y... Buscad el fin en vuestros recuerdos ¡oh jóvenes parejas! ¡Acordáos, muchachos, acordáos chicas, que andáis hoy cogidos de la mano, y que hace dos días no os conocíais si quiera!

Por fin apareció la luna y su claro resplandor inundó el cuarto; la señorita Francine salió de su ensueño lanzando un pequeño grito.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntóle Jaime, enlazándole la cintura con su brazo.

—Nada—murmuró Francine,—me había parecido que llamaban.

Y sin que Jaime se apercibiera, empujó con el pie la llave debajo de un mueble: no quería encontrarla.

Primer lector.—No dejaré ciertamente leer esta historia á mi hija.

Segundo lector.—Hasta ahora no he visto ni un pelo del manguito de la señorita Francine; y, en cuanto á ella, no sé aun como es, ni si es rubia ó morena.

Paciencia, ¡oh lectores! paciencia. Les he prometido un manguito, y se lo daré á ustedes al final, como mi amigo Jaime á su pobre amiga Francine, que fué su querida, según dejo explicado en la línea de puntos que precede. Era rubia Francine, rubia y alegre, lo que raras veces sucede. Había ignorado el amor hasta los veinte años; pero un vago presentimiento de su próximo fin, le aconsejó que no tardara si quería conocerlo.

Encontró á Jaime y le amó. Sus amores duraron seis meses. Se habían reunido en la primavera, se separaron en otoño. Francine estaba tísica, ella lo sabía, y mi amigo Jaime también: se lo había dicho, quince días después de conocerla, un amigo suyo

que era médico: «Morirá cuando caigan las hojas», habíale dicho éste.

Francine había oído esa revelación, y se apercibió de la desesperación que causaba á su joven amigo.

—¿Qué importan las hojas amarillas?—le decía poniendo todo su amor en una sonrisa.—¡Qué importa el otoño! estamos en verano y las hojas son verdes. Aprovechemos el tiempo, amigo mío... Cuando veas que me disponga á dejar la vida, me cojes en tus brazos, me escondes y me prohibes que me vaya. Ya sabes que soy obediente y me quedaré.

Y aquella criatura encantadora atravesó así durante cinco meses las miserias de la vida bohemia, con la canción y la sonrisa en los labios. En cuanto á Jaime, se dejaba ilusionar. Su amigo le decía á menudo: «Francine está peor, precisa que se cuide». Entonces Jaime recorría todo París en busca de medios conque hacer la receta del médico; pero Francine no quería oír hablar de nada de aquello, y echaba las medicinas por la ventana. Por la noche, si tenía accesos de tos, salía del cuarto y se iba á la escalera para que Jaime no la escuchase.

Un día que habían ido los dos al campo, Jaime vió un árbol cuyas hojas estaban amarillentas. Miró con tristeza á Francine, que andaba poco á poco y algo pensativa.

Francine vió que Jaime palidecía, y adivinó la causa de su palidez.

—Eres tonto, ea,—le dijo besándole.—Estamos sólo en Julio; hasta Octubre tenemos tres meses: amándonos día y noche como lo hacemos, doblaremos el tiempo que nos queda aún que pasar juntos. Y luego, además, si estoy peor cuando estén amarillas las hojas, iremos á vivir en un bosque de pinos: allí están siempre verdes.

Quando llegó Octubre, Francine tuvo que guardar cama. La cuidaba el amigo de Jaime. El cuartito en que vivían estaba en lo más alto de la casa, y la reja daba á un patio en el que había un árbol, que cada día mostraba mayor desnudez. Jaime había puesto una cortina en la ventana para que la enferma no viese el árbol; pero Francine exigióle que quitara la cortina.

—¡Oh, amigo míol—decía Francine,—te daré muchos más besos que hojas tiene el árbol... Y añadía:

—Además que estoy mucho mejor... Pronto podré salir; pero como hace frío y no quiero que se me pongan las manos encarnadas, me compraré un manguito.

Durante toda la enfermedad, el manguito fué su único ensueño.

La víspera de Todos los Santos, viendo á Jaime más abatido que nunca, quiso darle valor; y para probarle que estaba bien, se levantó.

El médico llegó en aquel instante y la hizo volver de nuevo á la cama.

—¡Jaime — dijo al artista,—valor! Todo ha terminado. ¡Francine va á morir!

Jaime empezó á llorar.

—Puedes darle ahora todo lo que te pida —añadió,—no hay ninguna esperanza.

Francine escuchó con los ojos cuanto el médico había dicho á su amante.

—No le creas — exclamó tendiendo los brazos á Jaime,—no lo creas, te engaña... Mañana saldremos juntos á la fiesta de Todos los Santos; hará frío; ve á comprarme el manguito... Te lo suplico, temo á los sañaones este invierno.

Jaime iba á salir con su amigo; pero Francine dijo al médico que se quedara con ella.

—Ve tú á buscarme el manguito—dijo;—escógelo bonito y que dure mucho.

Y cuando hubo salido el artista, Francine dijo al médico:

—¡Oh, caballero! voy á morir, lo sé. Pero antes de irme, búsqüeme usted algo que me dé fuerzas para una noche, se lo suplico: devuélvame usted la belleza para una noche sola, y que muera después, ya que Dios no quiere que viva más...

Mientras el médico la prodigaba los mejores consuelos, un poco de viento frío sacudió en el cuarto y dejó sobre la cama una hoja amarilla, arrancada del árbol del patio.

Francine recorrió la cortina y vió el árbol completamente despojado de hojas.

—Es la última,—dijo guardándola debajo de la almohada.

—No morirá usted hasta mañana—le dijo el médico;—tiene usted aun una noche.

—¡Oh, qué dicha!—exclamó la joven,—una noche de invierno será más larga!

Jaime volvió: llevaba el manguito.

—Es muy lindo,—dijo Francine.—Me lo pondré para salir.

Pasó la noche con Jaime.

El día siguiente, fiesta de Todos los San-

tos, y á la hora del *Angelus*, empezó la agonía, y su cuerpo todo fué presa de un vivo temblor.

—Tengo frío en las manos—murmuró,—dame mi manguito.

Y guardó sus pobres manos al calor de las pieles.

—Esto acabó—dijo el médico á Jaime,—ve á besarla.

Jaime pegó sus labios á los de su amiga; en los últimos momentos querían quitarle el manguito, pero lo agarró fuertemente con las dos manos.

—No, no—dijo,—dejádmelo; estamos en invierno, hace frío... ¡Oh, pobre Jaime mío!... ¡pobre Jaime mío!... ¡Qué va á ser de tí!... ¡Oh, Dios mío!...

Y al día siguiente, Jaime lloraba mucho.

Primer lector.—Bien decía yo que no era nada alegre esta historia.

—Qué vamos á hacerle, lector. ¡No puede uno reirse siempre!

II

Era el día mismo de Todos los Santos, por la mañana: Francine acababa de espirar.

Dos hombres velaban el cadáver: uno,

que estaba de pie, era el médico; el otro, arrodillado cerca de la cama, pegaba sus labios á las manos de la muerta y parecía querer tenerlos allí para siempre en un beso prolongado: era Jaime, el amante de Francine. Desde hacía más de seis horas se hallaba sumido en una insensibilidad dolorosa. Un organillo que pasaba debajo de sus ventanas, le volvió en sí.

Aquella caja de música tocaba una canción que Francine acostumbraba á cantar por las mañanas al despertarse.

Atravesó la mente de Jaime una esperanza de aquellas locas que sólo pueden engendrarse en las desesperaciones profundas. Volvió á un mes antes, cuando Francine sólo estaba moribunda: olvidó la hora actual y se figuró por un momento que sólo estaba dormida y que pronto se despertaría cantando su canción cotidiana.

Pero no había aun cesado la musiquilla, cuando Jaime había vuelto á la realidad. La boca de Francine estaba ya eternamente cerrada para las canciones, y la sonrisa que en ellos había hecho nacer su último pensamiento se borraba ya de sus labios, en los que la muerte reflejaba su efigie.

—¡Valor, Jaime!—dijo el médico, que era su amigo.

Jaime se levantó y dijo mirando al médico:

—¿Todo ha concluído, verdad? ¿Ya no queda esperanza?

Sin contestar á esa triste locura, el amigo fué á correr las cortinas de la cama; y volviendo luego al lado del escultor, le tendió la mano:

—Francine está muerta—dijo,—era cosa prevista. Bien sabe Dios que hemos hecho los mayores esfuerzos por salvarla. Era una buena chica que te ha querido mucho más que tú á ella y de un modo distinto: pues su amor era solo amor, mientras que en el tuyo había otra cosa mezclada. Francine está muerta... pero no todo ha concluído; precisa ahora pensar en todo lo necesario para el entierro. Nos cuidaremos juntos de esto, y mientras despachamos las muchas diligencias que nos quedan por ultimar, suplicaremos á la vecina que suba á cuidar de nuestra muerta.

Jaime se dejó guiar por su amigo y juntos recorrieron la alcaldía, la agencia funeraria y el cementerio... Como Jaime no tenía di-

nero, el médico empeñó su reloj, una sortija y algunas prendas de ropa, con cuyo producto reunieron recursos para atender á los gastos del entierro, que fijaron para el día siguiente.

Volvieron tarde á casa; la vecina obligó á Jaime á que comiera algo.

—Cuide usted, Jaime—decía la buena mujer,—de que su salud salga ilesa de esta prueba cruel á que la habéis sometido. Abandona usted demasiado su persona, sobre todo desde que se inició la gravedad de Francine... Ea, sea usted, pues, valiente y tómese un caldo de jamón que le tengo preparado desde esta mañana...

—Sí—dijo,—comeré con gusto, pues siento frío y necesito recuperar fuerzas; aun tengo que trabajar esta noche.

La vecina y el médico no entendieron lo que quería decir.

Jaime se sentó á la mesa y bebió tan deprisa el caldo que por poco se ahoga. Entonces pidió agua, pero al acercarse el vaso á los labios, lo dejó caer al suelo. El vaso, que se había roto, había despertado en la mente del artista un recuerdo que dormía hacía tiempo. El día que Francine

entró por vez primera en su cuarto se había sentido indispuesta, y Jaime le dió agua azucarada en aquel mismo vaso; más tarde, cuando vivieron juntos, habían hecho de aquel vaso una reliquia de amor.

En sus raros momentos de riqueza, el artista compraba para su amiga una ó dos botellas de vino reconstituyente, y en aquel vaso bebía la pobre Francine el bien que le ofrecía Jaime con amorosa ternura.

El artista quedóse estupefacto mirando un gaan rato los trozos rotos de aquel frágil y querido recuerdo, y le parecía que también su corazón deshecho en pedazos le desgarraban el pecho. Cuando se repuso recogió todos los fragmentos de cristal y los guardó en un cajón. Luego le suplicó á la vecina que le buscara dos velas y le subiera agua.

No te vayas—dijo al médico que ya hacía propósito de quedarse,—te necesitaré dentro de un rato.

Le subieron las bujías y el agua; los dos amigos se quedaron solos.

—¿Qué quieres hacer?—repuso el médico viendo que Jaime, después de verter el agua en una tina de madera,

echaba también cal por puñados iguales.

—¿Lo que quiero hacer?—dijo el artista.

—¿No lo adivinas? Quiero sacar la mascarilla de Francine, y como sé que me faltaría valor si estuviese solo, te ruego que no me abandones.

Jaime descorrió luego las cortinas de la cama y descubrió la cabeza de la muerta. Sus manos temblaban y un sollozo ahogado subió á sus labios.

—Tráeme las luces—dijo—y ven á sostenerme la gamella.

Colocaron una de las luces en la cabecera de la cama, de modo que alumbrara perfectamente el rostro de la muerta. Con la ayuda de un pincel mojado en aceite de oliva, el artista humedeció las cejas, las pestañas y los cabellos, que colocó del modo que acostumbraba Francine.

—Así no sufrirá cuando le arranquemos la mascarilla—murmuró Jaime con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Tomadas estas precauciones y después de colocar la cabeza de la muerta en actitud favorable, Jaime empezó á esparcir la cal por las capas sucesivas hasta que el molde tuviera el espesor suficiente. Después de un

cuarto de hora, la operación estaba concluída y había salido perfectamente.

Por una rara particularidad se había operado un cambio en el rostro de Francine. La sangre, que no había tenido tiempo de helarse del todo, calentada, sin duda, por el calor de la cal, había afluído á las regiones superiores, y un ligero tinte rosáceo se había esparcido gradualmente sobre la blanca mate de la frente y las mejillas. Los párpados, que se habían levantado al sacar la mascarilla, dejaban ver el azul sereno de los ojos, cuya mirada parecía animarse con un destello de inteligencia, y de los labios entreabiertos por un esbozo de sonrisa parecía salir, olvidado en un último adiós, ese postrer suspiro que sólo se escucha con el corazón.

¿Quién podría asegurar que la inteligencia acaba completamente al comenzar la insensibilidad del sér? ¿Quién puede decir que las pasiones se apagan y mueren juntas con el último latido del corazón que agitaron? ¿No podría acaso el alma quedarse algunas veces voluntariamente cautiva en el cuerpo rígido ya para la tumba, y, desde el fondo de su cárcel de carne, considerar un

momento los lloros y los suspiros que causan? ¡Los que se van tienen tanta razón para desconfiar de los que se quedan!

¡Quién sabe si en el momento en que Jaime trataba de conservar sus facciones por los medios que el arte le ofrecía, un pensamiento de ultratumba había despertado á Francine del primer sueño de su descanso eterno! ¡Quizá había recordado que el que dejaba en el mundo era artista al mismo tiempo que amante, que era lo uno y lo otro, porque no podía ser una cosa sin ser la otra, que para él el amor era el alma del arte, y que si la había querido tanto era porque había sabido ser al par una mujer y una querida, un sentimiento dentro de una forma. Y entonces quizá Francine, queriendo dejar á Jaime la imagen humana, que era para él la encarnación de un ideal, había sabido, muerta, helada ya, revestir por última vez su rostro con todos los destellos del amor y todos los encantos de la juventud.

Y quizá la pobre chica no se equivocaba, pues existen entre los verdaderos artistas ciertos Pigmiones singulares que, al con-

trario del otro, quisieran poder cambiar en mármol sus Galateas vivas.

Ante la serenidad de aquel rostro, en el que no había dejado huellas la agonía, nadie hubiera podido adivinar lo mucho que sufrió Francine antes de morir: parecía continuar un sueño de amor, y al verla hubiérase dicho que había muerto de hermosura.

En cuanto á Jaime, había vuelto á caer en sus dudas; su espíritu alucinado persistía en la idea de que iba á despertarse aquella á quien tanto amó; y como ligeras contracciones nerviosas ocasionadas por la acción reciente del moldaje rompían á intervalos la inmovilidad del cuerpo, aquel simulacro de vida mantenía á Jaime en su dichosa ilusión, que duró hasta la mañana, á la hora en que el comisario fué á informarse de la defunción y á autorizar el entierro.

Por lo demás, si para dudar de la muerte había sido precisa toda la locura de la desesperación, para creer en ella necesitábase también toda la infalibilidad de la ciencia.

Mientras la vecina colocaba á Francine en el ataúd, Jaime se hallaba en la habitación contigua, adonde habían acudido va-

rios de sus amigos para formar parte de la fúnebre comitiva.

Aun cuando le querían como á un hermano, los bohemios se abstuvieron, sin embargo, de todas las demostraciones y consuelos que sólo invitan al dolor. Sin decir ni una sola de aquellas palabras tan difíciles de encontrar y tan penosas de oír, apretaban unos tras otros la mano de Jaime.

—Esa muerte es una gran desgracia para Jaime—dijo uno de ellos.

—Sí—contestó el pintor Lázaro, jóven que había sabido vencer muy pronto todas rebeliones de la juventud, imponiéndoles la inflexibilidad de una resolución friamente tomada, y en las que el artista había acabado por ahogar el hambre;—sí, pero es una desgracia que voluntariamente ha introducido en su vida. Desde que conoció á Francine, Jaime estaba muy cambiado.

—Le había hecho muy feliz—dijo otro.

—¡Feliz!—repuso Lázaro—¿A qué llamáis felicidad? ¿Cómo podéis tener por felicidad una pasión que lleva al hombre al estado en que Jaime se encuentra en estos momentos? Que intenten mostrarle una obra maestra: no volverá la vista para mirarla. Y para ver

por última vez á su querida, estoy seguro de que andaría sobre un Ticiano ó un Rafael. Mi querida, la mía, es inmortal y no me engañará: vive en el Louvre y se llama *Gioconda*.

Cuando Lázaro se disponía á seguir exponiendo sus teorías sobre el arte y el sentimiento, recibieron aviso de partir para la iglesia.

Después de algunas oraciones en voz baja, la comitiva se dirigió al cementerio... Siendo precisamente el día de difuntos, un inmenso gentío llenaba el fúnebre asilo. Muchos se volvían para mirar á Jaime, que iba descubierto detrás del ataúd.

—¡Pobre chico!—decía uno,—va á enterrar á su padre.

—Sin duda será su madre,—replicaba otro.

—O su hermana,—añadía un tercero mirándole fijamente.

Un poeta que había ido allí á estudiar la actitud de los sentimientos en aquella fiesta anual de los recuerdos, solo un poeta, al ver pasar á Jaime, adivinó que seguía al entierro de su querida.

Cuando llegaron á la fosa reservada, los

bohemos, descubierta la cabeza, se agruparon al rededor. Jaime se detuvo al pie del féretro; su amigo el médico le daba el brazo.

Los sepultureros tenían prisa y querían hacer la operación rápidamente.

—No hay discursos,—dijo uno de ellos.—Vamos, tanto mejor. Hop, compañero, ayúdame.

El ataúd fué amarrado con cuerdas y bajado á la fosa. Uno de ellos bajó á recoger las cuerdas y á colocarlo del todo; luego, con la ayuda de otro compañero, cogió una pala y empezó á echar tierra. La fosa estuvo pronto llena, y en lo alto de aquel promontorio de tierra clavaron una crucecita de madera pintada de negro.

Jaime decía sollozando:

—¡Oh, mi juventud! ¡Cómo entierran mi juventud! ¡Adiós, musa inspiradora de mis concepciones de artista! ¡Pobre cuerpo que prestó á mi cuerpo el dulce calor de su carne joven y amada de la mía! ¡Adiós Francine!... Tu vida fué la de un lirio enfermo y triste cuyo jugoso frescor le robó la tierra lujuriente y febril por la calentura del deseo... Pobre Francine mía, presiento que me lle-

varás á tu lado para dormir abrazados en el tálamo de la eternidad.

El artista empezaba á desvariar por el doloroso cuadro que acababa de mostrarle la realidad inhumana y cruel...

Jaime formaba parte de una sociedad llamada «Los Bebedores de agua», que parecía fundada á imitación del famoso cenáculo de la calle de *Quatre Vents*, que se trata en la hermosa novela del gran «Gran hombre de provincia. Sólo existía una enorme diferencia entre los héroes del cenáculo y los «Bebedores de agua» quienes, como todos los imitadores, habían exagerado el sistema que se proponían llevar á la práctica. Esta diferencia se comprenderá por el solo hecho de que, en el libro de Balzac, los miembros del cenáculo llegaban siempre al fin que se proponían, y probaban que todo sistema que llega á su objeto es bueno; mientras que, después de varios años de existencia, la sociedad de los «Bebedores de agua» se disolvió por la muerte de todos sus miembros, sin que el nombre de ninguno de ellos haya quedado ligado con una sola obra que pueda dar fe de que existió aquella.

Durante sus amores con Francine, las re-

laciones de Jaime con la sociedad de los «Bebedores de agua» se hicieron menos frecuentes. Las necesidades de su vida íntima habían obligado á Jaime á faltar á ciertas condiciones, firmadas y juradas solemnemente por los «Bebedores de agua» el día de la constitución de la sociedad.

Perpetuamente montados sobre los zancos de un orgullo absurdo, aquellos jóvenes habían exigido un principio soberano en su asociación: que no debían dejar nunca las cumbres elevadas del arte; es decir, que á pesar de su mortal miseria, ninguno de ellos quería hacer concesiones á la necesidad. Así el poeta Melchor nunca se había decidido á dejar su lira para escribir un prospecto comercial ó una profesión de fe. Esto se quedaba para el poeta Rodolfo, bohemio que á todo se prestaba, y que nunca dejaba pasar una moneda de cinco francos, sin procurar cazarla por cualquier medio. El pintor Lázaro, orgulloso desarrapado, jamás hubiera querido manchar sus pinceles haciendo el retrato de un sastre con un loro en la mano, como había hecho nuestro amigo el pintor Marcelo, á cambio de aquel vestido famoso llamado

Mathusalem, que tenía piezas puestas por las sucesivas queridas de su dueño. Mientras había vivido en comunión de ideas con los «Bebedores de agua», el escultor Jaime se había sometido á las tiranías del acta de la sociedad; pero desde que conoció á Francine no quiso asociar á la pobre niña, ya delicada, al régimen que había aceptado para él solo. Ante todo Jaime era recto y leal. Fué á buscar al presidente de la sociedad, al exclusivo Lázaro, y le participó que desde aquel momento aceptaría todos los trabajos que le fueran remunerados.

—Querido amigo—contestó Lázaro:—tu declaración de amor era tu dimisión de artista. Seguiremos, si tú quieres, siendo amigos tuyos, pero ya no seremos consocios. Haz el oficio como gustes: para mí, no eres ya un escultor, eres un amasador de yeso. Verdad es que podrás beber vino, pero nosotros, que seguiremos bebiendo agua sola y comiendo pan de munición, continuaremos siendo artistas.

A pesar de lo que dijo Lázaro, Jaime siguió siendo artista. Pero, para poder mantener á Francine, se entregaba, cuando se le presentaba ocasión, á ejecutar obras pro-

ductivas. Trabajó así largo tiempo en el taller del marmolista Romagnesi. Diestro en la ejecución y muy ingenioso en la invención, Jaime pudo, sin abandonar el arte serio, adquirir una gran reputación en esas composiciones de carácter que son ahora uno de los principales elementos del comercio de lujo. Pero Jaime era perezoso como todos los verdaderos artistas, y estaba enamorado al modo de los poetas. La juventud se había despertado tarde en él, pero ardiente; y, con un presentimiento de su cercana muerte, quería agotarla toda en los brazos de Francine. Y así sucedía á menudo, que las buenas ocasiones de trabajo llamaban á su puerta, sin que Jaime quisiera contestarles, porque hubiera sido preciso molestarse cuando se encontraba demasiado á gusto soñando en los ojos de su amiga.

Después de la muerte de Francine, Jaime buscó de nuevo á sus amigos. Pero el espíritu de Lázaro dominaba en la corporación, en la que cada uno de los miembros vivía petrificado en el egoísmo del arte. Jaime no encontró lo que buscaba. No comprendían muy bien su desesperación, que querían curar con razonamientos; y viendo aquella

poca simpatía, el escultor prefirió aislarse con su dolor antes que verla expuesta á la discusión de los amigos. Rompió, pues, todas sus relaciones con los «Bebedores de agua» y se fué á vivir solo.

Cinco ó seis días después del entierro de Francine, el escultor fué á buscar á un marmolista del cementerio de Monparnasse y le propuso el trato siguiente: El le daría para la tumba de Francine una cerca que dibujaría, y le cedería un trozo de mármol blanco, en pago de lo cual se pondría por tres meses á su disposición, ya como picapedrero, ya como escultor. El mercader de tumbas tenía entonces muchos encargos extraordinarios; visitó el taller de Jaime, y al ver varios trabajos suyos se convenció de que la casualidad le protegía enviándole aquel artista.

Ocho días después la tumba de Francine aparecía rodeada de una cerca de madera, y en el centro la cruz primitiva había sido substituída por una de piedra, con el nombre grabado.

Jaime tuvo la suerte de habérselas con un hombre honrado, que comprendió que cien kilos de hierro fundido y tres pies cua-

drados de mármol no bastaban á pagar tres meses de trabajo al escultor, cuyo talento le había hecho ganar algunos miles de escudos. Ofreció al artista que le interesaría en su empresa, pero éste no se avino á ello. La poca variedad de los trabajos no dejaba maniobrar á su inteligencia inventiva. Por lo demás, tenía ya lo que deseaba: un bloc de marmol, de cuyas entrañas se proponía sacar una obra maestra destinada á la tumba de Francine.

Al empezar la primavera mejoró algo la situación de Jaime: su amigo el médico, le puso en relaciones con un gran señor extranjero que fijaba su residencia en París y trataba de edificar un suntuoso hotel en uno de los mejores barrios. Varios artistas célebres habían sido llamados á colaborar en el plano de aquel pequeño palacio. A Jaime le encargaron una chimenea de salón. Me parece ver aún los proyectos de mi amigo; eran encantadores; todo el poema del invierno estaba representado en el marmol que debía servir de marco á la llama. Como el taller de Jaime era demasiado pequeño, pidió y obtuvo, para ejecutar su obra, una habitación vacía aún en el mismo hotel. Le adelantaron

además una cantidad bastante crecida sobre el precio convenido de su trabajo. Jaime empezó por devolver á su amigo el médico el dinero que éste le había prestado cuando la muerte de Francine; luego corrió al cementerio para esconder bajo un campo de flores la tierra en que descansaba su querida. Pero la primavera se le había anticipado y sobre la tumba de la joven crecían, entre la hierba, mil florecillas del campo. El artista no tuvo valor para arrancarlas, pues supuso que encerraban aquellas flores algo de su amiga. Consultándole el jardinero qué debía hacer con las rosas y los pensamientos que había llevado, Jaime le mandó que lo plantara todo en la fosa contigua, recientemente hecha, pobre tumba sin cerca, que no tenía como distintivo más que un trozo de madera clavado en el suelo y adornado con una corona de papel negro, modesto recuerdo del dolor de un humilde. El escultor salió del cementerio en un estado muy distinto del en que se hallaba al entrar. Miraba con alegre curiosidad aquel sol primaveral, el mismo que tantas veces había dorado los cabellos de su Francine cuando corría en el campo cortando espigas con sus manecitas blancas. Un en-

jambre de bellos pensamientos revoloteaba en su corazón. Al pasar por delante de una taberna del boulevard exterior, recordó que un día que les sorprendió la lluvia, había cenado allí con Francine. Jaime entró y pidió de cenar en la misma mesa. Allí recordó una cancioncilla que cantó Francine, animada por un vinillo tinto muy barato, en el que había más alegría que mosto. Pero aquel desperezo de gratos recuerdos, despertaba su amor y adormecía su pena. Algo supersticioso, como buen poeta y soñador, Jaime pensaba que Francine, mirándole cerca de sí, le había enviado á través de su tumba aquella oleada de buenos recuerdos, y no quiso amargarlos con lágrimas.

Una hora más tarde, nuestro artista salía de la taberna con el paso alegre, erguida la frente, viva la mirada, el corazón agitado, casi sonriéndose y recitando en voz baja la canción de Francine:

«El amor vaga por mi barrio,
Dejaré la puerta entornada...»

Si bien esta era aún una canción, para Jaime era ya uno de sus adorables recuerdos; y quizá, sin apercibirse de ello, el es-

cultor dió aquella tarde el primer paso en ese camino de transición que de la tristeza conduce á la melancolía y luego al olvido. Por mucho que se quiera y por más que se haga, así lo quiere la eterna y justa ley de la movilidad.

Del mismo modo que las flores nacieron sobre la tumba de Francine, quizá nacidas de su cuerpo, savias de juventud florecían en el corazón de Jaime, en el que los recuerdos del amor pasado despertaban vagas aspiraciones hacia nuevos amores. Porque además, Jaime pertenecía á aquella raza de artistas y de poetas que hacen de la pasión un instrumento del arte y de la poesía, y cuyo espíritu no tiene actividad, á no ser que lo muevan las fuertes motoras del corazón. En Jaime la invención era verdaderamente hija del sentimiento, y ponía una pequeña parte de sí mismo en las cosas más insignificantes que hacía. Se apercibió de que los recuerdos no le bastaban, y que, semejante á las plantas que perecen cuando les falta el aire, su corazón se secaba por falta de continuas emociones. El trabajo no tenía ya encanto para él; la invención, antes febril y espontánea, no llegaba más que con mucho

trabajo y paciencia: Jaime estaba descontento y envidiaba casi la vida de sus antiguos amigos los «Bebedores de agua».

Intentó distraerse, tendió la mano á los placeres, y se buscó nuevas relaciones. Trató al poeta Rodolfo, al que había encontrado en un café, y simpatizaron mucho mutuamente. Jaime le refirió sus pesares; Rodolfo no tardó en comprender la causa á que obedecían.

—Amigo mío, ya sé lo que es esto—le dijo,—y dándole un golpecito sobre el pecho, en el sitio del corazón, añadió: Pronto, de prisa, es preciso encender fuego otra vez aquí dentro: busque usted, sin tardar, una nueva pasión, y las ideas volverán á su cerebro.

—¡Ah!—dijo Jaime—amé demasiado á Francine.

—Eso no le impedirá seguir amándola. La besará usted en los labios de otra.

—¡Oh!—dijo Jaime—¡Si pudiese, al menos, encontrar á una mujer que se pareciera á Francine!

Y se separó muy pensativo de Rodolfo.

Sels semanas más tarde, Jaime había encontrado de nuevo toda su fantasía, encen-

dida por las suaves miradas de una bonita chica que se llamaba María, y cuya belleza algo enfermiza recordaba un poco la de su pobre muerta. Efectivamente, nada más alegre que aquella linda María, que contaba diez y ocho años menos seis semanas, según decía siempre. Sus amores con Jaime nacieron á la luz de la luna, en el jardín de un baile campestre, acompañados por el sonido de un áspero violín, de un contrabajo tísico y de un clarinete que silbaba como un mirlo. Jaime la había encontrado una noche paseando gravemente alrededor del hemiciclo reservado para bailar. Al verle pasar, rígido en su eterno vestido negro abrochado hasta el cuello, las bulliciosas abonadas de aquel sitio, que le conocían de vista, se decían entre ellas:

—¿Qué viene á hacer por aquí este enterrador? ¿Hay que enterrar á algún muerto?

Y Jaime andaba siempre aislado, haciéndose sangre en el corazón con las espigas de un recuerdo animado aún más por la orquesta que ejecutaba un rigodón que vibraba en los oídos del artista con la tristeza de un *de profundis*. Estando sumido en sus meditaciones vió á María que le observaba

desde un rincón y reía como una loca mirando su aire sombrío. Jaime levantó los ojos y vió de cerca aquella gentil muchachita con sombrero color rosa. Se acercó á la joven y le dirigió algunas frases balbucientes. Le ofreció el brazo para dar una vuelta al jardín, y ella lo aceptó gustosa. Enredados en sabroso paliqueo robó para ella manzanas verdes de los frondosos árboles; ella se las comió entre frescas risotadas que parecían el acompañamiento de su eterna alegría. Jaime pensó en la Biblia, y se le ocurrió que no se debe desesperar nunca de ninguna mujer, y menos aun de aquellas que les gustan las manzanas. Aquella noche volvió á su casa acompañado de la muchachita del sombrero color rosa...

Sin embargo de sus nuevos amores, Jaime no había olvidado á Francine: según le había dicho Rodolfo, la besaba siempre en los labios de María, y trabajaba secretamente en la figura que quería colocar sobre la tumba de la muerta.

Un día que tuvo dinero compró un vestido negro á María. La joven celebró mucho el regalo, solo que le parecía muy triste el negro para verano. Pero Jaime le dijo que

le gustaba el negro, y que le complacería mucho verla siempre con aquel vestido: María obedeció.

Un sábado, Jaime dijo á María:

— Ven temprano mañana; iremos al campo.

— ¡Qué felicidad! — exclamó María. — Te tengo preparada una sorpresa... ¡ya verás!... mañana hará sol.

María estuvo toda la noche acabando un vestido nuevo que se había comprado con sus ahorros, un lindo vestido color rosa. Y al día siguiente llegó con su gracioso traje al taller de Jaime.

El artista la recibió friamente.

— Yo pensaba darte gusto comprándome este vestido claro — dijo María, que no acertaba á explicarse la acogida de Jaime.

— No iremos al campo, — contestó él; — puedes marcharte; tengo que trabajar.

María volvió á su casa acogojada y llorosa. En el camino encontró á un joven que conocía la historia de Jaime, y que la había cortejado otras veces.

— ¿Cómo, señorita María, no está usted ya de luto? — le preguntó.

— ¿De luto? — dijo María. — ¿Por quién?

—¡Oh! ¿no lo sabe usted? Todo el mundo conoce la historia de aquel vestido negro que le regaló Jaime...

—Sí, un vestido, ¿y qué?...—añadió perpleja María.

—Pues que era el luto: Jaime le hacía á usted llevar luto por Francine...

Desde aquel día los dos amantes no volvieron á verse.

Esta separación le trajo la desgracia: tornaron los malos días, se acabó el trabajo, y cayó en tan espantosa miseria que, no sabiendo qué hacer, suplicó á su amigo el médico que la enviase á un hospital. El médico vió, á la primera mirada, que no costaría mucho trabajo obtener esta admisión. Jaime, que no conocía su enfermedad, caminaba por los mismos pasos que Francine.

Pocos días después entró en el hospital de Saint Louis.

Como podía aún trabajar y moverse, suplicó al director del hospital que le cediera un cuartito que había vacante... Le concedieron la habitación, y allí estableció su pequeño taller de escultura:

Durante los quince primeros días trabajó

en la figura que destinaba á la tumba de Francine. Era un ángel con las alas tendidas. Esta figura, que sería el retrato de Francine, no la pudo acabar, pues á poco cayó en el lecho herido de muerte y convencido de que tal vez no levantaría su cuerpo de aquel camastro mortuorio.

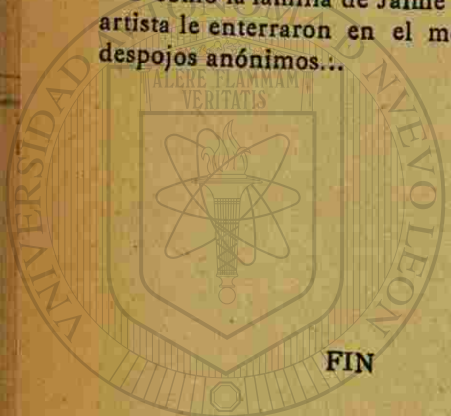
Un día llegó á sus manos la libreta del externo, y Jaime, al ver las medicinas que le daban, comprendió que estaba perdido; escribió á su familia é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de caritativos cuidados.

—Hermana—la dijo Jaime,—tengo arriba, en la habitación que me sirve de taller, una figurita de yeso; esa figurita, que representa un ángel, la destinaba á una tumba; pero no me queda tiempo para ejecutarla en mármol. También en mi casa tengo un hermoso bloc de mármol blanco con venas rosadas... De ambas cosas puede usted disponer para que las coloquen en la capilla de este Hospital.

Pocos días después murió Jaime. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del *Salón*, los «Bebedores de agua» no acompañaron al cadáver del que había

sido su amigo. «El arte ante todo», había dicho Lázaro.

Y como la familia de Jaime no era rica, al artista le enterraron en el montón de los despojos anónimos...



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

- DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, Arsenio Houssaye.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPÁTRA, por Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique G. Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye
MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola (tomo I).
Id. id. id. (tomo II).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (tomo I).
Id. id. id. id. (tomo II).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (tomo I).
Id. id. id. (tomo II).
Id. id. id. (tomo III).
NANA, por Emilio Zola (tomo I).
Id. id. (tomo II).
Id. id. (tomo III).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
CRUELDADES DEL AMOR, por Mme. Judit Gautier.
LOS AMORES DE CLOTILDE, por A. Palacio Valdés.
DOÑO SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (QUO VADIS), Stenkievicz (t. I)
Id. id. id. id. (t. II)

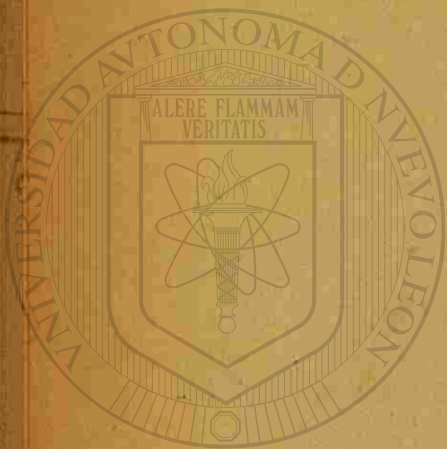


LOS AMORES DE OLIVERIO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN REGENTE

Los Amores de Oliverio

POR

ENRIQUE MURGER

TRADUCCION

de

LORENZO MATA



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Amores de Oliverio

I

Oliverio tenía veinte años. La poesía de la juventud había sido para él una enfermedad envenenada por su primer amor y desarrollada más tarde al estado crónico. Su padre, hombre rígido y positivo, quería que Oliverio siguiera la carrera del comercio, y á este fin costeábale un profesor de contabilidad.

Este profesor era un anciano cuya vida había sido durante largos años la de los jugadores y perdidos; el fisonomista más torpe habría leído en su rostro los rasgos característicos del hombre de malas inclinaciones. A los cuarenta y cinco años, M. Duchampy, que así se llamaba, casó con una joven por él seducida. En la época en que Oliverio fué á tomar lecciones á su casa, M. Duchampy estaba ya casado desde hacía algunos años: su esposa era excesivamente joven y una mujer de raza delicada y enfermiza, de esas en las que los poetas de la escuela tísica buscan su ideal. La señora Du-

chamy poseía todas las gracias lánguidas y atrayentes de esos temperamentos, hipócritas á veces, y que, bajo una apariencia de debilidad, esconden grandes reservas de ardorosa fuerza. Sus ojos, de un azul indefinido, se encendían á veces en un destello fugaz, á cuyo reflejo su rostro, ordinariamente pálido, se animaba y sonrojaba á la vez.

Pero esto solo sucedía en raras ocasiones, eran accidentes pasajeros, erupciones de vida, resultado acaso de un fondo de juventud y de pasión comprimida. Sin mover precisamente á la compasión, su sonrisa excitaba al interés y parecía mostrar confusamente una vida de sufrimientos ignorados, cuya confidencia, hecha con su voz lenta y suave, debía ser escuchada por un joven propenso á la elegía. Mad. Duchampy solía acompañar á su marido á la habitación donde Oliverio aprendía sus lecciones. Trabajaba alguna labor de tapicería, ó cuidaba á una niña de dos años, que en los trapos de su madre parecía la florecilla triste del árbol enfermo.

Mientras el profesor se distraía con los otros alumnos, Oliverio separaba los ojos de sus libretas negras de números y miraba á Mad. Duchampy, quien se las arreglaba de manera que siempre la sorprendía éste en alguna posición de coquetería maternal.

Al cabo de algún tiempo sucedió lo que era de esperar: Oliverio no aprendió nada de teneduría, pero en cambio se enamoró

perdidamente de la mujer del maestro. Una tarde, hallándose Mad. Duchampy á solas con Oliverio, se enredaron de confianzas. Era poco después de la muerte de su hija; Oliverio dando libertad á su pasión se arrojó á los pies de la joven y dejó caer sobre sus manos esas lágrimas calientes y sinceras que brotan de los corazones sencillos. Fué elocuente, como todos los que no tienen experiencia.

Expresó la verdadera pasión con acento de sincera nobleza, frases que ella escuchó con el interés de una confesión mucho tiempo esperada. Desde aquel día, Madam Duchampy se llamó María para Oliverio.

A pesar de que hacía todo lo posible para no progresar demasiado en las matemáticas, al objeto de reservar un pretexto para entrar en la casa, á los seis meses de lecciones sabía Oliverio lo suficiente para entrar en cualquier casa de comercio. Su profesor se lo manifestó así un día, y después añadió:

—Espero que esto no sea causa para que deje usted de venir; venga usted cuando quiera, aquí le queremos mucho.

Oliverio se atrevió á visitarles todos los días.

Al profesor no le preocupaba en modo alguno esta asiduidad. Sabía perfectamente la causa; y sabía también á qué atenerse sobre las relaciones de su mujer con el joven; estaba tranquilo acerca de la inocencia de

aquella pasión que vivía en el azul más puro del platonismo. Un día, M. Duchampy sorprendió una carta que el poeta escribía á María. La epístola, que el mismo púdico José hubiese firmado sin resistencia, comenzaba así: «¡Hermana mía!» M. Duchampy prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Y usted—preguntó á su mujer—le llama también hermano mío? Sería muy curioso. ¿Pero ignoráis que llamándoos así, con esos nombres fraternales, sembráis semilla de incesto en el campo del adulterio?

—Oliverio es un niño—dijo María.—Lo que siente por mí es amistad y yo le tengo compasión. Os puedo asegurar que no hay nada de particular en esto. Sin embargo, si usted lo desea, le despediré.

—No, por cierto—replicó el marido.—¡A no ser que os fastidie demasiado con su amor azul celeste! «Quédeselo usted, lo mismo me da.»

En el fondo, M. Duchampy era muy indiferente. Solo quería á su mujer como un ser dócil y silencioso, sobre el que podía libremente desahogarsus cóleras cuando había perdido al juego. Por otra parte, la asiduidad de Oliverio le servía de pretexto para escaparse de su casa y correr juergas vergonzosas.

Los amores de María y de Oliverio vivieron dieciocho meses, durante los cuales no se separaron ni un instante del más puro sentimentalismo. Después de ese tiempo,

sucesivas pérdidas en el juego enredaron á M. Duchampy en cuestiones algo más sucias, complicadas con falsificaciones, por las que se vió obligado á emigrar á Inglaterra, para evitar que se le persiguiera. Su mujer quedóse en París sin recursos. Oliverio, que hasta entonces solo había estado con María de la mañana á la noche, se quedó una vez de la noche á la mañana: era una noche de invierno, de esas noches largas, interminables, tan rudas para los pobres y tan cortas y dulces para los enamorados. Pero el despertar de aquella noche fué terrible; se hacía saber á Mad. Duchampy que sería perseguida como cómplice de su marido, afiliado á una sociedad de individuos sospechosos.

Al ver amenazada la libertad de su querida y sin reflexionar que podía comprometerse sustrayéndola á las persecuciones de que era objeto, Oliverio quiso salvar á María. Como no podía llevársela á casa de su padre, con quien él vivía, pensó en uno de sus íntimos, pintor, que además de su taller poseía habitación en un barrio no lejano. Urbano accedió á dejar su habitación á Oliverio, quien escondió allí á su querida.

El pintor pasaba algunas veces la velada con los dos jóvenes. Después de muchas visitas, vino un día mientras Oliverio estaba fuera, y pasó largo rato con María; volvió de nuevo al día siguiente y al otro y al otro. Al tercer día, al regresar á casa por la noche, Oliverio no encontró á nadie en la habita-

ción: María había desaparecido, dejando para Oliverio una carta muy lacónica.

En ella le decía que, avisada de que había sido descubierto su escondrijo, se veía precisada á buscar otra habitación, guareciéndose en casa de unos parientes. Oliverio ignoraba que María tuviese parientes. Aconsejábale, además, que no comprometiese su seguridad procurando verla, y le citaba para dentro de ocho días, por la noche, en la plaza de San Sulpicio.

Oliverio se apresuró á buscar á Urbano para enterarle de lo que le ocurría.

El pintor le recibió visiblemente turbado.

—Fuí esta tarde á mi cuarto á recoger unas cosas que necesitaba—dijo Urbano—y encontré á María apuradísima. Acababa de recibir el aviso de que te habla en su carta, y ahogando sus lágrimas se ha marchado al momento. La he acompañado—añadió torpemente.

—En este caso, ¿sabes tú dónde está?—dijo Oliverio.

—Lo sé—repuso el pintor,—pero este secreto no me pertenece y no puedo indicártelo. Bástete saber que María se halla en sitio seguro, y comprende que durante algún tiempo precisa que tú, á quien acaso vigila la justicia, ceses de ver á María. Por lo demás—añadió Urbano,—sabes que soy tu amigo y daré á tu querida todos los recados que me encargues para ella.

Oliverio no sospechó nada. El día que le

había indicado María acudió por la tarde á la plaza de San Sulpicio. Era ya la hora fijada y la joven no aparecía. Cuando empezaba á impacientarse, se apercibió de que llegaba Urbano.

—María está enferma y no puede acudir esta noche—dijo el pintor.

—¡Enferma!—contestó Oliverio pálido de ar gustia.—¡Llévame, por Dios, á su lado!

—No—repuso Urbano,—me lo ha prohibido.

—Oliverio miró á su amigo, quien á su pesar bajó los ojos avergonzado.

—Quiero ver á María, ¿me oyes bien?—dijo Oliverio.—Quiero verla en seguida, ahora mismo. Arréglate como puedas para que venga, y si no yo iré á encontrarla; escoge, pero pronto, es preciso que la vea.

—Bien está—repuso Urbano, que parecía intranquilo.—Iré á decir á María, enferma, consumida por la fiebre, que salte de la cama para salir á la calle con este tiempo tan crudo; le diré que, aun cuando sea arrastrándose por el suelo, que es preciso que venga.

—¿Por qué no quieres que vaya yo?—dijo suavemente Oliverio.

—Porque no puede recibirte en la casa donde está, que no es la suya.

—¡Pero á tí te recibe!

—Yo no soy su amante, solo soy su amigo y el tuyo; el lazo que os une ahora, no soy más que eso. ¿Qué decides?... Mañana, pasado... dentro de algunos días, María po-

drá salir sin peligro alguno para su salud ni para su libertad. ¿Por qué no esperas?

—No espero ni un instante más—dijo Oliverio.—Ve por María.

—Conforme—repuso Urbano—iré.

Una idea terrible asaltó la mente del poeta. «¡María está en casa de Urbano!»—gritóle un instinto profético—y se precipitó en seguimiento del pintor, le alcanzó, y, sin ser visto, le vió entrar en su casa. Oliverio se escondió en un ángulo obscuro de la calle para sorprender á Urbano en el momento en que saliera.—Transcurridos pocos instantes, Urbano salió de la casa donde tenía el taller. No iba solo, álguien le acompañaba; era un joven.

Oliverio respiró con más libertad, pero su agitación no había cesado.

¿Por qué razón, Urbano, que le había dejado para ir á buscar á María, volvía con un joven y no con ella?

Y mientras dirigiáse estas y otras preguntas, se encaminaba precipitadamente á la plaza de San Sulpicio, por un trayecto más corto que el que seguía el pintor. Llegó, pues, momentos antes que éste al sitio donde debía esperarle.

—¿Y María?—gritó Oliverio al ver á Urbano, que avanzaba por la plaza—¿dónde está María?

—Aquí estoy—contestó una voz, la del compañero de Urbano, que no era otro que María disfrazada de hombre.

—¡Ah!—exclamó el poeta gozoso de emoción.—¡Eras tú!..

La aparición de su querida, la súbita revelación de la traición de Urbano, le habían herido en el corazón. Tambaleóse como un hombre que recibe una herida mortal, y á no haberse apoyado en un árbol hubiese caído á tierra.

—¡Desgraciado!—dijo María, precipitándose hacia Oliverio.

—Ea, vamos—replicó Urbano visiblemente contrariado.—No es esta la mejor ocasión para representar dramas en medio de la calle. ¿Por qué habéis venido? Dejadme solo con Oliverio, á quien daré mis explicaciones. Delante de usted es imposible... Vamos, vuelva usted á casa.

Nunca habían asustado á María las violentas cóleras de su marido tanto como aquella acción brutal. La cruel actitud de Urbano la acogió con resistencia, y bajando su imperiosa mirada se doblgó como un sauce á la fuerza del huracán. Después de una corta vacilación, se retiró lentamente dejando á Oliverio y á Urbano en la plaza solitaria y desierta á aquellas horas.

El aire fresco despejó á Oliverio de su desvanecimiento. Después, mirando á su alrededor:

—¿Dónde está María?—preguntó:

—María ha vuelto á su casa, que es la mía—contestóle secamente Urbano.

—A su casa... á la tuya...—murmuró en-

tre dientes Oliverio.—¿Es, pues, su casa, la tuya?...

—Pues bien, ¡sí; lo es, puesto que vivimos juntos! ¿Tienes algo más que decirme?

Oliverio pareció esforzarse por buscar una contestación, pero su pensamiento estaba asfixiado por el dolor, y sus palabras, ahogadas por el llanto, no llegaban á sus labios.

—¿Qué decides ante esto?—murmuró el pintor.—Preferiría que nos diésemos de bofetones, mejor que mirar tus lágrimas. ¿A qué viene ese llanto? ¡Que vaya el llanto al diablo! De lo que sucede ahora, tanta culpa tiene María como yo. Además, lo hecho es irremediable—dijo sacudiendo á Oliverio.—Háblame, acúsame... Me defenderé si puedo... María es mi querida, sí, lo es, ¿y qué? ¿No lo ha sido tuya también?

Oliverio no escuchaba; sentía en su derredor un ruido de campanas que le zumbaban en la cabeza y repetían todas el mismo nombre: María... María...

Su boca se contraía horriblemente y parecía sufrir como si hubiera mascado amargosa retama. Era una especie de apoplejía de desesperación.

—¡Pero dime algo!—gritó Urbano.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Oliverio arrodillándose ante el pintor.

—¡Llévame á ver á María, te lo suplico!—y volvió á quedar insensible á todo.

—Nada—dijo Urbano,—eso es imposible. Pasaba un coche. Urbano llamó al coche-

ro, le pagó por adelantado, le dió la dirección de Oliverio, que lloraba con un niño, y le hizo subir al carruaje.

—¿Está enfermo el señor?—dijo el cochero.

—Está bebido—contestó el pintor.

—¡Oh, sí! ¡y saca el líquido por los ojos! A mí no me entenece el vino.—¡Arre, caballó!—añadió el cochero soltando un latigazo á su jamelgo.

II

Durante el trayecto, Oliverio fué recobrando gradualmente su serenidad. Al llegar á su casa corrió á saludar á su padre, que le recibió muy mal. Luego subió á su cuarto. No pensó siquiera en cerrar la ventana, por donde entraba un aire vivísimo, cuyos besos, que podían ser caricias mortales, resbalaban sobre su frente húmeda por un sudor copioso. Y á solas con sus dolores se sentó al lado de una mesa, apoyando la cabeza en las manos.

—¿Han visto ustedes hacer en un hospital la amputación de alguna extremidad? Se tiende al enfermo sobre una mesa cubierta de tela blanca; alrededor se colocan el cirujano y sus alumnos, quienes al sacar sus estuches hacen sonar el arsenal de los instrumentos de cirugía. Al oír este ruido siniestro, el paciente vuelve la cabeza horrorizado, como el ciervo que oye el ladrido de los perros que se disponen á despedazarle. En

el dintel de la sala, los otros enfermos vienen á ver cómo se hace. El cirujano se recoge las mangas hasta los hombros, escoge un lindo instrumento con mango de marfil ó de nacar, y si es diestro, corta la epidermis al primer golpe. Un rocío encarnado mancha la sábana; la operación está empujada. El paciente grita, pero no es nada todavía. He ahí todos los bisturís, los cuchillos y los escalpelos, todo el puñado de hierro y el acero que se precipita sobre su carne y le abre una brecha sangrienta, para que pase la sierra que ha de cortar el hueso. El operador sigue su trabajo, y si es día de clínica, procura lucirse como un músico que hace primores en un concierto á su beneficio. El paciente grita más fuerte, la sierra empieza á cortar el hueso. Entre tanto, y preparando vendas y fajas para secar la sangre, los alumnos rien y hablan de la actriz de moda y de la obra silbada. Sin embargo, el paciente dá un grito supremo: la sierra ha dado el último golpe, y el miembro, separado del tronco, cae en un mar de sangre.

El operador seca sus instrumentos, se lava las manos, baja las mangas de su vestido, y dice al enfermo:

—Adiós, amigo mío. No tendrá usted más gota en esa pierna; ó bien, no tendrá más sabañones en esa mano—si fué un brazo el objeto de la operación,—pues tiene una broma especial adecuada para toda clase de operaciones.

En cuanto al enfermo, le llevan á su cama y allí sana ó muere. Pero en este caso tiene la seguridad de que la pierna ó el brazo que le amputaron no volverá á crecerle, y no tendrá que sufrir otra vez el martirio de otra operación.

Más si en lugar de un miembro se trata de un sentimiento, de una pasión, de una amistad rota, de un amor engañado; si es, sobre todo, la primera de nuestras ilusiones la que se trata de amputar, á fe mía que es mucho más horrible. Por lo demás, no queda todo acabado y la operación no tiene el resultado brutal del acero del cirujano, que corta y separa para siempre. A esa amistad rota, sucedera una nueva amistad; á ese amor engañado, un amor nuevo, que á su vez borre las huellas del dolor. Y de nuevo vendrá la experiencia a decirnos: Te había avisado: ¿porqué no estás todavía curado? y volverá á empezar sus terribles operaciones; pero apenas se halla marchado llegará detrás de ella la esperanza, esa eterna perseguidora que rasga el aparato puesto por la experiencia y destruye su obra, y siempre así, hasta el fin de la vida.

Hay naturalezas que no sobreviven á la pérdida de su primera ilusión: son naturalezas tristemente privilegiadas. Hay otras en las que la esperanza perpetúa el dolor.

Oliverio tenía veinte años. Su primer amor y su amistad primera yacían ajados sobre el campo de la juventud. Más pronto,

más tarde, ¡qué importa! su hora había llegado. Siguiendo el destino iba á tenderse sobre el potro del tormento en que, sufriendo su primer arañazo y recibiendo su primera lección, la experiencia le mutilaría con todos sus escalpelos y todos sus cuchillos.

En aquel mismo momento, en un cuarto vecino al suyo, una compañía de jóvenes de ambos sexos, bebiendo á grandes sorbos el vino del placer, cantaban esa canción conocida:

*«¡Qué bien se está en un granero
á los veinte años!»*

¡Mentira enorme, que parece ser escrita por algún propietario para hacer reclamo á sus sotabancos! ¡Triste paradoja, que muestra los codos como un vestido usado! ¡Pésimo verso entre los versos de aquel poeta que, por haber gastado demasiados laureles cuando estaba vivo, quizá no tendría ahora los necesarios para indicar su tumba!

Más de la mitad de la noche Oliverio permaneció inmóvil, crucificándose en la cruz de sus recuerdos y bebiendo el dolor á borbotones.

Semejantes á los cuervos que devoran los cadáveres, los pensamientos siniestros revoloteaban alrededor de su desesperación, inspirándole odio á la vida y amor al odio. Su cerebro fuertemente sacudido, batía bajo su cráneo como el badajo de una cam-

pana: ¡era el toque de difuntos por la próxima muerte de su juventud!

Continuaban cantando en la habitación contigua, y cada verso de la alegres canciones se hundía como una flecha de acerado filo en el moribundo corazón de Oliverio.

Por fin, saliendo de aquella silenciosa inmovilidad, acabó la noche escribiendo.

Escribió dos cartas muy largas, una dirigida á María y otra á Urbano. Cuando las hubo acabado reunió en un paquete todos los objetos que su querida le había entregado *en los tiempos antiguos*. Cerró el paquete, repitiendo una estrofa de uno de los poemas más tristes de Alfred de Musset.

Buscando cartas de otros tiempos..., etc.

A la mañana siguiente, la criada subió á limpiar la habitación.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó Oliverio.

—Ha salido para todo el día,—contestó la sirvienta.

Oliverio aprovechó esta ausencia para mandar á la criada á casa del farmacéutico con una receta que él mismo había hecho. Le encargó también que echara al correo las dos cartas para Urbano y María.

—Señor—dijo la criada al entregarle medio frasco de jarabe de adormideras,—tenga usted cuidado: el farmacéutico me ha

recomendado que le dijese á usted que no beba esto más que á cucharadas, cada dos horas. Parece que es un veneno. Es para hacer dormir, ¿no es cierto?

—Sí—dijo Oliverio,—para hacer dormir, y despidió á la sirvienta.

En menos de una hora se había bebido todo el jarabe de adormideras.

III

Hacía ya dos días que el padre de Oliverio no le había visto. Algo intranquilo, subió al cuarto en busca de su hijo.

No encontrando, como de costumbre, la llave en la parte exterior de la puerta, golpeó violentamente y llamó en voz alta. Nadie contestaba. Este silencio obstinado aumentó su intranquilidad y casi se asustó. Fué á buscar quien le acompañara á subir al cuarto de su hijo, llegado al cual procedieron á derribar la puerta, que cedió violentamente. Oliverio se despertó con todo este ruido: había dormido treinta horas. La enorme dosis de soporífico que se había tomado, mortal para una naturaleza menos robusta que la suya, no le había matado, y la primera palabra que asomó á sus labios, al despertar, fué el nombre de María.

Al apercebirse de que estaba allí su padre, Oliverio probó á levantarse de la cama

en que yacía tendido sin desnudarse, pero no pudo dar un paso.

Su cabeza era de plomo y tenía un infierno en el estómago.

—¿Qué tienes?—le preguntó su padre cuando estuvieron solos.

—Tengo dolor de cabeza,—dijo Oliverio. Y al ver el frasco de jarabe, murmuró:—¡No habría bastante!—;Habría, por el contrario, demasiado, y esto le habrá salvado!

Su padre entonces, al apercibir el frasco, comprendió su tentativa de suicidio.

Iba á empezar un interrogatorio, cuando escuchó pasos por el corredor. Oliverio se estremeció, reconociendo los pasos que se acercaban.

—Padre mío,—dijo—déjeme usted solo con la persona que entrará.

—Pero estás sufriendo—replicó su padre;—precisa mandar venir á un médico.

—No,—dijo aquel vivamente.—No tema usted, ha dado el tiro en el blanco. Además que sé que la persona que llega me trae el mejor de los contravenenos.—Se lo suplico, déjeme usted solo... luego, más tarde, hablaremos... diré á usted todo lo que quiera...

Entonces llamaron á la puerta.

—Adelante—dijo Oliverio.—La puerta se abrió.

Entró Urbano. El padre los dejó solos.

—¿Y María?—exclamó Oliverio—intentando incorporarse.

—¿Y tú?—repuso Urbano.

—No me hables de mí—replicó el poeta;—háblame de María. ¿Le has entregado mi carta?

Mira—añadió enseñándole el frasco de jarabe,—no mentía, ¿sabes?... he bebido... sí, pero no había bastante. Luego repitió otra vez: ¿Qué ha dicho María?

—María no ha recibido tu carta; pero en el momento en que tú le escribías, *nos* escribía también; cuando tú intentabas morir, ella intentaba también suicidarse, y, lo propio que tú, no ha muerto—añadió Urbano con vehemencia.

—¡Oh!—dijo Oliverio en un instante de gozo agoista—María ha querido morir porque veía que yo estaba muerto... ¡Luego me amaba!

En este caso... tú has mentido.—¡Oh! ¡María! ¡pobre María mía! ¡La perdono! La abrazaré todavía, volveré á verla, la veré! ¿Has observado, Urbano, has observado con qué dulzura dice ciertas palabras! *amigo mío*, por ejemplo... y ¿sabes?... Poca cosa son estas dos palabras, y, sin embargo, *amigo mío*, ¿sabes?... ¡qué dulce encanto el de la voz querida! ¡María, pobre María.

—Ya te he dicho—respondió tranquilamente Urbano—que María no ha recibido tu carta.

—¿Pero por qué no se las has entregado?

—Porque no la he vuelto á ver desde que te dejé, anteanoche, en la plaza de San Sulpicio.

—¿Cómo es esto?—preguntó Oliverio.—¿Qué, no ha vuelto á tu casa?

—Sí volvió—dijo Urbano.—Había alquilado un cuarto amueblado en el mismo piso donde yo tengo mi taller, y allí vivía.

—¿Sola?

—Sí, sola—prosiguió Urbano.—Allí fueron á detenerla en el momento en que regresaba luego de habernos dejado á los dos en la plaza de San Sulpicio. Ya te dije, Oliverio, que una salida suya era peligrosa. A pesar de la precaución que tomé de vestirla de hombre, la reconocieron, sin duda, los agentes que la vigilaban. En fin, que á mi regreso encontré la habitación vacía, y sobre la mesa esta carta, que le permitieron escribir antes de llevársela. Aquí la tengo.

Y Urbano mostró á Oliverio la carta, que decía:

«Don Urbano: doy á usted las gracias por sus bondades para conmigo: su amabilidad ha prolongado mis horas de libertad: En el momento en que le escribo, acaban de arrestarme por orden del juez de instrucción. Aseguro á usted que no sé de que pueden acusarme, ignoraba absolutamente los asuntos de mi marido. Pero, suceda lo que suceda, he tomado mil precauciones para no ser llevada ante la justicia. Con el temor á ser detenida, tarde ó temprano, tenía en el bolsillo un frasquito de aquel líquido azulado que usted emplea para grabar...

—Ácido sulfúrico—dijo Urbano.—Afortunadamente estaba pasado...

Oliverio prosiguió leyendo:

«Beberé este veneno y todo habrá terminado. No he tenido tiempo de amaros, porque no lo he tenido aún para olvidar á Oliverio...»

Al llegar aquí, había algunas palabras borradas con tinta, y no con lápiz, como estaba escrita la carta. Esta supresión la había hecho Urbano; pero no impidió á Oliverio descifrar lo suprimido, y continuó:

«Sea usted bueno y entregue mis cabellos, que me corté para disfrazarme de hombre, á quien he amado mucho tiempo.—María.»

Sorprendióse mucho Urbano al ver que su amigo leía casi sin vacilar estas últimas líneas, á pesar de las rayas de tinta que las cubrían.

—¿Por qué has borrado esto?—preguntó Oliverio.

—¡Oh!—dijo Urbano muy turbado—quería guardar la cabellera de María; pero, en fin, te la entregaré.

—Oye—dijo Oliverio—dame esta carta y serán para tí la mitad de los cabellos.

—Sí—dijo Urbano—pero no he terminado mi relato: y al día siguiente fuí corriendo al palacio de justicia, donde tengo algún conocido; allí me dijeron que María, efectivamente, había intentado suicidarse. Pero ya te dije antes que el ácido sulfúrico habíase

disipado y el efecto sería el de un vaso de agua sucia... Ahora necesito que nos separemos; después de lo sucedido acaban aquí nuestras amistades; he amado á María, bien á pesar mío, y por una querida de ocho días me resigno á perder un amigo de toda mi vida. ¡Soy muy desgraciado!

—¿Por qué no hemos de ser amigos?—dijo Oliverio con melancólica sonrisa.

Y, alargando la mano á Urbano, añadió:

—Precisa que nos veamos... ¡á quién más que á tí puedo hablar de *ella*!

Cuando Urbano salió del cuarto se encontró con el padre de Oliverio. Había escuchado todo escondido en un gabinete inmediato. Por adelantado sospechaba el buen hombre ya que la intencóna de suicidio de su hijo tenía origen en algún amorcillo contrariado. Pero al saber que la querida se hallaba detenida, temió que las relaciones de Oliverio con aquella mujer tuviesen consecuencias comprometedoras. Sin ningún género de preámbulos entró colérico en la habitación de su hijo, irritándose más aun ante la tranquilidad de Oliverio. No tenía compasión de su hijo, y mucho menos de la querida, á la que trataba de mujer perdida.

Sugestionado por aquella mujer que le había arrastrado á las puertas de la muerte, Oliverio no pudo contenerse ante los insultos de sus padre, y entre ambos se suscitó un diálogo de frases irrespetuosas y duras. Aquella escena duró dos horas, para acabar

con esta terrible acusación, que el hijo, perdiendo la cabeza, tiró á la cara de su padre:

—Usted ha sido el verdugo de mi madre, muerta lentamente bajo su cruel tiranía...

—¡Desgraciado!—gritó el padre levantando una mano que dejó caer en seguida.

—¡Si soy sacrílego, que Dios me castigue!—replicó Oliverio.

—¡Retira las horribles palabras que has pronunciado!

—Retire usted las injurias que ha dirigido á esa mujer desgraciada, quizá moribunda en estos instantes.

—¡Esa mujer miserable será tu perdición!

—Mi madre murió ahogada por el dolor—dijo Oliverio con siniestra mirada.—¡Una vez más, si he mentido, que me maldiga, y si he dicho la verdad, que me perdone!

El padre estaba loco de furor; y apercibiéndose el retrato de María, que hallábase sobre la chimenea, lo cogió, exclamando:

—¿Es, pues, ésta la mujer por quien me insultas, desgraciado? Y arrojándolo al suelo lo hizo trizas con los pies.

—¡Padre mío!—dijo Oliverio incorporándose y mostrándole la puerta—ni una palabra más... salga usted de aquí.

—¡Por qué no la tengo á ella misma, en vez del retrato!—siguió el padre mientras aplastaba los últimos fragmentos de la cartulina.

No había terminado estas palabras, cuando Oliverio saltó de su asiento con la faz

convulsa, la mirada extraviada y la voz temblando de cólera.

—¡Padre mío!—murmuró con palabras entrecortadas por el castañeteo de sus mandíbulas—¿ve usted este arma?—y señalaba un revólver que había colgado en la pared;—¿ve usted este arma?... ayer no me atreví á disparármela cuando quería morir; preferí el veneno, que no hace ruido...

—Bueno, ¿y qué?...—díjole friamente su padre, mientras recogía de la mesa los demás objetos de María.

—¿Qué más?—repuso Oliverio temblando y empuñando la pistola.—Si dice usted otra palabra sobre María, si toca usted á estos recuerdos que le han pertenecido, me levantaré la tapa de los sesos ahora mismo...; y los que le conocen, dirán: «Necesité veinte años para matar á la madre; pero ha matado al hijo de un solo golpe».

Su padre le miró un momento; y cogiendo rápidamente, entre los recuerdos, un ramito de flores secas, lo echó al suelo.

En el instante en que iba á pisarlo, Oliverio se aplicó la pistola á la frente y apretó el gatillo: se oyó el ruido seco que hizo éste al caer sobre la chimenea.

—¡Oh, desgracia!—gritó Oliverio cayendo sobre la cama con la cabeza entre las manos...—La muerte no quiere nada de mí...

En un registro que hizo su padre en el cuarto ocho días antes, había encontrado la pistola y la había descargado.

Oliverio quedóse solo. Cinco minutos después de abandonar la habitación, su padre le envió dinero y una carta.

La carta sólo decía: «Ahí tienes mil francos y vete mañana».

—Diga usted á mi padre que saldré esta misma noche—respondió Oliverio,—y vaya usted á buscarme un coche.

Metió de cualquier modo en un baúl sus vestidos y papeles; recogió todos los recuerdos de María, desparramados por el huracán de la cólera del padre, y los envolvió cuidadosamente.

Bajando muy lentamente la escalera, pues estaba débil y rendido por tantas emociones, encontró á su padre.

Parados frente á frente se dieron un adiós mudo, tan elocuentemente odioso que debió horrorizar al cielo.

—Vete...—dijo el padre.—Te abandono y te dejo en la miseria, corre á la desvergüenza.

—Aun salgo yo vivo de donde mi madre salió muerta—dijo Oliverio.—Adiós, padre mío, le dejo á usted con sus remordimientos.

El poeta subió al coche y se hizo llevar á casa de Urbano. Eran las once de la noche y el pintor trabajaba aún en su taller.

—¡Oliverio! ¿que sucede?—exclamó mirando á su antiguo amigo, al que seguía el cochero con el equipaje.

—Sucede—respondió éste cuando estu-

vieron solos—que mi padre me ha despedido, y que, por segunda vez, vengo á pedirte albergue.

Urbano no tenía ya aquella habitación cerca de su taller, que había antes prestado á su amigo para esconder á María. Al día siguiente del en que la querida del poeta lo fué suya, había dejado su antigua habitación y vendido los muebles.

—Pero, á propósito—hijo Oliverio—¿dónde duermes? No veo ninguna cama.

—Soy pobre—respondió Urbano, enseñando, detrás de una gran cortina que dividía el taller, un jergón de paja echado al suelo y cubierto con un girón de lana.—Me acuesto ahí encima—añadió—y ahí duermo.

—Tengo muebles en casa: si quieres los haré traer y viviremos juntos—dijo Oliverio.—Y si mi padre me los niega, compraremos al menos una cama: tengo mil francos.

—¿Para qué comprar cama, para volver á venderla antes de ocho días por la mitad de su precio?

¡Amigo mío! no te vistas de orgullo por un montón de escudos que tienes en tu poder... ¡Mil francos! mucho es, pero no es eterno, y tu pobre capital se fundirá muy deprisa, á pesar de que aquí no hace mucho calor,—añadió Urbano.—Por lo demás, tu dinero es tuyo; y si eres tan delicado que te asusta un jergón de paja, ahí está la habitación de en frente, el cuarto amueblado que habitó María: la cama es blanda, pero á

mí no me gustan las dulzuras, y sólo la alquilé por ella. Puedes tomarla, si quieres; todavía tengo la llave. Mañana te entenderás con el dueño, y en paz.

—Me la quedaré,—dijo Oliverio.—Ven á acompañarme.

Urbano le condujo á un cuartito bastante limpio, aunque algo desarreglado: todo estaba tal como lo dejó María.

—¡Buenas noches!—dijo Urbano, dejando solo á Oliverio.

Las miradas del joven se dirigieron rápidamente hacia la cama, en la que había dos almohadas. Sobre una de ellas veíase una gorrita de dormir, olvidada, sin duda, por su querida.

Sobre la otra, una especie de casquete, de forma llamada *griega*, que Oliverio había visto varias veces cubriendo á Urbano. Al ver esto recibió un golpe terrible en el corazón: su última duda acababa de desvanecerse.

Y cerró precipitadamente las cortinas para no verlo más.

IV

Cuanto más había deseado Oliverio vivir en aquel cuarto que habitó María tanto más deseó salir de él cuando, á la primera mirada, recordó la traición de su querida.

¿Pero á dónde ir á la una de la noche, en una madrugada de invierno? Por lo demás,

Oliverio se encontraba en un estado lamentable. El día horrible sufrido, después de la lucha atroz que sostuvo contra el veneno, había agotado todas sus fuerzas. Ardiendo en fiebre, que no le abandonaba, su sangre hervíale en el pecho é hinchaba tanto sus venas, que las de la frente se revelaban en líneas salientes y amoratadas.

En el fondo de su pecho, y nadando en un océano de lágrimas, su corazón, asesinado por el dolor, se estremecía pidiendo socorro.

Con la esperanza de aliviarse de sus dolores en la inercia del sueño, que al fin y al cabo es un gran paliativo al espíritu, se dejó caer en una silla después de haber apagado la luz. Pero el sueño no llegaba. Las tinieblas llamadas por Oliverio empezaron á centellear; por más que se ponía las manos sobre los ojos y entornaba sus párpados, veía como en pleno día. Las cortinas de la cama, que él había cerrado, se entreabrieron por sí solas, y, sobre las dos almohadas, veía dos cabezas, las dos jóvenes, hermosas, risueñas, ambas con las miradas húmedas, deslumbradas, y los labios unidos por un beso continuo; eran las cabezas de Urbano y María.

Oliverio se arrastró hasta la chimenea y volvió á encender luz. La claridad borraba los fantasmas que él buscaba sentado en el lecho; pero detrás de las cortinas de la cama, que, sin embargo, estaban bien ce-

rradas, oyó dos voces que hablaban, dos voces jóvenes, embriagadas, murmurando el eterno diálogo que repiten los enamorados en sus locas saturnales, y cuya menor palabra es una melodía, aun en las lenguas más bárbaras. Los ecos de la habitación repetían sucesivamente esos extraños murmullos que son la llave de la felicidad. Aquellas dos voces grandes eran las voces de María y Urbano.

Creo que hay un refrán que compara el mal del amor con el mal de muelas. Es quizá vulgar la comparación, pero es justa, cuando menos por muchos conceptos.

Ese sufrimiento agudo, que las buenas gentes llaman *penas del corazón*, obra sobre la parte moral del individuo con una violencia insoportable, como la afección á la que se le compara obra sobre la parte física. Ambos males, tan diferentes y, sin embargo, tan parecidos, hunden al individuo en las brazas de un infierno que enrojece los labios, profiriendo blasfemias que forman el repertorio de los condenados.

Rueda uno por el suelo con contorsiones dolorosas, dá con la frente en los ángulos de las paredes, y si uno y otro de estos dolores no tienen sus intermitencias y se prolongan demasiado, conducen al fin á la locura.

Lo que justifica también la comparación entre estos dos dolores de naturaleza distinta, es el interés indiferente, los consuelos

que demandan y recogen los que de ellos se ven atacados. Todos se interesarán mucho por un hombre atacado de pulmonía, ó que haya tenido la desgracia de perder á su padre ó á su madre. Pero si ha perdido á su querida ó si tiene dolor de muelas, se encogerán de hombros, diciendo:

—Bueno, ¿no es más que eso? No es para morirse.

Donde la comparación es ya imposible es en la aplicación del remedio. El dolor de muelas lleva á la víctima á casa del dentista; este, á veces, arranca la muela. Pero para el mal de amor no se ha inventado aún la cirugía moral para arrancar el dolor; y es una lástima, sería una industria de buen rendimiento, pues el que la ejerciera tendría por clientela á toda la humanidad.

Lo que mejor resultado ha producido hasta ahora para curar el amor, y eso se ha descubierto mucho antes que la homeopatía, es el mismo amor. También existe la poesía; pero en este caso el remedio es peor que la enfermedad, puesto que la poesía es una enfermedad hecha crónica, metida en el alma, que no se deja hasta la muerte.

Del mismo modo que se había tapado los ojos para no ver, Oliverio se cubrió los oídos para no escuchar. Pero percibía aún el sonido de las voces como si hablaran en su interior. Se revolcó por el suelo húmedo y frío mordiéndose los puños; la música de su suplicio no cesaba de rimar, cuyas síla-

bas le atravesaban el corazón como los dardos de un nido de serpientes. Golpeó las paredes con la frente, y la música de palabras seguía. Entonces se precipitó hacia la ventana, la abrió, y apoyó la cabeza en la nieve helada que cubría el borde. Bajo el peso de su frente la nieve se derritió humeando como el agua en que se introduce un hierro candente.

Aquello era para morir, y sin embargo, ese baño glacial tuvo por un momento un resultado saludable, determinó una reacción en la crisis de desesperación que acababa de sufrir. La alucinación cesó de repente, los fantasmas se desvanecieron, los ruidos de las voces se apagaron. Estaba sólo, en el aislamiento de la noche, apoyado en la ventana y mirando á su alrededor la ciudad silenciosa y adormecida bajo la nieve, que seguía cayendo lenta y blanda como rocío de plumas blancas. Ningún ruido alteraba la tranquilidad de la noche, ni el paso amortiguado de algún transeunte, ni el ladrido lejano de algún perro errante, indefinidamente repetido por ecos plañideros; el vuelo de las brisas paralizado por el frío no atormentaba las veletas de los tejados cubiertos de un manto de armiño, y ni una luz brillaba en las rejas de las casas. Después de haber contemplado un rato aquel solemne reposo de todo lo que le rodeaba, Oliverio cerró su ventana, en cuyos cristales el agua condensada había trazado raras y caprichosas figuras.

—Todo duerme—i murmuró con el mismo acento de envidia con que Macbetz exclama: «He perdido el sueño, mi dulce bálsamo!»

Luego salió de su cuarto sin hacer ruido, y pegando el rostro á la puerta del taller de Urbano, escuchó atentamente; poco á poco fué percibiendo el rumor de una respiración lenta y regular: Urbano dormía sobre el jergón.

—Duerme—dijo Oliverio con irónica sonrisa. — ¡Duerme, y dice que te ha amado! ¡Oh, María!

De nuevo volvió á su cuarto; ¡estaba tan rendido! Le dolía tanto la cabeza y le ardía tanto la frente, que otra vez acarició la esperanza de dormir un poco. Después de apagar la luz entreabrió las cortinas de la cama y se dejó caer vestido.

Pero á los dos minutos un vago perfume empezó á trastornarle y sintió que su corazón, tranquilo desde hacía algunos instantes, volvía á temblar. Era el perfume de los cabellos de María, de cuyo aroma habían quedado saturadas las almohadas del lecho en que durmió su querida.

V

—No puedo permanecer aquí— se dijo Oliverio.
Y saltando de la cama se envolvió en una

capa y bajó apresuradamente á la calle. Sin saber por dónde, anduvo al azar. Se sentaba en los guardaruedas, contaba los faroles de gas y hacía bolas de nieve, que lanzaba contra las paredes.

Después de esas fuertes crisis, las más ligeras distracciones bastan á veces para desviar el pensamiento de la idea que alimenta al dolor, y para conceder por breves instantes una tregua, durante la que todo el sér se sumerge, por decirlo así, en un baño de insensibilidad. No es la ausencia del dolor, es el sueño, pero sueño intranquilo, que huye en cuanto el menor incidente roza el espíritu adormecido, y vuelve á ponerle frente á frente con la imagen del tormento. Entonces todo está terminado. El espíritu despierto va á despertar al corazón, y el sufrimiento renace más activo y más agudo.

Oliverio se encontraba, pues, en ese estado de casi idiotismo que sigue á las prostraciones. Había llegado á aislarse de sí mismo, y después de andar una hora fué á parar al mercado: daban las tres de la mañana en la iglesia de San Eustaquio.

En el momento en que se detenía en la plaza de los Inocentes, examinando la fuente de Jean Goujen, que la nieve amontonada había revestido de blanco, llamó su atención un fuerte ruido de voces que se producía cerca de él. Volvió la cabeza y vió á dos pasos un grupo, del que partían gritos y risas; entonces se aproximó: la causa de todo

el escándalo era un incidente de lo más vulgar: un perrazo de caza, negro, con las patas blancas, acababa de acometer á un enorme gato perteneciente á una vendedora que tenía el puesto á poca distancia. El objeto de la pelea era un trozo de carne averiada. Al oír los maullidos del felino, la vendedora había acudido en su auxilio, emprendiéndola á escobazo limpio sobre el perro, que no quería soltar su presa.

—¡Pillo! ¡ladrón! ¡asesino!, ¡serás siempre el mismo!—gritaba la vendedora haciendo caer una granizada de golpes sobre el perro, que hacía el mismo caso que si le acariciaran con plumas de avestruz.

—¿Qué sucede allí?—dijo una voz fuera del grupo que miraba la lucha. Al oír esta voz, Oliverio, que examinaba el perro como si hubiera creído poder reconocerle, levantó los ojos para mirar al que hablaba.

—Es otra vez su maldito perro, que quiere hacer daño á mi pobre cordero—dijo la vendedora.

—¡Eh, aquí, Diana! ¡aquí enseguida!—exclamó el joven.

Al oír que le llamaba su dueño, el perro soltó su presa y recibió otro escobazo de la vendedora, quien le lanzó su último insulto.

—No me equivoco—murmuró para sí Oliverio, mirando más cuidadosamente al dueño del perro,—es Lázaro. Y acercándose al joven en el momento en que iba á retirarse, le tocó en la espalda.

—¡Oliverio!—dijo Lázaro volviéndose y sonrojándose mucho.—¡Usted por aquí, de noche, con este tiempo tan desagradable!—prosiguió con acento turbado.—¡Qué rara casualidad! ¿Hacia mucho rato que me había visto usted por aquí?—terminó con cierta inquietud.

—Ahora mismo—contestó éste.—Pero, y usted también, ¿cómo le encuentro por aquí á estas horas?

—¡Oh! yo—contestó Lázaro, que pareció tranquilizarse,—estoy por curiosidad. Ya sabe usted, mi cuadro de Sansón, de que le he hablado alguna vez, lo termino para el próximo salón, y he pensado que entre los hombres que trabajan aquí por la mañana, entre los fuertes, hallaría el tipo que me conviene para modelo.

¡De modo que está usted de aventuras!

Y al oír el ruido de los escudos que vibraban en los bolsillos de su interlocutor, Lázaro añadió riendo:

—¡Diablos!... tiene usted lluvia... para las Dánaes. Pues sí—dijo,—creía que tenía usted amistad con una joven, de la que Urbano nos había referido...

Cuando Lázaro decía estas palabras, una vendedora de pescado que preparaba su puesto, miraba á Oliverio con admiración.

—Mira, fijate—dijo á una vecina señalando á Oliverio,—mira qué hermoso querubín, María.

—¡Oh, qué lindo!—contestó la interpelada levantando su farol.

En todo este diálogo, de que él era objeto, sólo escuchó una palabra: «¡María!» y este nombre, lanzado al aire en el preciso momento en que Lázaro le hablaba de su querida, le hizo volver á la realidad.

—¿Y qué?—dijo Lázaro viendo que se estremecía—¿qué tiene usted?

—¡Está helado, pobre mozo,—dijo la vendedora de pescado.—¡Eh! ¡Perilla!—añadió dirigiéndose á Lázaro, al que quería designar,—traete por acá á tu amigo. Su madre debe estar loca, al dejarlo correr así por la noche; dá lástima... ea, traélo, Perilla...

María, dale un poco de caldo, eso le reanimará. ¡Pobre mozo! ¡tiene el rostro de cera! ¡María, calienta una taza!

—¡Ah!—murmuraba Oliverio,— ¡María! ¿está, pues, por aquí? Lázaro, amigo mío, se lo ruego, déjame usted que la busque: acaban de llamarla, la encontraré... Déjame usted.

—Vamos—murmuró Lázaro,—ya lo comprendo, buena la he hecho, le he tocado en la llaga...

¿Qué, vienen ustedes?—gritó la vendedora con una taza de caldo caliente.

—Gracias, amiga—dijo Lázaro llevándose á Oliverio.—Necesita otra cosa.

—Se lo daba de corazón: hace mal si es orgulloso, ¿verdad, María?

—Ya lo creo,—contestó la vecina,—y que

es un caldo como el rey no lo bebería mejor!

Cinco minutos después, Oliverio estaba sentado delante de Lázaro, en un reservado de un cafetín. Entre los dos había, sobre la mesa, una botella medio llena de aguardiente.

—Veamos—dijo Lázaro:—cuénteme usted sus penas.

Decir á un enamorado que cuente sus penas es lo mismo que decir á un autor que lea sus tragedias.

Oliverio explicó á Lázaro toda la historia de sus amores. Cuando llegó á la traición de Urbano, Lázaro dió con el puño en la mesa, é hizo una mueca de asco.

—¡Siempre el mismo!—murmuró.

Al fin de la historia, la botella estaba vacía, y Oliverio, embriagado, recitaba trozos de versos que había compuesto en otros tiempos.

En aquel momento tres ó cuatro *descargadores* entraron en la habitación, y dieron la mano á Lázaro.

—Toma, Perilla,—dijo uno de ellos.—Ahí tienes tu salario, que me encargaste que recogiera; y sacándose una bolsa de cuero, mostró cuatro piezas de á cinco francos, que entregó al pintor.

Lázaro, robusto muchacho, de compleción hercúlea, se había hecho *descargador* con el objeto de ganar algún dinero para procurar á los miembros de una socie-

dad de artistas de que formaba parte, la sociedad de «Los Bebedores de agua», los medios de trabajar para la próxima exposición. Lo que había, que como no tenía medalla, trabajaba de sustituto cuando alguno de los fuertes estaba enfermo. Le llamaban Perilla por un mechón de pelo rojo que le cubría la punta de la barba. Oliverio le había encontrado varias veces en el taller de su amigo Urbano, al que no habían querido admitir nunca la sociedad que Lázaro le proponía.

A las seis de la mañana, Lázaro hizo subir á Oliverio en un coche y le llevó á la casa de Urbano, cuya dirección había sabido indicarle el poeta en medio de su embriaguez.

Entrando de nuevo en el cuarto á que Lázaro le había acompañado, pues no podía él sostenerse por sí solo, Oliverio, embrutecido por la embriaguez, cayó sobre la cama como una masa inerte y quedóse profundamente durmido.

—¡Dios mío!—murmuró Lázaro corriendo las cortinas,—yo también tuve á mi María, y mi corazón, por petrificado que esté, conserva aún las huellas de los clavos que le crucificaron... ¡Ea, ea!—añadió encogiéndose de hombros—todo esto es historia antigua de unos tiempos hermosos que pasaron.

Y después de esta oración filosófica á su juventud muerta, Lázaro salió de la ha-

bitación. Viendo la llave en la puerta del cuarto de Urbano, entró.

—¿Qué te hace venir tan temprano?—dijo el pintor medio dormido al ver á Lázaro.—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—No—dijo secamente Lázaro,—los malos tiempos no se han vuelto mejores, ni tú tampoco. Y sin dejar á Urbano tiempo para interrumpirle, añadió:

Sé tu historia con Oliverio y con María, y no me extraña; por tu parte tienes una triste naturaleza y eres incorregible.

—¿Quién te ha dicho...?—dijo Urbano.

—Oliverio, ó mejor, su embriaguez—contestó Lázaro, y relató á Urbano cómo se había encontrado con Oliverio aquella madrugada. Tratando Urbano de justificarse por su aventura con María, Lázaro le cerró la boca con esta brusca salida:

—Querido mío—no soy puritano, ¿eh? No moriré de una indigestión de virtud. Pero hay cosas que sublevan el corazón. Aunque no me interesen personalmente, hay acciones que me indignan hasta la cólera y me dan gana de lavarme las manos, si han tocado la mano del que las ha realizado. Tu caso se cuenta entre estos.

—Pero al menos deja que me justifique, no sabes cómo han sucedido las cosas.

—Sí, te abonaba la excusa de una pasión verdadera; habría podido, hasta cierto punto, comprender que en un momento de olvido, de exaltación, hubieras probado á robar á

María de los brazos de Oliverio. Pero qui-társela en tu casa abusando de la hospitalidad que le dabas, hospitalidad que le habías ofrecido para satisfacer un capricho de mala índole, esa acción no tiene disculpa. Eso se llama cobardía entre las personas honradas. ¿Quieres mi parecer? Si me hubieses hecho esto á mí, y con mi querida, te habría roto la cabeza con lo primero que hubiera tenido á mano. Ahora, que no me extraña que Oliverio lo haya tomado tan mansamente: su naturaleza pertenece á la de los débiles y pacíficos, que no tienen odio, ni cólera, ni ningún sentimiento viril de resistencia á la opresión; que son elegías, no hombres...

Cuando le encontré esta madrugada me dió lástima verle, lloraba como un niño. He cauterizado su desesperación con la embriaguez. Ahora duerme, pero cuando despierte será peor que antes. He venido para avisarte y decirte que le vigiles. Temo que haga alguna locura.

—Ya probó á hacerla; pero no le salió como él se proponía.

—Lo ignoraba—repuso Lázaro.—No se salió con la suya, ¡tanto peor! Si la muerte no quiso de él, prueba es que la desgracia le tiene señalado algo mayor. Muy pronto estará maduro, ¡pobre muchacho!

—María también probó de suicidarse—dijo Urbano, á quien conmovía, á pesar suyo, el rudo acento de Lázaro;—pero tampoco logró morir.

—¿Qué habrías hecho entre estas dos tumbas?—preguntó Lázaro, mirando fijamente en los ojos de Urbano.

—¡Quién sabe!—contestó éste.—Quizá habría puesto la mía.

—Esto es una frase de melodrama—dijo Lázaro con ironía.—Tu mala naturaleza no tiene siquiera la franqueza, que es la virtud de ciertos vicios. Me parece que no te privaría un remordimiento el digerir la vida. No me vengas con esas, ¿oyes? Entre estas dos tumbas de dos seres muertos por tu causa, habrías hecho la cama para nuevos amores. Enhorabuena, dime esto y te creeré. Ahora buenos días, no tengo nada más que decirte. Y Lázaro se alejó, sin estrechar la mano que le tendía Urbano.

—¡Bah!—pensó éste cuando estuvo solo.—¡Siempre será el mismo este tío!
Y volvió tranquilamente á dormirse hasta las dos de la tarde.

Oliverio durmió casi todo el día. En los primeros instantes no supo darse cuenta de lo que había ocurrido. Sin embargo, los recuerdos llegaban poco á poco; recordó su terrible noche de angustias, su encuentro con Lázaro, y el medio de que se valió éste para hacerle olvidar; entonces se levantó, con la cabeza amodorrada aún, y fué á buscar á Urbano.

—¿Dónde vas?—le preguntó.

—Son las seis, el *angelus* del apetito. Voy á comer—contestó el pintor.

—¿Dónde?

—Por aquí, á la derecha, á la izquierda, te lo diré cuando vuelva. Y á propósito, ¿has visto á Lázaro?

—Sí, efectivamente, le he encontrado esta noche en el mercado.

—¿Qué hacías por ahí esta noche?

—No lo sé, he salido porque me sentía enfermo, no podía dormir en ese cuarto, ¿lo comprendes?...

Pensaba...

—Sí, lo comprendo—replicó Urbano.—Por esta razón vuelvo á decirte que precisa que dejemos de vernos, para tu descanso y el mío. Tenemos que olvidar los dos y no adelantaremos nada si seguimos viviendo juntos. De modo que separémonos desde ahora...

—¿Pero dónde quieres que vaya?—repuso Oliverio animándose.

—María ha vivido conmigo toda una semana en este mismo cuarto. Si permaneces aquí el recuerdo de otra aventura será tu eterno tormento.

—Ya lo sé—replicó Oliverio,—pero no importa, quiero quedarme en esta habitación llena de recuerdos. Prefiero esta á cualquiera otra, cuyas paredes nada me dirían y no me comprenderían cuando las hablase de ella! Si este cuarto te molesta, no vengas á verme, poco te costará. ¡Oh! sí, el aislamiento, la soledad, me volverían loco, y la locura es el olvido. Ha sido tu querida, es cierto,

pero cuando lo fué había perdido la cabeza. Su corazón estaba adormecido cuando me engañó: acuérdate de lo que escribía: «No he tenido tiempo de amarle porque no había tenido tiempo de olvidar á Oliverio...» ¡y luego quiso morir por mí!... ¿Qué me importa su infidelidad? Ha sido ocho días tu querida; pero antes, durante los dieciocho meses que yo la he amado, no dejaba de ser la esposa de su marido. ¿Ve usted? los celos no sirven para nada cuando no matan el amor; y lo más frecuente es que causen una herida incurable. ¡Ah! ¡mi pobre María!... No, Urbano, no dejaré esta habitación, no me iré.

A pesar del egoismo que le dominaba, Urbano se sintió conmovido un instante por la explosión de esta pasión exaltada.

—Pero—dijo apretando con las suyas las manos de Oliverio—es absurdo que te quedes aquí: reflexiona una vez más que así perpetúas tu dolor.

—Es que no quiero olvidar, ¿comprendes? —exclamó Oliverio.—Esque quiero recordarla siempre, toda mi vida...

—En este caso, si decides quedarte, seré yo quien se aleje—dijo Urbano.

—¿Y por qué tal conducta, Urbano?

—Porque la imponen las circunstancias: Esta cuestión tan desagradable hará que se hable de mí durante seis meses. Lázaro y sus amigos no me tienen mucha voluntad. Creo que están algo celosos de mi suerte.

Lázaro me ha echado un buen sermón esta mañana. Si te quedas conmigo, como saben que tienes algo de dinero, dirán que te exploto después de engañarte. No quiero que esto suceda, ya estoy cansado de estas amistades. Además, que aun contra tu voluntad, acabarías por pensar lo mismo que ellos.

—Les diré que se engañan—repuso Oliverio asustado ante la idea de que Urbano le abandonara,—no te vayas. ¿Qué te importa quedarte? No te guardo rencor—prosiguió cogiéndole las manos.—Quédate, hablaremos de María, te contaré todo lo que me decía. No he podido decirte todo aun, porque, créeme, me quería mucho.

¡Ah! seré muy desgraciado si te separas de mí. ¡No tenía en el mundo más que á ella y á tí!

—Está bien—dijo Urbano.—Puesto que te empeñas, me quedaré.

—¡Oh! ¡gracias Urbano!... y juntos se fueron á comer.

VI

Llegaron á un restaurant del barrio Latino, donde se hicieron servir una copiosa comida con abundancia de vinos. Oliverio, que apenas había tomado nada desde hacía tres días, comió, no como un amante desesperado, sino como un faquin puesto á dieta. En cuanto á Urbano, que generalmente tenía

siempre el hambre de un fraile al acabar la Cuaresma, comió hasta el punto demeracer los elogios del ogro más hambriento. Lanzó, sin embargo, un grito terrible, cuando les presentaron la cuenta, que ascendía á más de quince francos, y comprobó varias veces la suma, no pudiendo llegar á convencerse de que tan enorme cantidad era importe de una sola comida.

Los dos amigos dejaron la mesa en un estado que demostraba que habían levantado el codo más de lo regular.

Cuando salieron á la calle, á pesar de que estaba bien envuelto en su capa, Oliverio se quejó de frío, y Urbano le sintió, en efecto, temblar bajo su brazo, y á veces le oía castañetear los dientes.

—¿Estás enfermo?—preguntó el pintor.

—Sería conveniente que regresáramos á casa.

—No, no—dijo Oliverio.—Desearía que me acompañases.

—¿A dónde?

—¡Oh, es un poco lejos! Pero hace buen tiempo y nos servirá de paseo.

—Vamos donde quieras. Y se dejó guiar por el poeta, que le llevó hasta la barrera de la Estrella.

—¿Pero—preguntó Urbano muy extrañado cuando hubieron llegado al extremo de los Campos Elíseos—¿dónde diablos me haces ir, á casa de quién me llevas, tan lejos, en el campo?

—Verás, pronto llegaremos, ya no está

muy lejos—murmuraba Oliverio tiritando cada vez más.

En este momento habían dejado tras sí el Arco de Triunfo y entraban en la Avenida de Saint-Cloud, que se dirige al Bosque de Boulogne. La nieve helada crugía bajo sus pies y soplaban un viento glacial en aquellos parajes desiertos y desprovistos de casas.

—Oye—dijo Urbano algo intranquilo,—por última vez: ¿á dónde vamos? Nos atracarán quizá por aquí; ¿á qué casa me llevas? No veo ninguna. Y el pintor se detuvo dispuesto á no seguir adelante.

Estaban en una especie de círculo, en el que se cruzaban la Avenida de Saint-Cloud, las de Passy, de Chaillot y dos ó tres caminos más. En el centro de este círculo hay una fuentecita rodeada de una verja circular de madera, y en frente una casa sin estilo de arquitectura, medio Renacimiento y medio gótico.

—¿Qué, es aquí donde venimos?—dijo Urbano enseñando la casa, que estaba iluminada de lleno por la luna.—¿Quién puede vivir en esta casita? No le hace: entremos, tengo prisa por ver fuego, me parece que estoy nadando en la Berégina.

—No conozco á nadie de esta casa—dijo tranquilamente Oliverio.

—Pues entonces—replicó Urbano impaciente—volvámonos, no sigamos.

—Es nutil—dijo Oliverio,—hemos llegado ya.

—Llegado, ¿á dónde?

—A la fuente—dijo el poeta,—ahora la oirás cantar.

—¡Qué diablos!—exclamó Urbano.—¿Te burlas de mí? ¿Hacerme andar dos leguas, á las diez de la noche, para enseñarme una fuente helada, con peligro de nuestra seguridad?

—Aquí venía yo con María las noches de verano—repuso Oliverio.

Y extendiendo la mano hacia un espacio inmenso, añadió:

—¡He aquí los campos y los árboles! ¿Ves? —dijo á Urbano,—he visto desde aquí puestas de sol espléndidas. El sol era de fuego; detrás del Calvario parecía una copia de Marilhat. Ibamos á menudo hasta el Bosque de Boulogne, por este camino bordeado de flores silvestres. También había acacias blancas; el camino estaba alfombrado de flores caídas de los árboles: era verano entonces, ahora es nieve lo que blanquea el suelo. ¡Pobre llanura! ¡Estaba tan alegre en Agosto último! ... Ya ves que no hace mucho tiempo; era un domingo, un día de fiesta; echado en la fresca hierba, cerca de estos álamos, escuchábamos el *rip-rip* de los grillos, y á lo lejos vibraban los tambores y la música de la fiesta; la fuente rimaba sus rientes canciones y un hálito corría en el aire como perfume de incienso...

María llegó por este camino. La vi aproximarse de lejos: traía un traje blanco y som-

brilla azul; su velo flotaba con alegres ondulaciones sobre su frente y sus cabellos rizados besuqueaban también su rostro. Estuvimos juntos hasta el anochecer. ¡Ah, qué hermoso día! ¡Era muy feliz entonces! ¿Por qué la he perdido?—acabó diciendo Oliverio, que narrando sus recuerdos se había olvidado de Urbano.

—No—repuso en seguida,—no te enfades, no hablemos más de estas cosas... No quiero evocar más las dulzuras del pasado. He querido volver á ver este sitio por última vez; ahora lo encuentro muy triste; esta blancura me horroriza, los grillos han muerto y la fuente está helada. Pero no importa, estoy contento por haber venido... Volvamos ahora, si quieres.

—¡Si quieres!... está bien—pensó Urbano, que no tuvo, empero, valor para bromear en voz alta.

Regresaron muy tarde. El temblor de Oliverio había crecido mucho. Urbano encendió un buen fuego en la chimenea, y como su amigo no lograba reaccionarse, el pintor le propuso que tomara un poco de tisana caliente.

—¡Ah, sí!—dijo Oliverio—sí quiero. Házmela pronto. De este modo dormiré esta noche—añadió mientras Urbano buscaba el aguardiente.

Según sus esperanzas, Oliverio durmió aquella noche. Pero al día siguiente se despertaba con un ataque cerebral. Asustado

Urbano fué á casa del padre de Oliverio, quien se limitó á darle la dirección de su médico. Urbano fué corriendo en su busca, y le informó del peligro inminente de su amigo. El doctor puso mala cara, hizo una receta, recomendó grandes cuidados, y fué á informar al padre de Oliverio de la gravedad de su hijo.

—Iré — dijo el padre al médico, — iré á verle.

Se dispuso, efectivamente, así, pero á mitad del camino regresó á su casa y envió á su criada que se informara de la enfermedad de Oliverio.

—M. Oliverio está muy mal, señor — dijo la criada. Le han tenido que sugetar en la cama; está mordiendo continuamente un puñado de cabellos, y no cesa de gritar: «¡María, María!»...

—¡Oh! — dijo el padre. — María es el nombre de esa mujer. Mal de amor... no es mortal. ¿Quién le cuida?

—Uno de sus amigos, el que vino aquí. Está muy intranquilo...

Ocho días después Oliverio no estaba mejor. Urbano fué a encontrar otra vez al padre, y le pidió dinero. Dióle algunos recursos, pero de muy mala gana. El pintor dijo entonces: —El médico no responde de vuestro hijo. En caso de desgracia, ¿quiere usted que le avise para el entierro?

—Sin duda alguna — contestó tranquilamente el padre.

Lázaro y los otros artistas, al saber la enfermedad de Oliverio se apresuraron á auxiliarle y establecieron un turno para velarle día y noche. Urbano estaba desesperado. Había contado al médico la historia de Oliverio y de María y el papel que él mismo había representado en ella, y la extraordinaria desesperación que había acometido á su amigo al verse separado de su querida.

—En cuanto esté algo mejor — dijo el médico — será preciso trasladarle de esta habitación y alejarle de todo lo que se relacione con esa mujer.

Pasados diez días el dolor se hizo menos frecuente y trasportaron al enfermo á la habitación de Lázaro, que estaba cerca de la de Urbano. Los «bebedores de agua» revolviéron toda su habitación por dejar un cuarto desocupado para él. Finalmente, el médico empezó á dar esperanzas. Siguiendo los consejos de Lázaro, Urbano había dejado de ver á Oliverio desde el momento en que éste empezó á recobrar el conocimiento. Cuando Oliverio, fuera ya de peligro, preguntó por él, Lázaro contestó que Urbano estaba de viaje. Sin embargo, el recuerdo de María empezaba á renacer de nuevo en su corazón; pero este recuerdo no era ya ni el dolor ni la desesperación; era la melancolía, musa soñadora y cariñosa. La convalecencia de Oliverio, adelantada por los delicados cuidados de sus amigos, fué rodeada de todas las distracciones que podían alejar á su cora-

zón de una recaída. Por fin llegó el día en que pudo salir de su casa por vez primera. Era al principio del mes de Mayo; Lázaro y Valentín acompañaron á Oliverio al jardín del Luxembourg. Coros de pájaros en los árboles verdes de hojas frescas, recitaban el prólogo de la nueva estación, de la que era la primera sonrisa aquel hermoso día.

Cerca del banco que ocupaban los jóvenes sentóse una pareja amorosa asidos del brazo y riendo fuerte. Sus carcajadas hicieron volver la cabeza á Oliverio. Antes de que Lázaro y Valentín hubieran podido observarles, el poeta se levantó dirigiéndose á Urbano.

—¡Oliverio!—exclamó Urbano al reconocer á su antiguo amigo. Y al observar un signo que le hizo Lázaro, añadió: Llegué ayer de viaje, quería ir á verte, pero ya tenía noticias tuyas.

La compañera de Urbano se había separado un poco.

—¿Y María?—preguntó Oliverio, cuyo corazón había temblado al encontrar á su amigo del brazo de una mujer.

—No sé—dijo Urbano,—he estado fuera de París. Por otra parte, no me he preocupado por ella. Yo olvidé muy pronto. Ahí tienes la prueba—añadió Urbano señalando con el dedo á la joven que le acompañaba.

—¡Oh!—dijo Oliverio con un destello en la mirada que revelaba su gozo interior,—estaba seguro de que no la amabas.

—Esta también se llama María—prosiguió Urbano irdicando á su nueva querida,—y la quiero mucho desde ayer. ¡María ha muerto! ¡viva María!

—Ya iré á veros—dijo Oliverio separándose de Urbano.

Este encuentro le dejó tranquilo y volvió á su casa casi alegre. Al día siguiente, acompañado de Lázaro, Oliverio fué á ver á su padre y á pedirle el dinero que le correspondía. Su padre estaba fuera y le recibió la criada.

—¡Ah, señor!—díjole—estoy contentísima de ver á usted. He aquí una carta para usted. La trajo una señora cuando no estaba su padre. Estaba muy ofendido con ella y me amenazó con despedirme si le decía la dirección de usted.

Oliverio abrió la carta. Era de María.

«Desde hace quince días que estoy libre—decía—he escrito á usted tres veces y no me ha contestado. ¡Ha creído usted, como muchos otros, sin duda, al ver que me detenían, que era culpable! Y, sin embargo, sólo querían que diera unos informes sobre mi marido. Nada sabía, nada pude decir. Como era de suponer, he recobrado mi libertad. Hace dieciséis días que le espero. Usted no me ha perdonado quizá. Esperaré dos días más en mi antigua habitación. Si no viene usted me iré de París. Estoy decidida á ello, he vendido ya mis muebles. Quisiera solo despedirme de usted, y luego quedaría

usted libre. Juro á usted que no he vuelto á ver á Urbano y que nunca le he querido. Le he esperado á usted muchas noches, hasta muy tarde, delante de la casa de su padre, con la esperanza de que le vería llegar... Pero usted no ha llegado nunca. Es la última vez que le escribo. Hasta la vista, ó ¡adiós para siempre!»

—¿Cuándo le han entregado esta carta?—preguntó Oliverio á la criada.

—Hace cinco ó seis días.

—¡Es ya demasiado tarde!—exclamó Oliverio.—¡Oh, padre mío!

Sin embargo, se empeñó en que Lázaro le acompañara á la antigua habitación de María.

—La señora Duchampy se ha marchado hace cuatro días—dijo el portero.

—¡Más vale así!—murmuró Lázaro llevándose á Oliverio.

—¡Cuando menos Urbano no ha vuelto á verla!—pensó Oliverio, cuyo amor empezaba á transformarse en poesía.

LA ÚLTIMA CITA

usted libre. Juro á usted que no he vuelto á ver á Urbano y que nunca le he querido. Le he esperado á usted muchas noches, hasta muy tarde, delante de la casa de su padre, con la esperanza de que le vería llegar... Pero usted no ha llegado nunca. Es la última vez que le escribo. Hasta la vista, ó ¡adiós para siempre!»

—¿Cuándo le han entregado esta carta?— preguntó Oliverio á la criada.

—Hace cinco ó seis días.

—¡Es ya demasiado tarde!—exclamó Oliverio.—¡Oh, padre mío!

Sin embargo, se empeñó en que Lázaro le acompañara á la antigua habitación de María.

—La señora Duchampy se ha marchado hace cuatro días—dijo el portero.

—¡Más vale así!—murmuró Lázaro llevándose á Oliverio.

—¡Cuando menos Urbano no ha vuelto á verla!—pensó Oliverio, cuyo amor empezaba á transformarse en poesía.

LA ÚLTIMA CITA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA ULTIMA CITA

I

Hacia mitad del otoño, en una de esas apacibles tardes del mes de Septiembre, en que el cielo brilla con la serenidad peculiar de los últimos días del año, un joven como de treinta años, bajaba en la estación de Sevres del tren que se dirige á Versailles, y se encaminaba hacia la Ville-d'Avray. Le acompañaba una joven, en cuyo vestido de mañana se adivinaba á la mujer elegante de París.

Con un movimiento de ansiedad que revelaba un sentimiento de curiosidad largo tiempo contenida, el joven se inclinaba hacia ella y la miraba con expresivo silencio. Ella se estremecía contemplándole de cerca; un matiz de ansiedad asomaba á su rostro y desaparecía en seguida, borrándose con una sonrisa las huellas de la emoción pasajera que no sabía dominar. Casi de la misma edad que su compañero, la joven no era hermosa, pero sus facciones irregulares estaban llenas de simpatía, y sus ojos azules, de los que

brotaba un brillo altanero y tierno, derramaban sobre su rostro un encanto vago lleno de indefinibles seducciones: parecía pertenecer á esa serie de mujeres cuyo roce no suele inspirar caprichos, pero sí pasiones profundas. Dos ó tres arrugas imperceptibles cruzaban su frente, en la que resaltaba con fuerza el brillo mate de su cabello negro y luciente. Desde hacía algunos momentos, se unía á esta palidez un ligero sonrojamiento que daba á su cara una animación encantadora.

Al cabo de veinte minutos habían llegado al extremo del pueblecito de Ville-d'Avray, y penetraban en el modesto restaurant. El joven pidió que les arreglaran una merienda. Los dueños de aquel parador, acostumbrados á recibir pasajeros de la ciudad, les ofrecieron un cuarto, pero ellos, con un movimiento simultáneo, contestaron sonriendo que preferían quedarse en el jardín y que les sirvieran al aire libre.

Pocos momentos después se acomodaban en una mesa rústica. Les habían servido bajo una glorieta de enredaderas, con vistas á los lagos de Ville-d'Avray, cuyas aguas reflejaban las colinas cubiertas de bosques. Grupos de niños jugaban á orillas del lago. Unos intentaban sacar á flote una barquilla sumergida al borde, otros jugaban con cañas de pescar, olvidadas por algún pescador; luchaban por ver cuál de ellos sería el primero en tirar el anzuelo, y por un pececillo que

se dejara coger, lanzaban gritos hasta cansar los ecos. Uníase á este griterío infantil el ruido del lavadero inmediato, en que la crónica del pueblecito hacíasus chismes diarios. Todo aquel encantador paisaje, expuesto en un cuadro luminoso, las figuras rústicas y los ruidos familiares que le animaban, fué para los enamorados que acababan de sentarse bajo los pámpanos salvajes, un espectáculo cuya contemplación arrancó á un tiempo en sus corazones una misma emoción, un mismo pensamiento. Estaban abortos ante aquel delicioso panorama cuando una criada les sirvió la merienda.

A decir verdad, era una comida muy frugal, improvisada en una cocina cuyos fogones no ardían ordinariamente más que los domingos. Pero el joven se puso á comer sin cumplidos, aconsejando á su compañera que le imitase, á lo que accedió ésta sin hacerse de rogar, comiendo con fruición el pan moreno y bebiendo el vinillo del país que llenaba su vaso. Durante la comida apenas cruzaron dos palabras. Sin embargo, en su mismo silencio y en la actitud comedida que observaban el uno para el otro, sentíase palpitar el deseo de ambos por romper este silencio, y sus menores gestos revelaban su preocupación. Llegó un instante en el que, habiéndose involuntariamente encontrado sus pies, percibió ella la repentina vibración de aquel ligero contacto, y, un momento después, se ex-

tremeció como por la influencia de una corriente eléctrica.

De pronto, el joven dijo riendo á su compañera:

—Hará cosa de un mes pasé aquí una tarde deliciosa.

—¿Solo?—preguntó ella.

—No, con varios amigos. Eramos cuatro ó cinco compañeros de carrera, que durante largo tiempo hemos seguido el mismo derrotero, ligados fuertemente por igual solidaridad de esperanzas, hasta que las exigencias del destino nos separaron por espacio de algunos años.

El domingo á que me refiero, habiéndonos reunido todos con motivo de una solemnidad artística, vinimos á estas afueras á pasar el resto del día, y, como decía á usted, comimos en esta misma mesa y lo hicimos perfectamente, todos reunidos y de tan buen humor como en los tiempos de nuestra primera juventud.

Nada hace ser tan expansivo como estos vinillos nacidos en los viñedos modestos—añadió el joven señalando su vaso medio vacío.—La conversación se hizo pronto entre nosotros más animada, más familiar y más franca; de modo que, poco á poco, todos los aquí reunidos estábamos á un mismo grado de reposo; en todas las caras se veía la misma cordialidad indulgente, todos los espíritus estaban igualmente dispuestos á olvidar los pequeños piques que hubieran po-

dido enfriar nuestra antigua amistad, y todos los corazones, al unísono, murmuraban interiormente la vieja canción de la dicha.

Entonces volvimos al pasado, á aquel pasado del que nos separaban ya doce ó quince almanaques amarillentos. A la primera llamada los recuerdos se despertaron en masa: ¿Te acuerdas? eran las primeras palabras con que empezaban todas las frases, la palabra mágica que volaba de boca en boca, haciendo sonreír ó poner serias las caras. En medio del entusiasmo que se había apoderado de nosotros, pasaban uno tras otro nuestros días de antaño. Yo soy—decía éste—el alegre domingo de las bellas estaciones, verde en Abril, amarillo en Septiembre. Yo soy—decía otro—quien os llevaba á los ventorrillos, donde se doblan los talles finos y se mueven los pies ligeros; ¿os acordáis? Y luego llegaban nuestros días de prueba, de paciencia y de valor, que nos repetían á cada uno: Somos la desgracia sin odio y la obscuridad sin aurora. Somos el pan ganado duramente, la pobreza alegre, indiferente y libre, el miserable ochavo de las bolsas pequeñas, de la que nuestra industriiosidad sabía hacer una fortuna. Somos la pereza y los ensueños de las noches de verano. Somos el trabajo y la ruda labor de las noches de invierno, alrededor de la chimenea sin fuego. Somos las páginas más bellas de nuestra vida. ¿Os acordáis? ¿Te acuerdas? A esa llamada del pasado se mezclaban la risa expan-

siva, la exclamación alegre, la frase ingeniosa sin mala intención, y á veces también la nota enternecida, ciertas palabras dichas de tal modo, con tal gesto ó cual acento, que se vacila en decir, que no se sabe si callarlas, y, que sin embargo, se dicen; de esas palabras que aun en los más fuertes en paradojas, en quienes el espíritu se ha cambiado en veneno, no pueden ocultarse sin verter una lágrima, que simula un recuerdo. ¡Ah! decíamos á cada aparición del pasado: ¡eran aquellos unos tiempos hermosos! ¡No teníamos nada, pero nos lo repartíamos todo! ¡Todos nuestros placeres de hoy no valen una de las alegrías de entonces! Todas nuestras penas de entonces eran menores que una sola de las preocupaciones de hoy! Volvería gustoso á nuestra vida pasada—decía uno. Para un día, decía otro. ¡No, no es bastante, ¡para todo un mes! ¡Ah! ¡sería demasiado largo!—contestábamos todos.

Luego, de pronto, la conversación se hacía triste: no estaban ocupados todos los sitios de este banquete improvisado, y aquellos cuyos nombres pronunciamos habían partido para siempre. Entonces, como los soldados después de una batalla, contamos los muertos. Este había muerto en la plenitud de sus veinte años: había bruscamente dejado la vida, como quien muda del sitio en que estaba, sin quejarse de ella; aquel se había despertado un día sobre una cama de los pobres, entre las oraciones de un ángel

á quien llamaban «hermana» y de un cura ya anciano, que le llamaba «hijo mío», poniéndole una cruz sobre los labios. Otro había sido herido, sudoroso aún del trabajo, é inclinado todavía sobre su obra á medio hacer. Cuando le cerraban los ojos, la Providencia, que la ingratitud de los hombres ha hecho despreocupada y lenta, le llevaba lo que tanto había pedido, el pan de cada día.

—Venís muy tarde,—había dicho el moribundo;—y mirando á sus amigos reunidos á su cabecera, añadió: Repartid mi parte á los que se quedan.

—¡Pobre amigo!—interrumpió la joven,—también usted ha padecido mucho.

—Mis amigos y yo tuvimos que resistir á duras pruebas, es verdad, pero atravesamos aquel tiempo sin que se levantara ni una voz entre nosotros para acusar al destino; sabíamos que la desesperación es una enfermedad contagiosa, y en los pasajes más penosos, si alguno se dejaba abatir, escondía su debilidad para que no se comunicara á los demás. La misma muerte, llevándose á los más queridos, no había podido hacer pronunciar el «sálvese quien pueda» á los que quedaban, y cuando nuestro dolor enlutado podía repetir como las trapenses «Hermanos, morir debemos», nuestra resignación activa volvía á la vida, repitiendo por el contrario: «Hermanos, debemos esperar».

—Sin embargo,—prosiguió el joven continuando su narración,—el triste homenaje que acabáramos de rendir á los que ya no existían, no fué más que un paréntesis que nos apresuramos todos á cerrar.

Los fantasmas de nuestros hermanos, evocados por un momento por nuestros recuerdos, desaparecieron pronto y tocamos al capítulo de nuestros amores; al pronunciarse el nombre de una mujer á quien yo he amado mucho, todas las miradas se volvieron alternativamente hacia mí y hacia uno de nuestros compañeros, cuya actitud turbada demostraba bastante la impresión viva y penosa que acababa de despertarse en él.

Creo que no precisará decir á usted el nombre del que había palidecido al mismo tiempo que yo al escuchar el vuestro.

—¡Oh, no es usted generoso, Oliverio!—exclamó bruscamente María.—Goza usted en hablar y castigarme cruelmente recordando la que le sería tan fácil olvidar.

—Una vez más, María, no dé usted á mis palabras un sentido que no tienen en modo alguno. En aquella traición, lo supe más tarde, fué usted menos cómplice que Urbano. Sufrí mucho, muchísimo, y si lloré como un niño, si quise morir, no fué únicamente porque mi primer amor y mi primera amistad habían sido engañados una y otro; fué también porque estaba usted perdida para mí, y porque mi amigo no me perdonaría nunca el tener que perdonarle yo.

—Pues bien—dijo Oliverio;—viendo todos la turbación que vuestro nombre había dibujado en mi rostro y en el de Urbano, comenzaron á hablar de otras cosas; por muy hábil que fuese el cambio de tema, la transición había sido demasiado brusca; y cada cual para sí pensaba en la protagonista de aquella novela entre Urbano y yo, de la que con nuestro silencio habíamos querido evitar que se hablase. Urbano se había puesto de pie, junto á este árbol, y hacía dibujos en la corteza con su cuchillo, para aparecer indiferente; yo estaba sentado en el sitio que usted ocupa, sin escuchar lo que se hablaba á mi alrededor, apoyada mi cabeza en una mano, y con la otra haciendo esfuerzos para comprimir los saltos de mi corazón, cuya primera herida acababa de abrirse repentinamente. Al ver nuestros amigos el voluntario aislamiento en que yacíamos, y adivinando el pensamiento secreto que asomaba á nuestro rostro, intentaron hacernos volver á la conversación general. Uno de ellos se levantó, dió la vuelta á la mesa, llenó todas las copas y propuso que se bebiese por nuestra reunión de aquel día y por otra no lejana.

—¡Por la memoria del pasado, por la dicha del porvenir!—dijo uno comenzando los brindis.

—¡Por el recuerdo de los días buenos y el olvido de los malos!—añadió otro.

Viéndonos precisados á hacer lo que los

demás, pues todas las miradas estaban fijas en nosotros, Urbano y yo cogimos nuestras copas; pero vacilábamos todavía, él deteniéndose quizá por su amor propio, y yo por una sinceridad á la que repugnaba hacer muestra públicamente de un sentimiento contra el que sentía renacer de improviso un antiguo rencor. No obstante, Urbano fué el primero en decidirse, y adelantándose acercó su copa á la mía:

—¡Por el olvido, Oliverio!—murmuró en tono que sólo yo pudiera oírle.—¡Por el recuerdo!—contésté de igual manera, chocando ligeramente su copa con la mía.

—Y ahora que hemos ahogado nuestros pesares—repuso uno de los amigos,—bebamos la última copa antes de separarnos.

Bebimos, pues, y emprendimos el camino de París. Pero, como ya he dicho á usted, nos habíamos entretenido mucho, y cuando llegamos á la estación había partido el último tren. Era, pues, preciso regresar á pie. Nos resignamos alegremente á ello. Sería ya media noche cuando entrábamos en el parque de Saint-Cloud por la puerta de Ville-d'Avray. Nos quedaban, pues, dos leguas de camino antes de llegar á París; ¡pero la noche era tan hermosa y el camino tan bello!—¡Usted lo conoce, María!—interrumpióse Oliverio mirando á su compañera, que inclinaba la cabeza.—Entré emocionado en aquel parque, pues no era la primera vez que lo atravesaba á aquella hora apacible.

Hace diez años que lo había visitado con usted; más tarde lo visité con otras. Durante las hermosas noches de verano, semejantes á la que trascurría entonces, me había paseado á menudo por aquellos caminos bordeados de hayas. Sí, María. Primero fué con una pobre muchacha que reposa hoy en el cementerio. Se llamaba Lucila, y parecía hacerle vivir la dicha de nuestro amor. Cuando murió, su recuerdo fué á juntarse con el de usted, que nunca me había abandonado, y los dos vivieron fraternalmente en mi alma. Luego, más tarde, en estos mismos paseos recorridos con usted y con Lucila, sobre este mismo césped que usted había pisado, andaba otra vez lentamente, llevando del brazo á mi pensativa Julieta, cuya boca decía siempre que sí á mis caricias de enamorado, y se extasiaba dulcemente viendo temblar entre las hojas el suave claro de luna de las citas de Romeo. Fué ésta, de todas mis amigas, la que me oyó más veces decirle que la amaba, menos para convencerla que para hacérmelo creer á mí mismo, y revestir con el nombre sagrado del amor un sentimiento que indudablemente no era más que la monstruosa unión de una costumbre egoísta y de un deseo carnal.

—¡Oh, amigo mío!—interrumpió María moviendo la cabeza,—por qué, pues, se extremece usted al hablar de aquella mujer, y por qué sus miradas, que vagan alrededor de usted, parecen llamar á su imagen? La ha

traído usted aquí no hace mucho tiempo. En este mismo sitio en que usted me ha hecho sentar, estuvo ella sentada, más cerca de usted que usted de mí. El tiempo era hermoso, el cielo azul, el aire suave. Estas hojas, que están ya amarillentas, eran verdes entonces; acaso era uno de aquellos días hermosos de primavera, que son la esperanza del buen tiempo, como este de hoy es el precursor del duelo. Vino usted con su amiga bajo este emparado, ¿verdad? No diga usted que no. Este sitio parece reconocerle á usted, no serle extrañas sus canciones al anochecer. En esta rama en que al llegar ha colgado usted mi chal, colgó usted aquel día el de su querida. Vino aquí con usted, no me lo niegue. Hace un momento, cuando bebía, sus labios parecían buscar en el borde del vaso la huella de los suyos. Hable usted, Oliverio, cada palabra de las que usted me oculta cae hecha lágrimas sobre mi corazón. ¡Oh, amigo mío! hable usted sin temor á herirme, sin ofender á su amor, sin crueldad por usted ni por la que fué su amiga. Amaba usted á aquella mujer, y no sólo por costumbre ó por deseo, como quiere usted asegurar inútilmente, no sólo á tal ó á cual hora, sino á todas horas y siempre, mientras estuvo usted con ella. Por mil cosas que ignoro, pero que adivino, por el sonido de su voz, por el color de su cabello, por la viveza ó la suavidad de su mirada, por ciertas palabras

que sabía decir de un modo especial que no habría sabido ninguna otra, la quiso usted, y mucho. ¡Oh, amigo mío! no diga usted que no, le delatan sus ojos. Su amargura está llena de ternura, y su nombre, cuando lo pronuncia, deja aún dulzura en sus labios. También ella le quiso á usted, créalo, tanto si lo niega como si lo confiesa.

Su corazón no era mudo, como usted decía; pero acaso usted no le escuchaba cuando le decía algo. Esté usted seguro de que le amó, quizá menos que usted á ella, bien puede ser, pero le amó, y acaso por el mismo daño que á usted le causaba.

—Pues bien, sea,—dijo Oliverio,—la he querido; pero no fué con este amor sano y saludable que alegra el corazón y dá felicidad al espíritu, que hace ser buenos á los que son malos, y mejores á los que ya son buenos. Fué uno de aquellos amores mal nacidos, que debía acabar mal; empezado á sangre fría, por casualidad, por coquetería de una parte y por aburrimiento de otra; continuado en una lucha perpetua entre la mentira y la sospecha; roto diez veces por hastío, reanudado otras tantas por miedo á la soledad; pasión triste, miserable é inútil, que corrompe el corazón, que le vacía, que le seca, que echa á perder el pasado, y el porvenir; amor funesto, que solo deja ruinas, entre las que, mas tarde, se buscaría en vano uno de aquellos dulces recuerdos que

son como las flores en medio de los escombros...

Si bien esta mujer—prosiguió Oliverio—fué la última que me acompañó á este sitio, no pensaba en ella cuando atravesábamos el parque de Saint Cloud. Desde el instante en que el nombre de usted había sido pronunciado en la comida, todos mis pensamientos habían sido acuñados con su efigie, y, lo mismo que en mi interior, todo lo que me rodeaba me hablaba de usted. Mis amigos iban delante, cantando á coro una antigua canción que en otros tiempos había sido para nosotros una especie de himno al trabajo. Andaba yo á alguna distancia detrás de ellos, contento de que me dejaran solo en mi aislamiento, lleno de recuerdos sugeridos por vuestra memoria. De pronto, sentí que me tocaban la espalda, y levantando la cabeza ví á Urbano á mi lado.

—Tengo que hablarte—me dijo,—tengo que confesarme, pero sigamos el paso aunque sea á cierta distancia de los amigos, no quiero que nos oigan.

—Me guardas aún rencor, me lo guardarás siempre, ¿verdad?—decía Urbano.—Lo he comprendido, cuando aquel imbécil nombró á María.

—¿Por qué—le dije—vienes ahora á recordarme este nombre?

—Porque este nombre nos recuerda á los dos un acontecimiento que nos hizo desgraciados.

—¡Yo solo, yo solo tuve la culpa!—exclamó vivamente Urbano.—Desde aquel tiempo—prosiguió—¿cuántos días han transcurrido, cuántos acontecimientos! ¡Nos han ocurrido tantas y tantas cosas! No creía que te acordaras todavía de sucesos que por mi parte había completamente olvidado. Me apercibí de que me equivocaba, hace un momento, cuando he visto tu rencor asomar á tus ojos. Por esta razón he querido hablarte. Escúchame, pues, precisa que esta cuestión se resuelva.

—¿Qué puedes decirme que no sepa desde hace tiempo? ¿Si podías justificarte, acaso no lo hubieras hecho hace diez años? Hace un rato, es verdad, una antigua herida se ha abierto en mi corazón: era la primera, y costó mucho curarla. Tenía ante mis ojos al autor de ella. Te apercibiste de ello, no lo niego, pero ahora ya no pensaba en todo esto.

—Sólo en esto piensas desde que salimos; escúchame, pues—repuso Urbano.—No, no lo supiste todo hace diez años; no quiero hoy disculparme, quiero, por el contrario, acusarme, decírtelo todo, por doloroso que sea lo que resulte para uno y otro; volver á abrir esta herida de que hablabas, ó quizá también cerrarla curada para siempre; y, cuando te lo haya dicho todo, tenderte mi mano y esperar la tuya; eso es lo que deseo...

Este preámbulo, como puede usted supo-

ner, había excitado en grado sumo mi curiosidad.

—Habla, pues, pronto—dije á Urbano.— Cogióme del brazo y empezó así su relación:

II

«—No sé si recordarás todavía cómo amabas á María hace diez años, pero yo lo recuerdo muy bien y no creo que tus amores desde entonces se hayan aproximado, ni con mucho, á aquel idilio. Esta mujer llegó á ser tu pensamiento único, tu única preocupación. Tu pensamiento sabía buscar picardías extraordinarias para que te ofrecieran ocasión de pulsar tu corazón. En las conversaciones y en los actos más insignificantes, tu pasión emanaba de tí como aquellos perfumes que se exhalan del vaso que los encierra. Esa dicha duró dieciocho meses. En aquel tiempo, la existencia tan ruda ya para nosotros, se volvía hacia tí llena de caricias y te cuidaba como una madre cariñosa que protege á su hijo delicado. ¡Ah, en aquel entonces, cuántos desgraciados ha debido hacer tu felicidad, sin pensar que quizá te llevabas la parte que á otros correspondía!

Cuando llegó el día de la desgracia, pensaste en mí. Entre todos los amigos que tan bien como yo podían servirte como exigían las circunstancias, fui yo el agraciado, y, por más que hice y procuré disuadirte

de ello, te mantuviste firme en tu empeño de que te ayudara.

Si cedí entonces á tus súplicas, no lo hice para que me lo agradecieras, sino para que no dudara de mi amistad. Accediendo á recibir á María y ocultarla en mi casa, me sometía á una rudísima prueba, y la catástrofe que acabó con aquellos amores no era sola la que yo había previsto.

El día que atravesó el umbral de mi casa, estaba más emocionado y más inquieto que tú mismo, viendo sentarse á mi hogar á aquella mujer de quien venías hablándome hacía tanto tiempo. La naturaleza de mi emoción y de mi inquietud la averigüé muy pronto. Acuérdate, Oliverio, que cuando estuvisteis instalados en mi cuarto me retiré en seguida, á pesar de vuestras súplicas porque me quedara. Es que creía imposible que no os apercibieráis de mi turbación. Me indignó tanto lo que en mí pasaba, que fui corriendo á confesárselo á dos ó tres amigos. Me contestaron que me calumniaba á mí mismo, é hicieron esfuerzos para tranquilizarme. A pesar de lo que habían dicho y del desprecio con que me castigaba ya mi conciencia, lamentaba que fueras mi amigo. ¡Ah, qué horrible noche de celos pasé vigilando vuestra casa!

—¿Qué habrá hecho para ser feliz?—preguntábame á mí mismo, mirando la luz que brillaba tras los cristales, iluminando, sin duda, vuestra velada de amor.

La envidia es un vicio repugnante cual ningún otro, y del que la tiene deben los demás apartarse como de un leproso. De todas las malas pasiones, es la que debe condenarse sin permitir que se defienda; y el que absuelve ó perdona por piedad al envidioso hace bajar la indulgencia y la compasión hasta el sacrilegio. Y sin embargo, por vergonzoso y despreciable que sea, este vicio lleva consigo el castigo, pues demuestra al mismo que lo tiene la inferioridad de su naturaleza; le obliga á las más humilladoras confesiones á sí mismo, fustiga su vanidad, mancha todos sus deseos, le obliga á despreciarse, casi á temerse, y le inspira odio para sí mismo, aun más violento que el que pueda tenerse á los demás.

—¡Ah! hace un rato—prosiguió Urbano amargamente—te acordabas de todo el pasado, diciendo: «¡aquellos eran buenos tiempos!» y sin embargo, tu existencia de hoy no puede compararse con la de antes; pero la mala suerte es como una querida que se abandona por sus defectos y de la que sólo se ven sus cualidades cuando está fuera de nosotros.

—¿Qué podía, en efecto, echar de menos, yo que nací en la camita de los huérfanos, cuyas primeras lágrimas enjugó el viento del camino, cuando colgaba del pecho sin leche de una mujer infecunda que me exhibía para excitar la piedad de los transeuntes? Después, en la edad de la ignorancia y de la

despreocupación, mi destino cruel enseñaba á mi niñez cuántas gotas de sudor cuesta un bocado de pan. Llegado á la pubertad, tenía por lo menos el trato y legítimo orgullo de decir, enseñando las manos: este es mi padre y esta mi madre. Y sin embargo, en medio del abandono y de la miseria, no había dejado ni un día de dar gracias á Dios por haberme hecho hombre. Nunca había salido de mis labios una queja, nunca había herido mis ojos la felicidad de los demás; el espectáculo de sus goces, siendo para mí la prueba evidente de que la dicha existe, era un consuelo y un estímulo; Cristiano como los primitivos oyentes del Evangelio, esperaba la parte de alegría que me debían y me había sido prometida, y no suponía que la resignación humana, agotada por plazos demasiado largos, tuviera nunca el derecho de protestar la Promesa Divina. Cuando llegué á la edad viril, tenía todos los sentimientos que hacen del hombre un sér superior. Todas mis aspiraciones tenían las alas del entusiasmo y tendían á un sólo fin: el amor al bien y la admiración á lo bello.

El arte me invitaba á gozar sus secretos y me había hecho artista mirando las obras del genio, porque en él me parecía ver un poder superior concedido al hombre para glorificar en obras inmortales los grandes espectáculos de la naturaleza y las grandes pasiones del mundo. A los dieciocho años conservaba pura la virginidad de mis creen-

cias; negaba el mal con la seguridad de un estoico que niega el dolor, y mi corazón y mi cerebro eran un rico jardín de ilusiones. Tal era mi vida cuando os conocí, á tí y á los otros.

—¡Ah! el día en que nuestros pasos se unieron para seguir el mismo derrotero, fué quizá el único en el que pensé sin entristecerme... Ya está derribada la pobre casucha en que comíamos el pan del primer banquete paternal, donde bebíamos el vino adulterado que mancha de azul. El día que derribaban aquella casa hospitalaria, pasaba yo por delante abstraído, y, en aquel momento, un trabajador se disponía con su piqueta á arrancar el banco de piedra donde habíamos estado sentados toda la tarde que siguió á nuestro encuentro. Hacía el mismo tiempo que entonces. Era un cielo semejante, corrían hacia el horizonte nubes de igual forma, y á lo lejos el paisaje iluminado de luz diáfana reproducía el mismo efecto de tonos multicolores que habíamos visto juntos. Desfallecí al ver amenazada de muerte aquella pobre piedra que conservaba en mi recuerdo sagrado como un altar. Me acerqué al trabajador y le ofrecí dinero, si me permitía sentar en el banco sólo y por algunos instantes. Me miró extrañadísimo, se figuró que estaba loco, aceptó el dinero y se fué con sus compañeros á beberse á una taberna vecina, donde les oí que reían de mi aventura.

Mientras ellos reían, yo estaba sentado en el banco. Después de media hora, cuando me levanté para marcharme, tenía la cara húmeda. ¡Ah! aquellas lágrimas que vertí eran las últimas que manaban de un manantial agotado desgraciadamente para siempre; estoy seguro de ello, pues yo mismo me reí del último jugo que empapaban mis ojos... Desde aquel día en que sin conocernos nos sentimos atraídos el uno hacia el otro, no nos separamos apenas en tres años. Nos pareció que nuestras ideas eran como hermanas aisladas, que se buscaban desde hacía mucho tiempo.

Por lo que toca á mí, era la primera vez de mi vida que conversaba: hasta entonces había hablado cambiando sólo aquellas palabras á las que se contesta con otras; contigo, al menos, cambiaba ideas. La amistad que por tí sentía no era un lazo formado por la costumbre, un afecto basado en una igualdad de gustos; era un sentimiento que me revelaba el amor á mis semejantes. Tus amigos fueron pronto los míos, pero fuiste tú siempre el preferido de mis simpatías.

¡Cuántos interminables paseos hemos dado juntos á través de los campos! ¡Qué dulces conversaciones por la noche, en el taller, donde los votos de todos se agrupaban tan fraternalmente al rededor de los deseos de cada cual! ¡Inocentes! ¡Con cuánta paridad de ideas vivíamos dirigiendo hacia el mismo objeto la proa de nuestros buques, y

cuán dulcemente soplaban en nuestros mástiles empavesados el viento de la esperanza! ¡Oh! ¡cuántas veces la aurora nos sorprendía de este modo en la actitud de los soñadores felices, ébrios de ensueños, con un pie en las cenizas y el otro en el porvenir! Sin embargo, á tu lado, ¿qué fué la vida para mí? Acuérdate, Oliverio, cuál fué mi existencia en aquella época. Sobre mí, débil, desconocido, miserable, la fatalidad parecía encarnizarse, como si hubiera sido un coloso; humilde planta, me honraba con tempestades. Mis más modestas esperanzas se contraban con montañas de obstáculos; en los caminos más lisos, el grano de arena se volvía piedra para hacerme tropezar. Por más que luchaba, por más que levantaba mi valor desfallecido y lo reanimaba para la lucha, todo era inútil: todos mis esfuerzos sólo servían para quedar luego más cansado; la vida era para mí como una de aquellas escaleras de las comedias de magia, cuyos peldaños bajan hasta el suelo á medida que van subiéndolos; siempre me encontraba en el mismo escalón. Si tenía amigos, corazones para los que el mío se abría á todas horas, manos leales siempre dispuestas á coger las mías, abnegaciones que habrían respondido por mí lo mismo con palabras que con hechos, esta misma amistad, ya lo sabes, Oliverio, fué penosa para mí: cada vez que alguno de vosotros quería paralizar mi mala suerte poniéndose entre ella y yo,

su buena voluntad quedaba inservible. Lo mismo que mis actos, mis palabras tomaban un sentido opuesto al que mi pensamiento quería darles. Si en una conversación me atrevía á lanzar una observación que desfríese del parecer de los demás, existía, sin que yo lo supiese, un motivo que hacía suponer una mala intención en una reflexión hecha ingenuamente y sin maldad alguna. Si, por el contrario, me entregaba con la exaltación acostumbrada de mi carácter, á la alabanza de álguien ó de algo, una causa igualmente desconocida para mí, bastardeaba mi alabanza dándole cierto tinte de servilismo ó de interés. Por todas partes las más ordinarias circunstancias formaban una red inesplicable, en cuyas mallas mi voluntad tropezaba continuamente. En fin, que en el puente de un buque, un día de tempestad, habría yo sido de aquellos que la superstición de los marinos asustados acusa de atraer la mala suerte, y que se precipitan al mar para apaciguar el temporal.

Tú, que me conociste entonces, sabes que no eran quimeras hijas, á veces, de un espíritu melancólico. La hipocondría es la enfermedad de las naturalezas desconfiadas, es una especie de levadura original que predispone á ciertos hombres á una prevención hostil y les inclina á creerse temidos porque se tienen por temibles. Pero yo, que no me quejaba de la vida, ¿por qué se me echaba violentamente fuera de la ley humana? ¿Qué

crimen desconocido, que cometió mi raza, tenía yo que purgar? Fué durante el último año de nuestra intimidad cuando empezaron á desarrollarse en mí los síntomas de una tristeza salvaje llena de irritaciones, de turbaciones y de angustias. Mi carácter igual, acostumbrado desde mi nacimiento á someterme á las ironías de mi suerte, como un esclavo que obedece maquinalmente á los caprichos de su tirano, se volvía cada día más reacio é impaciente. Las mas pequeñas contrariedades hacían brotar mis quejas. Yo, que por mi carácter conciliador había sido acusado de debilidad, me veía inclinado á la contradicción. En las mas pacíficas discusiones sobre puntos que me eran indiferentes, tenía contestaciones que herían. Emitía intencionadamente las ideas más absurdas, los argumentos mas extravagantes, y lo sostenía todo con apasionamiento áspero, con temeridad ofensiva. Tenía una culpable satisfacción al despertar una de estas semi-disputas, cuya conclusión deja siempre magullado el amor propio, si no herido por alguna sátira, y algo en mi interior se estremecía de gozo cuando había encontrado en mis contrincantes el punto débil de la coraza. Por la noche, cuando volvía á casa, me entregaba preferentemente á la lectura de los autores cuyas obras eran aptas á avivar el dolor de mis llagas interiores. Inepto para formular mis quejas, me complacía en llenarme la boca con las im-

precaciones que ya encontraba hechas en los libros en que el talento enfermo había depositado su hiel. ¡Cuántas veces, como Manfred, inclinado sobre el abismo, he escuchado con salvaje alegría resonar en el alma de Byron los lamentos de la desesperación moderna! Inoculaba de este modo en mis dudas nacieses los venenos de los sarcasmos más amargos que hayan producido la incredulidad y el orgullo de los hombres; cargaba mi memoria con axiomas sacados de las filosofías y de los libelos más atrevidamente escépticos, y, ridículo enano, armaba con ellos mi honda para atacar á los ídolos que rechazaban mi adoración. No podía quedar sin frutos esta educación para el mal, y el terreno estaba convenientemente abonado para que germinara pronto en él la mala semilla.

No tardaron mis compañeros en apercibirse del cambio que en mí se había verificado. Al principio me sermonearon amistosamente, pero yo, hasta entonces tan accesible á los consejos, rechazé los que me daban. Cuando alguno de ellos me sermoneaba, aunque lo hacían siempre con suma discreción y delicadeza, me sentía humillado por sus observaciones, por el mero hecho de que comprendía que era merecida. Me dejaron desde entonces mis amigos, y sin embargo, no me recibieron mal cuando fui á buscarles, pero comprendí perfectamente que su amistad se había enfriado. El

resultado fué que busqué más aun la soledad, é hice mal: la soledad, esa mala consejera de los que sufren ó creen que sufren, atizaba mi mal y embriagaba mi amargura; me revolvía en mi habitación como un preso en su celda; vahos de odio subían á mi cabeza y había instantes en que deseaba el poder perjudicar á los demás.

Un domingo de verano, de esos rientes domingos de París que llenan las calles de alegre animación, estaba yo solo apoyado de codos en mi ventana mirando pasar los que iban á divertirse: este espectáculo acabó de ennegrecer el malhumor de que estaba poseído. De pronto, oí en la escalera una carcajada de niña: era una niñita del vecindario, que jugaba con un conejo de yeso, el cual por medio de un peso interior, movía continuamente la cabeza. Me enervó la inocente alegría de aquella criatura. —¿Quién te ha dado esto?—le pregunté apoderándome de su juguete, que me dejó cojer no sin cierta intranquilidad.—Mamá me lo dió porque he sido muy buena,—contestóme.—¿Y donde está tu mamá?—Ha salido, y me ha dado este conejo para que me divierta, mientras ella vuelve.» Era encantadora aquella chiquilla. Grenze la hubiera pintado junto á la falda rayada de una comadre campesina, en algún cuadro de familia. Mirándola me acordé de mi niñez privada de diversiones, y una idea horrorosa atravesó mi mente. En el instante en que

la chiquilla alargaba las manos para volver á coger su juguete, lo dejé bruscamente caer al suelo: el conejo de yeso se rompió en mil pedazos. La niña no dió ni un grito, ni se movió más que para dejar caer sus brazos á lo largo del cuerpo, al que se apretaron como petrificados.

Nunca se ha revelado el dolor más silenciosamente en una cara viva. Se quedó algunos momentos inmóvil, abatida, la cabeza inclinada, fijos los ojos, y, sin embargo, secos. Es terrible lo que te diré, pero temí un momento que no llorara; era su primer disgusto, quizá, y no sabían las lágrimas el camino de sus ojos. Llegaron repentinamente, y pronto su cara quedó inundada. Al ver como lloraba, me horrorizé de mí mismo: el asesino que, de noche, en una esquina, aguarda que pase su víctima, no me parecía más criminal que yo, que me había hecho voluntariamente verdugo de aquella alegría.

Hubiera querido pagar cada una de aquellas lágrimas con una gota de mi sangre. Cogí á la niña en mis brazos, la besé cien veces, le prodigué toda clase de caricias, diciéndole todo lo que se dice para dar consuelo, pero sollozaba más fuerte y entrecortaba sus sollozos, repitiendo: ¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! Queja ó acción de gracias, estas palabras, que están al fin de todas las esperanzas y de todas las miserias de este mundo, me hacían estremecer en boca de

aquella niña. El acento con que salían de su pecho, parecía expresar un reproche. ¡Ah, Dios mío!—querría acaso decir en su lógica de niña:—¿por qué me quitáis mi alegría, ya que la había merecido con mi obediencia, y qué dirá mi madre al ver que se ha roto el juguete que me había dado para recompensarme? Me pegará ó me reñirá, sin duda. ¡Ah, Dios mío! ¡No sós justo!

¡Qué miserable era! ¡Había hecho nacer el sentimiento de lo justo y de lo injusto en el corazón de una niña que por mañana y tarde juntaba piadosamente las manos para su inocente oración! Una ruda quimera había mancillado la fuerza de su alma; ¡por un momento el ángel de su guarda había bajado la cabeza y Satanás se había regocijado! Queriendo que sus gritos atrajesen á los vecinos, la hice entrar en mi cuarto.

—¡Pobre niña—le dije,—perdóname! Soy un desgraciado que padece y que ha querido ver padecer. Tu edad y tu debilidad no me han detenido en mi acción cobarde. Tu alegría bulliciosa estorbaba mi fastidio solitario; he querido ahogarla en tus lágrimas y me he precipitado sobre tí como una ave de rapina se precipita sobre su presa.

La niña no me comprendía, sin duda, pero abría los ojos como extrañada al escucharme, y miraba tristemente los restos de su conejo, que había recogido en su delantal.

—¿Estás enfadada conmigo?—le pregunté.

—No, señor—contestóme.

—¿Le querías mucho á tu juguete?

—¡Ah, sí, señor! ¡No tenía ningún otro!

—Y ahora ¿con qué jugarás?

—No jugaré ya. ¡Y qué dirá mamá cuando llegue y se entere!—añadió con zozobra que la hizo llorar de nuevo.

—Tranquilízate y seca tu llanto, no te reñirán y no estarás triste. Espera un momento mirando estos grabados—añadí abriendo la puerta,—vuelvo al momento.

Fuí á un almacén de juguetes próximo y allí vacié mi bolsa, lo que costó poco trabajo. Cuando volví á mi cuarto, la niña dió un salto al ver que entraba yo con una muñeca y una cocina que puse ante sus ojos extraviados; era aquello más de lo que nunca se había atrevido á desear. ¡Ah, Dios mío! fué otra vez el primer grito que salió de sus labios.

—¡No comeré hoy, pero tú jugarás, angel querido!—le dije abrazándola.

Se quedó pensativa un momento, como si buscase palabras para expresarme su agradecimiento, pero, no hallándolas á su gusto, saltó sobre mis rodillas y me abrazó tan fuerte como pudo llamándome su amigo.

—Y ahora—le dije—precisa que no me tengas miedo, y, cuando estés muy contenta, ven á reír y á jugar á la puerta de mi cuarto.

Durante ocho días cumplió puntualmente lo prometido y venía á verme dos ó tres

veces cada día. Sentía que me volvía mejor con la compañía de aquella inocencia; pero una mañana, la chiquilla entró tristemente en mi cuarto para despedirse de mí; les venía el alquiler y sus padres se iban de la casa. ¿A dónde iban? Creí comprender, por lo que me dijo, que se marchaban de París. Mientras me hablaba, revolvió lo de encima de la mesa y observé que miraba con más deseo que de costumbre un objeto que hacía ya tiempo parecía que deseaba: era un escapulario de aquellos que antiguamente llevaban las monjas. Me lo había dado, cuando yo era niño, un cura ya anciano, y en su interior había una reliquia del santo cuyo nombre llevo.

—Ya que debemos separarnos—dije a la niña,—voy a dejarte esto para que te acuerdes de mí, pero no es un juguete ¿sabes? es una reliquia que da suerte al que la posee, cuando menos, así lo dicen. Cuando rezes, cógela en tus manos y ruega a Dios por el que te la ha dado; lo necesita.

Movió gravemente la cabeza para decirme que sí, y se colgó el escapulario al cuello.

—¿Y tú—le dije sonriendo—no me vas a dejar nada para recuerdo?

No pareció sorprenderse por mi pregunta; pero, después de reflexionar un momento, salió bruscamente, haciéndome seña de que volvía pronto.

Volvió, efectivamente, al cabo de un momento, con algo escondido bajo el delantal.

—¿Quiere usted esto?—me dijo poniéndome en la mano una corona de hojas de papel plateado. Es la corona que me dieron de premio en mi escuela. También le ofrecería el libro, pero mamá lo guarda para cuando sea mayor.

Y, mientras hablaba, me obligaba a ponerme su corona en la cabeza. Cuando la abracé por última vez, me acometió el triste presentimiento de que no la vería más; la niña, por su parte, parecía entristecerse por esta separación más de lo que acostumbran a su edad. Su modo de decirme adiós revisitó cierta gravedad infantil: parecía como que comprendía todo lo inseguro que hay en esta palabra siempre triste.

Mis presentimientos no se habían equivocado. Seis meses más tarde encontré a su madre en el patio de las «Menageries.» Al verme me reconoció y pareció conmovirse.

—¿Y mi amiguita?—preguntéle.

—¡Ah, señor!—me contestó—murió no ha mucho.

Mientras estuvo enferma habló a menudo de usted, y antes de morir quiso jugar por última vez con la muñeca que usted le había regalado.

Por la noche, cuando llegué a mi casa, envolví en un trozo de paño negro la corona de papel plateado, y por triste que me pareciera con aquel velo, entre todos los recuerdos de mi vida, éste, al menos, fué largo tiempo el más puro y el más dulce. Este

acontecimiento aumentó aún mi misantropía, y entonces me entregué á la pereza y al libertinaje. Pasaba veladas en el fondo de obscuras tabernas del vecindario, solo con mi preocupación, apoyado de codos en la mesa, delante de un jarro de porcelana lleno hasta el borde de una bebida terrible. Los pobres que me rodeaban y venían, sin duda, como yo, á pedir el olvido de sus males á estos venenos que el bajo precio pone al alcance de la pobreza, los he visto salir más desesperados que á su llegada, y murmurando por lo bajo palabras de odio y de dolor. Semejantes á monstruos nacidos por un mágico misterio, más de una impía acción, cuya relación asusta y no puede explicarse la razón, ha salido de una de aquellas vastas copas en que la embriaguez vierte un embrutecimiento salvaje.

En medio de aquella vida en que cada día me hacía descender á una nueva degradación, el sentimiento del arte se me había alterado profundamente. El sentido creador, adormecido lentamente en el ocio, había sido reemplazado por el sentido crítico. Ante una obra que excitaba la admiración, lo primero que yo veía era su defecto. El entusiasmo también se apagaba: aplastaba con mis burlas á los que poseían aún esta hermosa virtud, que puede engañar á uno mismo, pero que no puede engañar á los demás. Fué aquel el momento preciso en que mis relaciones con los amigos que compo-

nían nuestra pequeña sociedad se hicieron más raras todavía.

Fuiste tú el único con quien conservé alguna intimidad; pero no obstante, á tí, que todo me lo decías, te callaba muchas cosas. ¿Cómo me hubiera atrevido á decirte, por ejemplo, que las confidencias que de tu felicidad me hacías, habían acabado por hacerme daño, y que, sin apercibirme de ello, al principio, llegó un momento en que mi corazón había tomado la huella de tu amor? Tú, no te apercibías de nada, ni del movimiento de envidia que me esforzaba en reprimir cuando me narrabas una entrevista más cariñosa con tu querida, ni de mi gozo mal disimulado cuando me contabas una riña pasajera entre vosotros, una cita á que faltara ella, una carta que no recibiera contestación, ó cualquier otro de tantos incidentes que dan alimento á la ternura irritándola al mismo tiempo. No veías, no comprendías nada de todo esto. Cada una de tus revelaciones era como un clavo que me hundieras en el corazón para colgar el retrato de tu querida, y ningún presentimiento enturbiaba tu confianza. Me decías ingenuamente: ¡Ah, si conocieras á María la amarías tanto! ¡Si supieras cuán bella es, cuán buena, cuánto nos queremos y qué hermoso es amar! Hablándome así cogías mis manos y me inoculabas esta fiebre de placer que te hacía estremecer aún después de separarte de ella; sacudías en la humedad de mi

cuarto perfumes de tu pañuelo y, si me callaba estudiando tus palabras, acusabas mi silencio, y como un eco complaciente, me obligabas á repercutir tu alegría. ¡Oh poder del egoísmo! mientras tu entusiasmo se desplegaba ante mi tristeza ¿no has pensado nunca que quizá era una crueldad, al fin y al cabo, hablar siempre de tu felicidad, en esta buhardilla obscura, y al pie de esta cama solitaria? ¿Cuántas veces me he preguntado á mí mismo, pensando en tí: ¿será necio ó malo? ¿No habrá en su amistad un poco de ostentación y de deseo de ser envidiado?

¿Qué más te diré ahora que no lo hayas tú adivinado? Amé á María. Fué una pasión extraña y caprichosa, más vana que la sombra del humo, pero al cabo una pasión, y para el que nada tiene, poco es mucho. Me habías descrito muchas veces á tu querida; y, cosa rara, no era la imagen que yo me había figurado.

Un día fuí á espiarlos á un sitio donde os habíais dado cita. No pude verla más que de lejos y un momento, pero lo suficiente para hacerla desde aquellos instantes dueña y señora de mis pensamientos.

Entonces empezaron mis visiones y á todas horas estaba á su lado. ¡Ella venía á verme y yo la pedía perdón por recibirla en tan humilde morada! ¡Qué feliz me sentía echado á sus pies en actitud de adoración, tomando eu las mías su mano, abandonada cariñosamente! ¡Ah! hermosas locuras, ino-

centes locuras! De pronto, sonaban pasos y se desvanecía mi adorada visión.

—Acabo de dejar á María, me decías al entrar. Y á mí también acababas de hacérmela dejar; me repetías, como siempre, lo que te había dicho aquel día, y yo no podía repetir lo que la había hecho decir en mis ensueños. Entonces empecé á comprender esta imperiosa necesidad de los enamorados de hablar siempre de su amor. Andaba sin saber por donde, con el paso rápido de los insensatos felices, tomando al universo por confidente de mi alegría, lanzando al viento que pasaba el nombre querido y encargándole que llevase mis declaraciones á la que llevaba ese nombre. Hay en el bosque muchos árboles que saben todos mis secretos de aquellos tiempos, y los paseantes han hollado muchas hierbecitas que fueron un día mis amigas.

Un día te hice llevar á María, de mi parte, un ramo de flores que había cogido en uno de mis paseos matinales.

Esa locura duró cuatro ó cinco meses y hallaba en ella una dulzura verdadera, un encanto suavísimo que apaciguaba las rebeliones de mi corazón.

Una mañana entraste en mi casa con la cara descompuesta. Habiendo sorprendido el marido de María una carta de vuestra correspondencia, por miedo á malos tratos y siguiendo tus consejos, se había ella escapado de su casa.

—¡María está en peligro, la robo!—me dijiste—y necesito tu cuarto para esconderla. ¿Qué decir? ¿qué hacer? Lo que dije y lo que hice: retirarme y dejaros solos.

Y ahora, Oliverio, piensa en lo que debí sufrir la noche pasada bajo vuestra ventana, amando tanto á tu querida, á la que escondías en mi casa, y celoso de tí, que venías á refugiarte con ella al amparo de mi hospitalidad.

¡Ah, sí, mi papel en este asunto fué luego horrible! Hasta entonces sólo había sido desgraciado y loco. Cómo y por qué llegué á ser culpable, y hasta qué punto lo fui, es lo que me queda por referirte. Habiéndote cedido mi cuarto, me había visto precisado á hospedarme en una fonda. Allí me instalé en seguida, decidido á no volver á poner los pies en mi casa mientras estuviera María. Al día siguiente llamaste á mi puerta. Acuérdate, Oliverio, del peligroso favor que venías á pedirme. No pudiendo permanecer todo el día al lado de María, venías á rogarme que fuese á hacer compañía á tu querida durante las horas en que tú estabas fuera de casa. Como estaba obligada por prudencia á permanecer escondida, temías que se aburriese en el aislamiento y habías pensado en mí para distraerla. ¡Ah! cuando me hiciste esta extraña proposición, por poco se me escapa mi secreto; subió un momento á mis labios. Sin embargo, ¿á qué se debió que callara? A algunas

palabras que me dijiste acerca de la misión que me confiabas: sin duda, no era más que una broma sin mala intención, como entre amigos pueden hacerse. Estoy seguro de que no había en lo que me dijiste la menor ironía, pero en la disposición hostil en que se hallaba mi mente entonces, me esforcé en buscar en ello un doble sentido, una alusión. Me pareció que habías adivinado el secreto que aún a mí mismo habría querido ocultar, y que te divertías con la situación en que, por desgracia mía me hallaba respecto á tí. Me figuré que á tus ojos no era más que un objeto de estudio, una máquina de experiencias: enterado de mi pasión por María, la ponía en parangón con tu amistad y, como el jugador que espera el resultado de una apuesta, me parecía esperar el fin de aquella lucha. Casi me alegré, en medio de mi dolor, al admitir esta idea, pues venía á justificar el odio instintivo que hacía algún tiempo me obligaba á vacilar al estrechar tu mano. Desde entonces te consideré como un rival. Convencido de que, antes de hacerla ir á mi casa, estabas enterado de mi pasión, mi amor propio se irritó al ver el extraño papel que querías hacerme representar. Llegué hasta suponer que todo aquello estaba convenido entre vosotros, y que María, enterada por tí de los sentimientos que me había inspirado, había inspirado, había aceptado su papel en aquella odiosa comedia. En esta disposición de ánimo acepté la llave de

este cuarto, en el que había jurado no poner los pies mientras lo habitara María.

Imagínate el monólogo que me recitaba á mí mismo: ¡Insensato!—decíame.—Han hecho sonar á tus oídos las palabras de amor, de abnegación, y te has dejado engañar, como un necio por las apariencias de una gran hipocresía. Tenías escrúpulos en querer á una mujer que era la querida de un amigo tuyo, te acusabas de tu amor como de un crimen, te esforzabas en ahogarlo en tu corazón, aunque tuviera de estallar dentro de tu pecho; pero por discreta que sea tu pasión, te la han adivinado; y en vez de respetarla, la excitan, intentan alimentarla, jugar con ella...

¿Esta prueba, tan penosa, sin embargo, para mí, fuese cual fuese su resultado, no debía servirte para glorificarte á tí mismo? Si había dicho á tu querida una sola palabra sobre un amor que no podía menos que crecer á su lado, me hubiera seguramente rechazado con indignación; pero tú, menos indignado que ella, me hubieses perdonado mi confesión por el mismo desprecio con que la habría ella recibido. Si, por el contrario, debía seguir padeciendo sin decir nada, tu orgullo habría tenido razón también para envanecerse por una muda rivalidad, y ese amor, que era origen de todas tus alegrías, te sería aún más querido cuando estuvieses convencido que él era causa de mis lágrimas.

En la primera visita que hice á María, tuve, no obstante, que desechar la idea de que era tu cómplice: me dió afectuosamente las gracias por mi hospedaje y se esforzó por imprimir á nuestra entrevista el carácter de la más expansiva familiaridad.

Hablamos sentado yo á honesta distancia de mi interlocutora.

María me habló todo, de vuestro sufrido amor y de tu amistad para conmigo.

—Le quiere á usted mucho y sería yo una ingrata si no le quisiera casi tanto como él —me dijo tendiéndome la mano.

Conocía, por lo que tú le habías referido, algunos capítulos de mi historia; me aconsejó que no desconfiara del porvenir y me alentó, en un tono que demostraba verdadero interés, para que no me divorciara de la esperanza. Como me quejaba de mi eterna soledad, exagerando un poco—lo confieso—la nota elegíaca, se me ofreció por amiga; la miré fijamente mientras me hablaba de aquel modo, porque sus palabras me parecían un lazo hábilmente tendido; pero su ofrecimiento estaba tan lleno de ingenua sinceridad que acabé por creerla.

Me preguntó sobre tu talento y me enseñó versos que le habías dedicado.

—Me gustan—dijo—quizá porque son hechos para mí, más que por mi suficiencia para juzgarlos; pero si usted los cree malos, no me lo diga,—añadió con una sonrisa que parecía pedir una aprobación.

Le contesté con tanta sinceridad como te hubiera contestado á tí mismo:

—Son versos—le dije—del primer amor y de la primera juventud; un alborear lleno de confusiones que dicen todo lo que siente el poeta. Bien pudiera ser que Oliverio haya llorado al escribirlos; pero llegará un día en que estos versos le harán sonreír; entonces habrá llegado á ser de veras un poeta: hoy por hoy no es más que un niño que sueña esforzándose por adivinar la vida, como puede adivinarse el mar en la desembocadura de un río; no sabiendo nada y hablando de todo con el temerario aplomo de los ignorantes, hablando hasta de la desgracia, ni más ni menos que como los judíos hablan de su Mesías, que esperan todavía.

—¡Oh, qué bien le conoce usted!—contestó María.—Es un niño. Nada le entristece y nada le alegra; una lágrima mía desencadena una tempestad en su corazón, y una sonrisa de mis labios basta para hacerle feliz. Pero le quiero mucho y le querré toda la vida.

—¿Piensa usted amarle siempre?—le pregunté.

Al oír esta pregunta se estremeció y me miró intranquila.

—Soy su primer amor,—contestóme.

—Precisamente esta palabra de primer amor excluye la palabra de amor único.

—Tiene usted razón; pero, por lo menos, no seré yo quien le abandone primero...

Después de esto hablamos de su situación, por la cual me pareció que se preocupaba muy poco.

Nuestra entrevista no se enturbió con ningún mal pensamiento; había llegado á olvidar hasta las sospechas acerca de tí imaginadas, y á tu llegada, por la noche, me encontraba siempre tranquilo al lado de tu querida, sin que yo tuviese necesidad de esforzarme en aparecerlo.

Esta clase de vida duró tres semanas; llegaba yo al lado de María momentos después de separarte tú, y juntos nos pasábamos el día, bordando ella y dibujando yo con la fraternal alegría de dos buenos camaradas; pero mi amor, que seguía callado, aumentaba más cada día; para no descubrirme tenía que sostener continua lucha conmigo mismo, y, no obstante, durante aquellas tres semanas no pudo siquiera sospechar que una violenta pasión se encendía bajo mi frialdad aparente. Una noche que tardabas en regresar á casa, María, intranquila, me suplicó que saliese á buscarte á casa de tu padre, pues no se explicaba la causa de tu tardanza. En mitad del camino me pareció reconocerte; seguimos nuestros pasos opuestos, y aun cuando pasamos casi rozándonos no te apercibiste, tan preocupado ibas con tu bella compañía. Os seguí de lejos algunos minutos, y os ví subir en un carruaje de punto; eran ya las dos de la madrugada. No necesité saber más: estaba lo bastante

enterado de cómo pasarías la velada y en qué emplearías las sucesivas.

En otras ocasiones no hubiera dado gran importancia á esta infidelidad, que podía ser sólo un capricho; pero el momento me pareció lo más inoportuno del mundo. Inmediatamente fuí á buscar á María, á quien inventé una historia para justificar tu ausencia, pero María no estaba ni con mucho dispuesta á dejarse convencer, y tuve que esforzarme más todavía para tranquilizarla y defender tu causa con tanto calor como si se hubiese tratado de mi mismo.

Al día siguiente, muy temprano, fuí á casa de tu padre para avisarte de mi excusa á tu ausencia de la noche anterior. Allí me dijeron que hacía ocho días ignoraban tu paradero, que habías dejado de comer con ellos, y que, además, hacía ya tiempo que dormías fuera. Esta última noticia no era nueva para mí, pero no teniendo precisión de ausentarte, ¿dónde pasabas el tiempo mientras me dejabas en compañía de tu querida? ¿Qué hacías cuando salías por la mañana protestando que ibas al despacho? Durante los ocho últimos días había observado en tí una nueva preocupación; dejabas á María cada día más temprano, y cada noche volvías más tarde. No tenías ya, como en los primeros días, aquella necesidad de soledad que te hacía encontrar razones tan ingeniosas para invitarme á dejaros solos si tardaba demasiado en salir; por el contrario, me en-

tretenías á veces hasta hora muy avanzada de la noche, y, por poco experto que fuese en cosas de amor, había descubierto en tu modo de ser indicios que revelaban un principio de hastío.

No era, pues, únicamente un capricho lo que te hizo pasar fuera de casa toda la noche anterior; lo que acababa de saber constituía una verdadera infidelidad. Regresé al lado de María con la intención de revelárselo todo, pero al llegar á la puerta me acometieron mil incertidumbres, y, por otra parte, ese papel de delator me parecía odioso. Finalmente me condené al silencio, con la esperanza de que tu inconstancia sería duradera, y reservándome para entonces obrar en el caso de una separación definitiva entre tu querida y tú. Y por lo que pudiese suceder, esperé tu regreso paseándome delante de la casa.

Quando volviste no tuve necesidad de preguntarte: te pusiste en seguida al corriente de la intriga banal en que te habías metido á consecuencia de un reto que había interesado á tu amor propio. Te burlaste de las observaciones que me atreví á hacerte, y cuando te hablé de la intranquilidad de María por tu ausencia, me suplicaste en un tono desprendido y hasta cruel.

—Recuerda que un día, cuando me tachabas de necio, te dije: si por el contrario fuese María la que por un instante hubiese

olvidado tu nombre por otro, ¿no serías tú entonces el puritano y el necio?»

Estas últimas frases, que sólo eran hipotéticas, observé que bastaron para hacerte palidecer.

—Esas son palabras mayores, me contestaste. Si alguna vez hago el amor y cortejo á una muchacha, no es más que puro entretenimiento, *dilettantismo* de amor, caprichos que duran la vida de una flor ó los ritmos de una frase. Todo esto es muy diferente á la traición de la mujer. Si esta mujer no es coqueta ó miserable, su debilidad sólo puede nacer de la misma certeza de su amor hacia otro hombre. Si cede á este otro sin dejar de pertenecerme, entonces seremos dos los engañados. Si, por el contrario, mi querida me abandona antes de entregarse, la acción es en cierto modo perdonable. En este caso, no es el primer amor el engañado y está obligado á olvidar para siempre.

—En el caso en que te dejara María, ¿qué harías tú?—te repliqué entonces.

—Ella y yo somos libres de todas suposiciones, me contestaste con un acento de enérgica seguridad. Amo á María con toda mi alma y ella me adora y me corresponde. ¡Cómo he de suponer yo tan terrible absurdo!

—Pero puede venir un segundo...

—Estoy seguro de ella como de mí mismo.

—Es posible, sin embargo, la vida es larga, sois muy jóvenes los dos, y estas eterni-

dades y fantasías á que los enamorados llaman *siempre*, son muy cortas. ¿Quién sabe?—añadí, queriendo apurarte hasta el fin.

—¿Qué significan tus palabras? ¿Á qué viene este interrogatorio á que me has sometido? ¿Qué quiere decir tu *quién sabe*? ¿Sabes algo, tiene María un nuevo amante? habla pronto, por Dios...

—Nada hombre, serénate y escucha: soy joven, María es hermosa, y tú nos dejas solos con demasiada frecuencia.

—¿Y qué, tantas palabras para salir por esas?—me dijiste riéndote á carcajadas. Y añadiste dándome un golpe en la espalda: Tú eres amigo mío, Urbano, y de todos mis amigos, el único en quien tengo ciega confianza. Y ahora vamos á ver á María: tengo necesidad de verla ahora mismo.

Recuerda también la escena que siguió á la conversación cuando estuvimos junto á María. Entregada por completo á la alegría de volver á verte, había tenido apenas tiempo para besarte, cuando te permitiste sobre mí la broma de mayor crueldad. Te reconvenía suavemente por tu ausencia, y, dejando asomar en sus palabras, quizá sin querer, un acento de celos. ¡Cómo!—le contestaste mirándonos á los dos—¿no tendría yo también derecho á estar celoso? Urbano me lo decía hace un momento: eres bella, él es joven, y os dejo solos á menudo.

María sonrió vagamente, sin comprender al principio en estas palabras más que una

puerilidad de la conversación; pero proseguiste, en tono medio serio:

—Suponiendo que no te sea fiel, tienes á mano un consuelo indicado, y que quizá tenga ya motivos para pensar que no sería mal recibido.

Parecía, que, á pesar de tu seguridad aparente, habías querido predisponer á María en contra mía, y lo lograstes demasiado bien; juro que presentí en aquel momento que le era odioso y no me equivoqué. De pronto se me ocurrió la idea de romper brutalmente la situación, confesar delante de tí mi amor por ella, informarla del empleo verdadero de tus noches y retirarme, dejando que obrara el despecho que le causaría esta revelación; pero reflexioné que era ya tarde para esto... Prevenida como estaba en contra mía, María no me hubiese creído y habría despreciado mis palabras como una vergonzosa calumnia.

Yo que podía acusar, ni siquiera podía defenderme; mi amistad y mi abnegación se comprendían así. Este amor, que para mí era una idolatría, lo aceptábais como un juguete. En vano me atormentaba por contenerlo: profanaban sin compasión mi doloroso silencio. Me servía de consuelo el pensamiento de que mi sufrimiento era respetado como debe serlo todo aquello que es sincero, y en lugar de respetarme, en lugar de compadecerme, se me burlaban. ¡Me debían agradecimiento, y me

pagaban con desprecios! ¡Oh, Dios mío! era demasiado fuerte, sí, demasiado fuerte para mí!

Cuando me encontré en la calle, entré en una taberna... Lo que hice durante aquella noche no lo supe hasta el día siguiente al despertar en mi cuarto. Al pie de la cama en que estaba tendido sin desnudarme, María sollozaba, medio muerta y medio desnuda. No habiéndome dado cuenta de lo ocurrido, iba á pedirle la explicación de cómo estaba yo en su cuarto á aquellas horas de la madrugada. María me miró con sorpresa, se cubrió la cara con las manos, y murmuró algunas palabras ahogadas por el llanto; por ellas pude comprender, no obstante, que había cometido un crimen. ¿Cómo había llegado á cometerlo? ¿Qué fatalidad me había empujado? Esto lo descubrí algo más tarde. La noche anterior, en vez de pasarla con tu querida, la habías dejado á las once. En lugar de dirigirme yo á mi nueva habitación, una inexplicable fatalidad junta con un resto de costumbre, me había hecho llegar á la puerta de mi antigua casa. Tenía una llave de la habitación que te había prestado. Estaba loco. Entré en mi casa sin saber siquiera dónde; María era más bella aun durmiendo y estábamos solos. Esto es lo que pasó hace diez años: según te decía al empezar mi relato, ella no fué más que una víctima, nada más que mi víctima.

Varias razones contribuyeron entonces á que ignorases los acontecimientos de aquella noche. María, á quien había referido el largo período de sufrimientos ajenos á mi voluntad, se compadeció de mí, ya que no me perdonó. No sólo me prometió callar, sino que me hizo jurar mi silencio.

—Y ahora,—me dijo cuando le hube prometido lo que me pedía,—cuando venga Oliverio, inventará usted una excusa para explicarle mi ausencia.

No comprendiendo todavía sus propósitos le indiqué que me los explicara.

—¿Cree usted—me dijo—que podemos continuar una hora más en este cuarto?

—¿Pero dónde hemos de ir?

—A casa de mi madre.

—Y si su marido...

—Ya le he dicho á usted que no creo que mi marido...

Y mientras hablábamos hacía envoltorios de todas sus ropas y objetos.

Resultaron vanos mis esfuerzos para hacerla desistir de su propósito.

Sus preparativos estaban terminados y sólo le faltaban detalles de su tocado. La miraba temblando mientras se colocaba el sombrero y se recogía las cintas por la nuca ante el espejo.

Cuando estuvo en disposición de salir echó una mirada en derredor, ahogó un suspiro, dió un paso hacia la puerta y apoyó la mano en la cerradura. Yo me había dejado

caer sobre la cama, siguiendo con la vista todos sus movimientos. A la hora de partir mi dolor no pudo contenerse y rompí á llorar, murmurando: —¡María! ¡María!—y caí arrodillado á sus piés en medio de la habitación. Su primera mirada fué altiva y colérica, como si mi lloro le hubiera parecido un insulto; pero su semblante se apaciguó, me ayudó á levantarme, y cuando me hube serenado de tan fuerte emoción, me dijo con su voz de los días felices:

—He prometido á usted que olvidaría, Urbano, y cumpliré mi promesa; pero me imposibilita usted para cumplirla si me exige algo más. ¡Adiós!

Iba á salir, y de pronto sonaron pasos en la escalera.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó María—¡si fuese Oliverio!

—¿Y qué?—añadí con energía—¿acaso no está acostumbrado á vernos juntos?

Llamaron á la puerta; era un mozo que llevaba á María una carta tuya en la que le participabas que su marido gestionaba por aveguar su paradero. Temeroso de que te detuviesen á tí también, le advertías, además, que dejarías de visitarla algunos días, y le recomendabas encarecidamente que extremara las precauciones. Terminabas rogándole que se fiara completamente de mí. Esta carta entristeció mucho á María, no sólo por las noticias que le dabas, sino también por la evidente frialdad que se notaba

en ella. Al manifestar á tu querida tu propósito de fingir una retirada temporal, no habías sabido expresar el sentimiento que dentro de la realidad te hubiese proporcionado tal resolución. Esta carta no pasaba de ser un aviso oficioso, y nada en ella hablabas de amor, salvo una fórmula banal trazada al correr de ja pluma.

—¿Y qué?—pregunté á María, viendo que vacilaba—¿qué va usted á hacer?

—No sé—me respondió.—¡Creo que empiezo á volverme loca!

En efecto, María aparecía muy agitada.

Al darle tu carta me respondió:

—No, no la quiero; guárdela usted, si por desgracia me detienen y la encuentran en mi poder, podría comprometerle. Aunque de cualquier manera él ha pensado lo mismo, porque la carta viene sin firma.

Después de un breve silencio, María cogió de nuevo la carta, y hecha mil pedacitos se reereó unos instantes viendo cómo ardían entre las llamaradas rojas los restos de tu última comedia.

De pié junto al fuego y como abismada en la lucha insensata de las grandes decisiones, María permaneció más de veinte minutos con los ojos arrasados de lágrimas. De pronto me dijo en tono resuelto:

—¡Vaya usted por un coche! Pero pronto, volando, sáqueme usted de aquí, se lo suplico. Dos horas más y me ahogaré entre estas cuatro paredes...

Yo comprendía la delicada razón que le hacía aborrecer aquel cuarto. Entonces se me ocurrió la idea de proponerle una habitación amueblada, en el mismo piso que la mía. El sitio era cómodo y decente y el alquiler moderado. María aceptó mis indicaciones, y corriendo salí á ajustar el cuarto, que inmediatamente estuvo dispuesto.

—Ahí tiene usted dos llaves—le dije cuando se hubo instalado,—si usted lo desea, reservaré una á Oliverio.

—No—contestó cogiéndolas dos.—Dígale que he desaparecido y que empiece á olvidarme desde ahora. Aunque mi resolución es trasnochada, puesto que olvidada me tiene días há.

—¡Oh, María! tal creencia no pasa de la categoría de sospecha.

—Ya lo presentía—me dijo, y bajando los ojos, añadió:—esta noche he tenido la prueba irrevocable de su delito.

—Por esta noche—me apresuré á decir—me había usted ofrecido que olvidaría el nombre de Oliverio.

—Y os juro desde ahora que es esta la última vez que le nombro—repuso María.—Oliverio me engañaba, lo sé; y ahora comprendo los recursos de que usted se valía para cubrir sus faltas. No digo que no le ame, porque quizá mentiría; pero desde hoy comienza á decrecer mi cariño con una celeridad extraordinaria. Esta brusca separación me hará sufrir mucho, pero ante el peso de

su conducta forzosamente cederá mi corazón; no puedo creer que sólo la prudencia le haya hecho alejarse de mí. Es demasiado joven para ser juicioso y someterse á la razón. Me resisto también á acreeer que es un miedo infundado lo que le aleja; más bien prefiero pensar que está cerca de otra mujer. ¡Ojalá ella le haga olvidarme! Nuestra separación es una necesidad que él mismo ha creado. Luego escribiré una carta dirigida á usted, en la que le entere de mi partida. Si Oliverio volviese, se la enseña usted, y si tratara de informarse diga usted que no tiene más noticias que mi carta. Sobre todo, ni una palabra que pueda hacerle sospechar nada de lo ocurrido. Y ahora—terminó diciendo María,—déjeme usted sola, necesito descansar, porque estas emociones me han destrozado el espíritu.

Cuando nos separamos le reiteré mi deseo de que me tuviese á sus órdenes en todo y por todo; le supliqué, además, me permitiera volver al cuarto que acaba de dejar.

—¡Oh, sí, es muy justo que siga usted en su casa! Además, que si llegase Oliverio, podría parecerle extraño no encontrar á usted en su habitación. Pero no olvide usted, Urbano, que aun siendo vecinos permaneceremos completamente extraños el uno para el otro; con esa condición me quedará en esta casa. Cuando necesite algo de usted, ya se lo pedirá por escrito.

Pasaron tres días, durante los cuales no

recibí noticia ni supe nada de María. Tampoco de tí pude averiguar una palabra, lo que comenzaba á inquietarme. El cuarto día, cuando salía de mi habitación, se abrió la puerta del suyo y se presentó en el dintel la portera de la casa, que me llamó por señas.

Hallé á María acostada; parecía estar muy enferma.

—No es nada—me dijo—me ha visto el médico y me ha tranquilizado. Solo necesito descanso.

—¡Pero necesita usted cuidados también!

—Esa buena mujer que acaba de salir me cuida perfectamente.

—Escribiré á Oliverio ó iré á verle...

—Ni una palabra acerca de esto—me contestó. Yo guardaba silencio contemplando su rostro bañado de pálida melancolía.

—Le he llamado á usted para pedirle un favor—prosiguió.—He escrito á dos ó tres individuos de mi familia, al objeto de que me envíen dinero; pero, en espera de su contestación, me es preciso recurrir á otros medios. Afortunadamente tengo algunas joyas: ruego á usted que me haga la merced de empeñármelas.

Y me indicó una cajita en la que había un reloj, algunas sortijas y unos cordelillos de oro.

—No es esto todo—continuó María.—Me aburro extraordinariamente en este cuarto; me ahogan estas cuatro paredes; necesito

aire, movimiento. Durante tres semanas no he salido á la calle, y ya he sufrido bastante en mis encierros, por dulces que pudieran parecerme. Ahora creo que me moriría si me encerraran en esta habitación. En fin, quiero salir de vez en cuando, y por más precauciones, quiero disfrazarme. Cuando tenga usted el importe de mis joyas, cómpreme usted vestidos de hombre para salir á las oraciones.

—¿Habla usted en serio?—le pregunté extrañado.

—¡Ya lo creo!—contestó María—Mire usted, ya he empezado mi disfraz.

Y metiendo la mano bajo la almohada, me enseñó, envuelta en un pañuelo, su magnífica peluca negra de hombre. Me he dejado justo el pelo preciso para parecer un colegial—añadió quitándose el gorro para enseñarme su nuevo peinado.

Me estremecí al ver aquella mutilación.

—¡Ah, pobres cabellos!—murmuró enterrando sus manos entre sus largos rizos, —¡era lo mejor de mi cuerpo! Cuando niña me llevaron de educanda á un convento, y recuerdo que gustaba de aquella vida de quietud pasada en mi celda tranquila; los paseos bajo los árboles del jardín, las capillas tan adornadas los días de fiestas solemnes; tuve entonces propósitos de profesar en el claustro, pero deseché la idea por temor á perder mis hermosos cabellos, y mi madre aprobó mi conducta; sería un crimen—decía.—Y

ahora, sin embargo, he cometido el crimen por mi gusto. ¡Pobres cabellos míos! ¡Mis rizados cabellos, tan queridos y adorados por mí!—añadió más tristemente estrujando la cabellera entre sus dedos.

Tan emocionado estaba, que tuve necesidad de volver la cabeza para que no advirtiera la humedad de mis ojos.

Mirándola el rostro auxiliado por espejo, ví que María besaba aquella cabellera muerta, como la había llamado, y sin duda buscaba en ella la huella de tus besos.

Salí para ir á empeñar sus joyas y reunirle fondos. Después correteé la vecindad buscando ropas de hombre que pudieran servirle, y se las llevé en seguida.

La pobre enferma mostrábase muy agradecida á mi solicitud por sus encargos.

—Dentro de dos ó tres días—dijo—me pondré este vestido para salir á paseo.

—¿Saldrá usted sola?

—Sí, sola, pero en coche—me contestó con un tono que no permitía insistir.

Al día siguiente María me llamaba de nuevo. La encontré disfrazada con su traje de hombre, y al no estar en el secreto, hubiera sido casi imposible reconocerla; tal era la metamorfosis que se había operado en su figura.

—Hace muy buen día—me dijo;—estoy algo mejor y voy á salir; este paseo acabará de restablecerme. ¿Quiere usted ir á buscarme un carruaje?

Como estaba todavía algo débil, permitió que la diera el brazo para bajar la escalera; pero no quiso de ningún modo aceptar mi compañía.

—¿Volverá usted?—le pregunté cuando estuvo en el coche.

—No tema usted por mí—me contestó:—sí, que volveré. Diga usted al cochero que me lleve al Bosque de Boulogne.

Su paseo se prolongó hasta bastante tarde. Cuando volvió parecía aún más triste que á su partida. Fijándome en sus mejillas pude observar que había llorado.

—¿No ha venido nadie á buscarme?—dijo mirándome fijamente.

—Sólo una persona podía venir—le contesté—y no la he visto. Pero si desea usted ver á Oliverio, iré á buscarle.

—No, no—contestó María con ímpetu.—He cambiado de modo de pensar; si viniese por su propia iniciativa, dígame usted que he salido de esta casa; pero déle á entender que aunque usted sabe donde vivo, no podrá verme hasta que se aclaren estos incidentes judiciales del asunto de mi marido. Así verá de una vez si su cariño sigue mis pasos, ó si á estas horas ha desligado ya su corazón del mío.

—¡María, usted se engañaba á sí misma, usted le ama con una pasión loca y perturbada! Escríbele, pues, yo le llevaré la carta y dentro de una hora estará á vuestros pies.

—¡Oh, no, eso no!—contestó.—Sería muy

felíz viéndole otra vez; pero para ello es preciso que vuelva espontáneamente...

A la hora en que hablábamos esto te dirigías á nuestra casa. Tus actos de indiferentismo habían vivido cinco días. Cuando subías la escalera, ella reconoció tus pasos y mudó de color. Yo corrí á mi cuarto temeroso de que te apercibieras de mi imprudencia.

—¡Supongo que le recibirá usted!

—De ningún modo; por ahora me basta con verle llegar á mi puerta.

—Pero reflexione usted, María, que esas crueldades...

Acababa de llegar á mi habitación cuando llamaste á la puerta. Tu primera palabra fué preguntar por ella. Te contesté dándole á leer la carta que me había escrito; entonces atravesó por tu imaginación la primera ráfaga de celos; yo te referí la comedia tal como la habíamos convenido. Hablando, hablando, dí á mi papel mil matices que ella no me había indicado. Lo llené de reticencias con aire misterioso, palabras entrecortadas de aquellas que se desmienten unas á otras.

—¿Y dónde está?—me preguntaste con una vehemencia en la que empezaba á morder un principio de despechada soberbia.

Después de muchas excusas banales que á nada conducían, acabé por confesarte que sabía el sitio donde se ocultaba, mas me ne-

gué á indicártelo y esperé que te arrojarías á mi cuello para arrancarme la verdad.

Pero tú te limitaste á decir:

—De modo que eres el único que conoce el secreto de su alojamiento.

—¿No se lo impusiste así tu mismo, recomendándole que por su propio interés siguiera todos mis consejos?

—Cierto — replicaste. — Pero es preciso que nos veamos hoy mismo; te lo ruego, te lo suplico...

Cuando te separaste de mí fuí á contar á María el objeto de tu visita y lo infructuoso de tu petición.

—¿Por qué no le recibe usted?—le interrogué.

Y para decidirla le dí a entender que este contratiempo podría abrir nuevo campo á tu conducta futura y á tus celosas sospechas.

—¿Cree usted que le tranquilizaría saber que no he salido de esta casa? Además—añadió con terez ingenuidad,—siento menos necesidad de verle desde que sé que él tiene este deseo.

Al otro día, el asilo de María era descubierta. Acababan de llevársela cuando tú llegaste para suplicarme que te condujera al lado de tu querida. Al encontrarme en el cuarto que ella acababa de dejar, y en el que se revelaba su estancia por algunos objetos suyos que había dejado, lo que sólo había sido en tí sospecha se convirtió en realidad. Pasé entonces por indigno y poco caba-

llero, y hubo un tiempo en que me había apropiado el papel de Judas; pero aun esta tarde, en la comida, cuando nombraron á María, todas las miradas me insultaron callando. He querido acabarlo, no para los demás, cuya opinión me es indiferente, sino para tí, y por eso te he hecho esta larga aclaración de nuestra historia. Nuestra pasada fraternidad, por más que nos esforcemos en creer lo contrario, es una religión muerta ya. Nuestra existencia obliga á nuestros más queridos sentimientos á que sólo se guien por nuestro interés; hemos llegado por fin al polo frío de la razón; sólo al calor de los recuerdos puede calentarse nuestro corazón y latir unos instantes á la manera de aquellos días. Estoy seguro, mi querido Oliverio.

III

Todo el tiempo que nos restaba de camino—prosiguió Oliverio después de haber observado un momento la impresión que este relato había producido en su compañera, —hablamos de usted. Cuando llegué á casa, á pesar del cansancio del paseo, no pude dormir, y toda la noche pensé en usted. Al día siguiente me despertó su recuerdo sentido a mi cabecera. Me siguió con persistencia en medio de mis negocios, en medio de mis trabajos. En fin, durante todo el mes que ha seguido á mi conversación con Urbano, ha ocupado usted tanto lugar en mi

vida como hace diez años. No sé qué presentimiento me decía que tenía que encontrarla, y que no tardaría mucho, en cuya previsión me sucedía á veces que preparaba lo que había de decirle; ensayaba mi primera entrevista con usted para cuando la casualidad nos quisiera reunir. Esto serían niñerías, si usted quiere, pero tenían para mí una dulzura incomparable.

—¡Es raro!—contestó María.—Cuando nos encontramos anteayer también hacía algún tiempo que soportaba una situación parecida á la de usted. Desde mi regreso á Francia he oído hablar de usted muchas veces y tuve una gran dicha al conocer su nueva posición; pero en seguida se unió á mi alegría una tristeza indefinible: había oído, de boca de personas que parecían conocerle, ciertas relaciones sobre usted que no me permitían conservar la esperanza que hoy se realiza.

—¿Qué era ello?—interrumpió el pintor—¿que le han dicho sobre mí que haya podido autorizarle á poner en duda la verdadera alegría que tendría al encontrarme de nuevo a su lado?

—¡Ah, Dios mío!—exclamó María;—su existencia actual me es completamente desconocida, lo único que sé de ella es por referencias... Pero debe ser la vida accidentada, á la que ya aspiraba usted cuando joven. En medio de las agitaciones de cada día, entre todos los lazos que aprisiona un capricho y que otro desata, podía pensar

que habría, por mi parte, casi alguna temeridad en suponer que aun tuviese usted un sitio para colocar en él mi recuerdo... ¡Es tan larga la fecha de diez años!... Pero no importa, tuve una dulce emoción cuando se acercaba usted á mí.

—¿Me encontraba usted muy cambiado?—preguntó Oliverio.

—¡Oh, mucho! pero desde las primeras palabras reconocí la voz que antes me había acariciado.

—¿Verdad, Oliverio, que yo he envejecido horriblemente?

—¡Oh, no! vuestra juventud no decae. Para mí es usted la misma, siempre la misma, querida María.

María y Oliverio callaron un momento, durante el cual se buscaron sus miradas y se enlazaron sus manos.

—¡Es extraño!—dijo María.—Debía hacer á usted una porción de preguntas que ahora no recuerdo.

—Yo también quiero hacer memoria de algo que me interesaba por conocer.

Quizá mi compenetración en ciertos secretos me harían un gran daño.

Afortunadamente tenemos tiempo para preparar el ánimo á resistir viejas y temidas confidencias.

—Son las dos de la tarde—dijo María.—Aun faltan cuatro horas para separarnos.

Y ésta, observando que su compañero fruncía el entrecejo, añadió riendo:

—Todavía nos queda el recurso de atrasar mi reloj hasta...

Y corrió las agujas hasta el punto que marcaba las doce. Oliverio le dió gracias, besándole una mano. Habían terminado la merienda y se disponían á regresar á París. Cuando atravesaban el despacho, María volvió á entrar bruscamente en la sala; desde el interior veíase la calle Mayor de Ville d'Avray, que aparecía atestada de gente, carruajes y jinetes; era día de carreras en Versalles y París se desbordaba por ir á presenciar las famosas apuestas.

María temblaba ante la posibilidad de que alguien la reconociera.

—¿Podríamos salir directamente al bosque sin pasar el camino?—preguntó Oliverio á la sirvienta.

—En el jardín hay una puerta de salida á los lagos—contestó ésta;—yo les acompañaré, y desde allí en cinco minutos se llega.

Efectivamente, á los pocos pasos habían llegado al borde del bosque y seguían un camino estrecho y muy empinado que parecía escalar las nubes.

—¿Quiere usted que descansemos?—dijo Oliverio á su amiga.

Y se detuvieron á descansar sobre la alfombra verde de los templados herbazales. Estaban en la cima de una cuesta elevada, bajo un oasis agreste, desde donde la vista se extendía á lo lejos sobre los campos confusamente velados por un vapor de sedas

neblinosas; en aquel paraje reinaba una soledad misteriosa, una tranquilidad mecida en el silencio vespertino de los días de verano, que parece flotar sobre los campos soñolientos en las horas templadas en que la naturaleza se rinde al sueño del atardecer.

El zumbido de las primeras hojas que empezaban á asomar en las ramas, el ruido apagado de una fábrica, cuyas férreas chimeas arrojaban densas bocanadas de humo á través de los árboles, y el agudo silbido de las locomotoras deslizándose sobre la vía, se mezclaba á lo lejos como una nota campesina á la armonía de las faenas de labor y al sonido casi imperceptible de los esquilonos de las vacas que pastaban la hierba quemada en un prado vecino. Nada tan encantador como estas horas de la puesta de sol, en que la rústica melancolía de los bosques da nuevos encantos y como una segunda juventud á las moribundas bellezas del verano. Las plantas, que sienten dormir en su interior la circulación de su savia, perfuman con sus jugos más delicados la brisa que ha de convertirse en aquilón. La brisa acaricia con su aliento tibio las ramas del árbol que verdea oreando su fruto. Las golondrinas, revoloteando todas en un punto del cielo, preparan su emigración á los países de Oriente. El lagarto ostenta con más complacencia su friolero *far niente* sobre la piedra caldeada por un rayo de sol.

Los pájaros, seguros de su asilo, bailo-

tean alegremente al rededor de su nido velloso; el insecto se acurruca en el repliegue de una hoja en que se dormirá para no despertar; el grillo sueña con un hogar para abrigar sus cantos durante las noches de invierno...

Sentados uno al lado de otro, sobre un montecillo de cesped que formaba como un sofá natural, la actitud de Oliverio y de María no revelaba ninguna agitación interior; podía leerse en sus miradas una impaciencia igual por encontrarse completamente solos, pero se adivinaba al propio tiempo que su solitaria intimidad solo les inspiraba el deseo de compartir la recíproca alegría que experimentaban sintiendo latir sus corazones con la misma emoción.

—Pues, bien, María—comenzó Oliverio, —tenemos muchas cosas que decirnos, y por eso quizá no sabemos por cual empezar.

—Muchas cosas, efectivamente,—contestó ia joven.—¿Pero no sería acaso mejor que nos quedásemos en las suposiciones?

—¿Por qué?—dijo Oliverio.

—¡Por esto!—contestó débilmente María, sacándose del dedo una sortija de oro con dos iniciales entrelazadas.

—¿No es usted libre—le dijo en voz baja, —á pesar de su estado de viuda?

—Casada ó viuda, dependo únicamente de mi propia voluntad—respondió María.

Oliverio la atrajo hacia sí, enlazó su brazo

al rededor de su cintura, y muy quedo, posando su mano en el pecho de su amiga, le preguntó con acento mimoso:

—¿A quién guarda usted aquí dentro?

María se sonrojó ligeramente, y tras un corto silencio, respondió:

—A un muerto.

—¿Un muerto... enterrado?—dijo Oliverio riendo.

—No,—añadió María tras nueva vacilación.

—Suplico á usted María que me cuente la historia de ese cadáver que lleváis enterrado en vuestro corazón.

—¿Para qué, amigo mío? Si estas revelaciones no duelen á quien las escucha, dañan á quien las refiere. Por otra parte, ¿no las adivina usted? Hace poco me hablaba de sus últimos amores muertos; bástele saber que nuestras circunstancias son hermanas gemelas.

—Y—preguntó Oliverio,—ese amor fué abandonado por usted?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Un año.

—¿Y ha podido usted sustraerse al suplicio del sufrimiento?

—No he dicho tanto. ¿Acaso es fácil romper un lazo ligado por los años? A usted mismo se lo pregunto, á usted que esta mañana, bajo el emparrado donde comíamos, le temblaba la voz al evocar sus recuerdos.

—Tenéis razón, María, y creo que no de-

bemos entristecer vuestras almas con nuevas reflexiones. Dobleemos, pues, la hoja al libro de nuestra historia—terminó diciendo Oliverio.

—¡Sí, doblémosla!—contestó María.

Pero al cabo de cinco minutos, durante los cuales, y sin darse cuenta, seguían la misma conversación, Oliverio volvió á preguntar:

—¿Vive en Francia esa persona?

—No, en Londres—replicó María.

—En este caso Londres es como París—contestó su interlocutor.

Y resuelta María á cambiar de tema, dijo después de una pausa prolongada:

—¿En qué piensa usted?

—¡Oh, en nada, en la naturaleza, en esa puesta de sol que palidece en la lejanía, en el silencio de los días que acaban!—contestó él moldeando en sus labios una sonrisa de dulce tristeza.

—¡Oh, amigo mío! ¿Está usted triste? ¿Para esto me ha hecho usted venir? ¡Yo que esperaba tan alegre nuestra gira de hoy! Desde la tarde en que nos encontramos, no he pensado en otra cosa. ¿A qué debo, pues, el estar ya menos contenta que ayer y que esta mañana cuando le esperaba? No se puede impedir que haya existido el pasado y que nos haya hecho lo que somos; usted y yo hemos sufrido mucho; y exclamó golpeándose el pecho: ¡mi corazón es una llaga incurable!

—¡Basta, María!—replicó Oliverio, jese grito me lo dice todo!

—¿Y qué quiere usted decir?

—Que ahora—prosiguió Oliverio—es inútil que nos engañemos á nosotros mismos, queriendo engañarnos el uno al otro. Tenía usted razón hace un momento: no podemos impedir que el pasado haya existido. Hemos soñado los dos al mismo tiempo; separémonos al despertar y vuelva usted á ponerse la sortija que guardó esta mañana.

—¿Por qué me dice usted esto?

—Porque creo que debe usted hacerlo así.

—¿Quiere usted que la arroje al arroyo?

—Sería un sacrificio inútil y un nuevo dolor añadido á otro dolor. Obedezca usted, María; no es en este trozo de metal donde está más hondamente grabado el recuerdo que representa esta sortija: es en la misma llaga que cubre su corazón.

—Haré lo que usted quiere, amigo mío—dijo María volviendo á ponerse lentamente la sortija.—Tiene usted, sin duda, motivos bastantes para aconsejarme que obre de este modo, sólo que por discretamente que usted los haya guardado, quizá yo los adivine.

Oliverio hizo un gesto de asentimiento.

—En fin, amigo mío—continuó María levantándose:—¿A qué hemos venido al campo?

—A intentar curarnos recíprocamente de nuestra común enfermedad—replicó él.

—¿Y el remedio?—preguntó tristemente María.

—Lo hubiésemos podido encontrar, si cada uno de nosotros hubiera ignorado el secreto del otro.

—En este caso ¿por qué me ha hecho usted que hable?

—Porque lo necesitaba—repuso Oliverio. Acababan de dar las ocho en la iglesia de Ville d'Avray. Oliverio y María caminaban con paso ligero hacia la ciudad.

—Llegaremos demasiado tarde—dijo María avanzando más en la marcha.

—No vale la pena andar deprisa, cuando lleguemos habrá pasado el tren de París.

—Por lo cual permaneceremos juntos una hora más—añadió ella.

—¿Y si yo dijera á usted que he buscado el camino más largo para que perdiésemos el tren?—dijo el joven.

—Si supiera que no me engañaba, me alegraría mucho de su ocurrencia.

—¿Para qué engañarla?—añadió el pintor.

—¿Acaso no hemos cambiado en nuestra larga conversación pruebas recíprocas de franqueza?... ¿Quiere usted que emprendamos á pie el camino de París?

Y luego que emprendieran el camino, prosiguió ella:

—Ahora contésteme usted con toda sinceridad, Oliverio: ¿Qué impresión le queda de nuestra larga y última entrevista?

—¿Por qué dice usted última?

—Porque no hemos de volver á vernos, á no ser que la casualidad nos reuna.

—Pero, y si yo ayudase á la casualidad, ¿no me secundaría usted?

—¿Para qué?—dijo la joven.—¿Tanto gusta usted de las emociones, que quiere someterse de nuevo á las que le dejan tristeza? ¿No piensa usted que tal vez desde esta mañana hemos perdido algo, tanto usted como yo? ¿Soy yo para usted, ahora que hemos hablado, lo que era ayer, lo que podía parecerle todavía antes de nuestra conversación en el bosque? ¿Y usted, por su parte, euando su recuerdo venga á mi pensamiento, tendrá acaso el encanto que podía tener antes de encontrarnos? Lo deseo, pero no puedo esperarlo. Sería mucho mejor, créalo usted, que nos hubiésemos quedado en la incertidumbre. ¡Ah, cuánto siento ahora nuestra cita de hoy! Y, sin embargo—añadió con melancólica sonrisa,—si usted no me la pide, quizá yo se la hubiese propuesto.

—Tal vez tenga usted razón, María, pero es la ley humana, de la que nadie puede escapar. Por corta que sea, toda alegría tiene que pagarse en este mundo. Desde hace diez años no había experimentado un sentimiento como el experimentado al encontrarnos. Pero lo más triste de todo es que, á pesar de cuanto nos hemos dicho, aun nos queda el deseo de reanudar un lazo que los acontecimientos desataron por aquel tiempo. Estoy seguro de ello, María; esa era la idea que nos trajo á este sitio. Con un poco más de disimulo nos hubiéramos entregado

á nuestro deseo. Entonces sí hubiera sido inmenso el daño, y mayor el desencanto, pero no hemos querido engañarnos y aunque lo hubiésemos intentado, no hubiera sido fácil tarea. Con el recuerdo de nuestro pasado amor, se mezclaba, á pesar nuestro, el recuerdo de amores más cercanos, y el uno y el otro sentíamos agitarse muy claramente la cadena mal rota de nuestra última esclavitud. Gracias á esta recíproca franqueza hemos evitado una gran desgracia, la desgracia de volver á amarnos.

—Mire usted—dijo María al pasar cerca del farol de Diógenes;—aquí vine á sentarme *con él*, el día de mi primer paseo, hace tres años...

Algunos pasos más allá Oliverio detuvo á María, y, mostrándola un banco de piedra al lado de un surtidor, añadió.

—Aquí se sentó *ella*, hace un año, cuando nuestro último paseo.

—¡Oh, amigo mío!—replicó María, en cuyos ojos brillaba una lágrima:—¿será, pues, cierto que nunca ha sido tan grande nuestra separación como en este día que hemos pasado juntos?

Oliverio no contestó y apretó silenciosamente la mano de su compañera, que miraba el reflejo de las estrellas temblando en el agua del surtidor...

Una hora más tarde habían regresado á París.

FIN

COLECCION REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

1. DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
2. LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
3. PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
4. LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
5. UNA NOCHE DE CLEOPATRA, Teófilo Gautier.
6. LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
7. BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
8. LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
9. INCESTO, por Eduardo Zamacois.
10. UN CORAZON SENCILLO, Gustavo Flaubert.
11. MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
12. MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (tomo 1).
13. MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (tomo 11).
14. LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.
15. PUNTO NEGRO, Eduardo Zamacois (tomo 1).
16. PUNTO NEGRO, Eduardo Zamacois (tomo 11).
17. LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
18. FELICIDAD, por Emilio Zola.
19. MAGDALENA, por Julio Sandeau.
20. DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
21. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (tomo 1).
22. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (t. 11).
23. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (t. 111).
24. NANA, por Emilio Zola (tomo 1).
25. NANA, por Emilio Zola (tomo 11).
26. NANA, por Emilio Zola (tomo 111).
27. LOS AMORES DE OLIVERIO, Enrique Murger.

JUANIL

NOTA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSITY OF THE PACIFIC
LIBRARY
DAD ANNO NOV ENDI
CIÓN GENERAL

